HARLEQUIN

BIANCA



Destinos opuestos

Anne McAllister

Anne McAllister - Destinos opuestos

Argumento:

Ella aceptó la salida que le ofreció Jason Cole.

Realmente, Samantha no tenía mucho dónde escoger cuando sus planes de verano se vinieron abajo. La hermana de Jason necesitaba una maestra de música y chaperona y Sam necesitaba un trabajo.

Pero, a pesar de sus oportunidades de viajar, Samantha no estaba muy entusiasmada con el empleo, ya que significaba estar en constante contacto con el odioso donjuanismo de Jason.

A él parecían gustarle las mujeres deseosas, y tenía alrededor abundancia de ellas, y Sam ciertamente no era en absoluto su tipo. Así qué ¿porque preocuparse? A menos que el no fuera el superficial donjuán que ella imaginaba…

Capítulo 1

—No —Samantha acomodó las manos en su regazo y miró los ojos azules que la contemplaban—. No —alzó la barbilla—. Gracias, pero no puedo aceptar su oferta.

—¿No? —el hombre repitió la palabra como si no comprendiera.

Samantha sospechó que tal vez así era; dudaba que mucha gente le diera una negativa a Jason Cole.

—Pero si no ha hecho ninguna pregunta.

—Ya sé lo que necesito saber. No, gracias. Lo siento —negó decidida.

No era cierto. Lo último que deseaba era pasar un verano como empleada de él, aun cuando el trabajo consistía en dar clases de *violoncello* y cuidar a la talentosa hermana quinceañera de ese hombre. Una vez que Samantha se enteró de que viviría todo el verano junto a él, tomó una determinación. No aceptaría el empleo.

Tan sólo diez minutos antes lo conoció; no necesitó más de unos cuantos segundos para darse cuenta de que representaba todo lo que odiaba en un hombre.

No soportaba a los empresarios poderosos y arrogantes; sobre todo a los que eran tan guapos. Con ellos, una mujer peligraba. Podrían lograr que hasta olvidaras tu nombre y toda sensatez con sólo una mirada. Al verlo, se percató de que eso haría Jason Cole.

Al verlo por primera vez, parado frente a la ventana de la recepción de Rudley School, sus manos se humedecieron, la boca se le secó y su corazón latió con demasiada rapidez.

Era el tipo de reacción física sobre la que su padre le advirtió siempre. "Deseo ¡Tonterías! Ya sabes lo que sucede después", siempre comentó Ambrose Peabody.

Samantha lo sabía… lo mismo hizo su madre al ser enfrentada por Louis Lambert. Ella también reaccionó igual al quedar a solas con el elegante Fritz. Fue una lección muy bien aprendida por la joven, quien siempre dijo a su padre que no volvería a suceder.

El sentimiento se repetía en este momento.

Samantha tuvo la tentación de huir. En lugar de eso, sólo se sentó frente a ese hombre y trató de que su encanto no la afectara. No cedería ante sus propuestas. Era el fin de la discusión. Tragó saliva y se humedeció los labios.

—¿No es suficiente dinero lo que le ofrezco? —el extraño no parecía tomar en serio la negativa de la joven. Estaba sentado en una silla con una pierna cruzada sobre la otra. El traje gris de tres piezas le quedaba perfecto. Su fuerte mandíbula y la nariz un poco chueca le

añadían un aire de autoridad inconfundible. Samantha calculó que tendría treinta años; era notorio que fueron años difíciles. Su atractivo rostro estaba bronceado, lo que era incongruente con el elegante traje. Esta incongruencia aumentaba su imagen de poderío.

Se sintió como un ratón metido en la misma jaula que un león, y el animal trataba de decidir si se lo comería o no.

Jason Cole la observó con tolerancia y diversión.

—Bueno, dígame cuál es su precio.

—No tengo precio, señor Cole. Además, ya conseguí empleo —añadió para dar fin al asunto.

—Beasley no lo mencionó —alzó una ceja.

El director de Rudley School no estaba enterado. Todavía no era oficial, pero Samantha se lo revelaría al extraño.

—Yo… tocaré con un grupo de cámara este verano.

—¿Cuál conjunto de cámara?

—Es para una gira de conciertos. Formaré parte del grupo y acompañaré a mi… novio —Samantha vaciló. Quería decir "prometido". Todavía no estaba comprometida; sólo era una cuestión de tiempo.

—¿Su novio? —alzó la ceja de nuevo como si no se le hubiera ocurrido esa posibilidad. Entrecerró los párpados. Samantha estaba convencida de que algunos hombres podían desnudar a las mujeres con la mirada, pero no había experimentado algo semejante.

Acalorada, se puso de pie; al sentirse aún más expuesta a la mirada de él, volvió a sentarse.

—Sí. Mi novio. Oliver Archer —lo miró de modo significativo para que la entendiera.

Pero Jason no comprendía en absoluto.

—Oliver Archer —repitió Samantha—. El flautista —¿cómo era posible que el señor Cole no conociera al famoso músico?

—¿Un flautista? —miró al techo—. Supongo que era de esperarse.

—Es uno de los mejores talentos musicales de su generación.

—Ah, ¿sí? —no ocultó su aburrimiento.

—Sí —se indignó Samantha—. Es sensible, apasionado y tiene gran destreza.

—¿Qué es lo que ve en usted?

La pregunta fue como un puñetazo para la chica. Lo miró con fijeza y sus ojos verdes echaron chispas.

—No me lo diga —le guiñó un ojo con insolencia y sonrió—. Puedo adivinarlo.

La joven intentó levantarse de nuevo.

—Cálmese, señorita Peabody —la observó divertido—. Sólo deseaba saber si había alguna otra cosa en usted que no fuera necedad.

—Lo que haya en mí no es asunto de su incumbencia, señor.

Jason se pasó una mano por el cabello café, lacio y corto. Las puntas doradas por el sol le daban un brillo especial. Samantha deseó tocárselo y, ante su impulso, apretó los dedos con más fuerza.

—¿Cómo puedo convencerla? —suspiró Jason Cole.

—No hay manera.

—¿Ni siquiera por el bien de Andrea?

—Tampoco —no era tan fácil como Samantha trataba de aparentar. Dar clases a Andrea Cole era una gran tentación. El hecho de que le ofrecieran todo un verano sin hacer nada más que enseñar y acompañar a su mejor alumna, era demasiado bueno como para rehusarse. La joven habría aceptado de no ser porque Jason Cole era el tutor de su hermana.

Al principio, la chica tuvo la impresión de que Jason se parecía mucho a Lambert, el esposo de su madre: elegante, decidido, arrogante, sensual. Ahora confirmaba sus sospechas. Obtenía lo que quería… igual que su padrastro, quien al final se quedó con su madre.

Jason y Lambert trabajaban en el mismo negocio. Era cierto que Lambert vivía en París y que era uno de los diseñadores de alta costura más famosos. El señor Cole, presidente de Cole Sportwear, estaba logrando una revolución en el mercado de la ropa deportiva en todo el mundo. Tal vez todavía no era tan famoso, pero lo llegaría a ser.

Los hombres, sobre todo los diseñadores de moda con éxito, eran hombres. Samantha no quería entablar ningún tipo de relación con una persona como él.

Si no fuera por la beca de Oliver, ella se quedaría en casa. Pasar el verano en Upper West Side de Nueva York no sería fácil, pero lo prefería.

No hablaron. Una gota de sudor se deslizó por su espalda. Apenas estaban en mayo y ya hacía mucho calor.

Jason Cole estaba impaciente. Era obvio que no esperó el rechazo de Samantha Peabody. La miró durante largo rato y ella le sostuvo la mirada.

—Entonces, ¿eso es todo?

—Así es —sonrió aliviada al dar fin a la entrevista.

El señor Cole alzó los hombros, delineando sus músculos debajo de la chaqueta. Se puso de pie y la observó.

—Ha sido… interesante, señorita Peabody —murmuró al fin—. Andrea se ha expresado muy bien de usted —aunque no lo dijo, Samantha completó la frase: “pero no entiendo por qué”. Extendió la mano.

La joven dudó un momento antes de estrecharla. Era una mano fuerte, bronceada y con dedos largos. Debería tocar el piano, pensó

distraída. Sintió su despedida cálida y vibrante. Justo como ella temió que fuera. Retiró la mano enseguida.

—Si cambia de opinión, llámeme —sonrió con sarcasmo.

—Por supuesto —mintió Samantha.

—Buenas tardes, señorita Peabody —se dirigió a la puerta con ella y la cerró sin mirar hacia atrás. Pasaron treinta segundos antes de que la chica pudiera respirar de nuevo.

El timbre del apartamento, situado en el cuarto piso, sonó. Era raro que alguien visitara a la joven. Pocas veces, algún alumno o padre de familia deseaba hablar con ella. Tomó el intercomunicador.

—¿Quién es?

—Soy yo —anunció una voz masculina.

—Oliver. ¡Sube! —el corazón de Samantha se aceleró. Corrió a la puerta, llena de alegría. Él pasaba gran parte de su tiempo en Boston. Acudía a Nueva York cuando daba un concierto o tenía que afinar su flauta. Antes de ir a visitarla solía avisarle. Lo inesperado de la visita le agradó. Ella esperó impaciente a que él subiera los cuatro tramos de escalera y lo abrazó en cuanto llegó.

Oliver le devolvió el abrazo y después se sentó en el sofá. La atrajo hacia él, sentándola en sus piernas.

El corazón de Samantha le dio un vuelco y ésta se preguntó si lo que le anunció a Jason Cole, dos días antes, se haría realidad.

Hacía siete años que conocía a Oliver. Había acudido a pedir consejo a su padre cuando debutó en Juilliard. Ambrose Peabody era violinista y no un flautista; era el patrocinador de los mejores solistas de los Estados Unidos. A los veinte años, Oliver Archer anheló ser uno de ellos. No pasó mucho tiempo antes de que su padre lo confirmara. Desde entonces, Oliver se convirtió en el ideal del músico joven para Samantha. Ambrose pensaba que sería el esposo perfecto.

Su padre esperaba con impaciencia el día en que se comprometieran. Ella también. Era el hombre de sus sueños: alto, rubio, hermoso más que guapo. Poseía una asombrosa sensibilidad musical. Igual que Ambrose.

Samantha entendía a Oliver a la perfección: su carácter, sus ideales, su inteligencia. Compartía con él sus problemas y sus triunfos hacía cuatro años. Deseaba conocer el motivo de su visita.

¿Un anillo, tal vez? Desde que ella cumplió veinte años y él veintitrés estaban juntos. Ahora que Samantha tenía veinticuatro años y una maestría terminada, deseaba ser la esposa de Oliver. Él empezaba a labrarse un brillante futuro a nivel internacional.

La joven estaba convencida de que algún día le pediría que se casaran, pues no dejaba de hablar de una relación a largo plazo. Era un buen momento ahora.

—Tengo algo que decirte —Samantha contuvo la respiración—.

Necesitamos un poco de café exprés, ¿en dónde está, Sammie? ¿Ya no tienes?

—Claro que sí —se levantó de inmediato. Ella casi nunca tomaba café, pero siempre tenía para él. También contaba con una botella de Seagram para su padre. Fue a la cocina al mismo tiempo que decía a su visitante—: Ven aquí y cuéntame.

—Esperaré —Oliver se sentó en el sofá—. Son noticias importantes y deben ser anunciadas como es debido.

Tuvo que esperar a que estuviera listo el café. Cuando se lo llevó, él tomó la taza sin decir nada. Bebió un sorbo y se reclinó en el respaldo. Samantha se sentó a su lado y miró sus hermosos ojos azules.

—Me dieron la beca.

—¡Oliver! —se asombró—. ¿La beca Fitchon?

—Así es —sonrió con gran satisfacción.

—¡Es maravilloso! Significa… —su corazón latía apresuradamente. ¡Todo el verano juntos, tocando con él!

—Siete fines de semana de conciertos. A lo largo de la costa este. En todos los grandes lugares vacacionales y culturales. En Cape, en Hamptons, Asheville, Williamsburg.

—¡Estoy feliz! Lo mereces.

—Por supuesto —bebió más café.

—¿No tienes nada más que decirme? —Samantha pensó que sería una maravillosa luna de miel.

—Ah, sí —sonrió—. Ya nos pusimos de acuerdo todos los músicos.

La muchacha suspiró. Nada de anillo esa noche. Pero al menos viajarían juntos.

—¿Quiénes van a participar?

—Carlos Andrade será el pianista y Leopold Kaiser y Jenna Holscher los violinistas. Hablé con Marlin Devane, el violinista. Tal vez pueda arreglar sus compromisos y acompañarnos también.

—Es un excelente grupo —Samantha sonrió de dicha—. ¿Y el violoncellista? —esperó, sabiendo que Oliver le dejó lo mejor para el último.

—Ah, le pedí a Nell Strickland que participara —se encogió de hombros.

—*¿Nell Strickland?*

—Seguro. Tú la conoces. Es una chica alta, de cabello rojo. Tiene senos y orejas grandes.

Igual que sus mediocres aptitudes, se irritó Samantha. ¿La curvilínea, tonta y apenas competente Nell? Estaba al tanto de que ella no pertenecía al grupo de Oliver, aunque por lo menos, no desentonaba al tocar. Seguro era una broma. El señor Archer no pertenecía a esa clase de hombres.

—Pero, ¿cuál es la razón? —apenas logró hablar.

—¿Por qué no? —estaba sorprendido por la pregunta.

—Pues… yo esperaba… que…

Oliver emitió una carcajada al comprender la situación.

—Bueno, no podría pedirte a *ti* que me acompañaras —le tomó la mano y la hizo sentarse en su regazo—. *Tú* me distraes —antes que pudiera decir una sola palabra, la besó con maestría convincente. Perdiendo el equilibrio, ella se aferró a sus hombros y, convencida, empezó a suavizarse, respondiendo a la caricia bajo los suaves labios de él.

De pronto, tan rápido como empezó a besarla, se detuvo.

—¿Ves a qué me refiero?

—Pero…

—Piénsalo, Sammie —sonrió de forma tan angelical y le tocó la punta de la nariz—. ¿Cómo podría concentrarme si estás a mi lado?

Samantha imaginó que sería como el paraíso. Aunque le agradó ser una distracción para él. Eso demostraba que le importaba. De todos modos, su desilusión no desapareció. Lo miró con enojo.

—No te preocupes —sonrió Oliver—. Encontrarás algo que hacer. Eres una superviviente, "Gatita Sammie" —la vio fruncir el ceño ante el apodo—. Linda —la besó en la nariz antes de devolverle la taza de café y ponerse de pie—. Debo irme. Sólo vine a darte la buena noticia —la miró, esperando.

Deseaba lo mismo de siempre, igual que su padre: reconocimiento, adulación, halagos. Oliver los merecía, igual que su padre. Sonrió y lo abrazó.

—Felicidades —fue sincera—. Estoy segura de que será una gira maravillosa.

—Yo también —le acarició el cabello castaño—. Si no puedes salir de la ciudad en todo el verano, te enviaré un boleto o dos y así podrías ir un fin de semana para oír un concierto.

—Espero que sea posible —trató de sonreír.

—Primera fila, al centro —prometió Oliver al dirigirse a la puerta —. Para mi chica —guiñó un ojo.

—¿Este verano? —Cecil Beasley, el director de Rudley School, se quedó perplejo—. Querida señorita Peabody, no lo sabía. Pensé… es decir… asumí que… bueno…

Samantha esperó a que terminara de hablar. Tuvo la impresión de que no sería algo positivo.

Estaba sentada frente al señor Beasley, justo en la silla donde se sentó el señor Jason Cole tres días antes.

—Le ofrecí el empleo al sobrino de la señora Lamont.

Samantha sólo lo pudo mirar con fijeza. Él le sonrió con mortificación.

—Cuando el señor Cole vino, yo asumí que…

—¿Qué fue lo que supuso?

—Bueno… que usted aceptó el trabajo para darle clases a Andrea. Después de todo, es su mejor alumna. No imaginé que rechazaría esa oportunidad.

—Pues así fue —afirmó Samantha.

—Imagino… —se aflojó el nudo de la corbata—. Bueno… estoy seguro de que lo entiende. No puedo llamar a la señora Lamont y decirle que no venga Morton a trabajar. Lo que quiero decir es que no podemos prescindir de los nuevos aparatos de sonido, las enciclopedias, la beca Lamont para estudiar… —miró a Samantha y le sonrió con complicidad, puesto que la señora Gloria Lamont era una de las principales benefactoras de la escuela.

Samantha lo miró con odio.

—Por supuesto, a usted la necesitaremos en el otoño —le aseguró el hombre—. Morton sólo está de vacaciones, y terminando el verano deberá regresar a la universidad.

La joven guardó silencio. Pensó que le hubiera gustado decir varias cosas. Primero, que confiando en la buena voluntad de Dios y de Oliver, ya no necesitaría el empleo para otoño; segundo, que no lo aceptaría aunque lo necesitara y, tercero, que Cecil Beasley era un hombre sin carácter al cual le había perdido el respeto.

Así que iría a casa. No ganaría dinero ese verano, aunque su padre la recibiría con los brazos abiertos en su casa ubicada en Catskills. Desde que su madre huyó con Lambert, Samantha y su padre se enfrentaron al mundo cuando la chica sólo tenía ocho años de edad.

Otro, en su lugar, quizá la habría dejado con una niñera mientras se dedicaba a dar conciertos por el mundo. No fue así. Ambrose la llevó a sus giras y la convirtió en su protegida, dedicándole todo su tiempo libre.

Samantha comenzó a tocar el violoncello a la edad de cuatro años. Su padre le dio clases durante seis años. Después, contrató a los mejores maestros disponibles. No escatimó recursos ni esfuerzos para lograr que la chica dominara a la perfección el violoncello. Resultó un orgullo aunque también una decepción.

Ambrose nunca se lo dijo así. Era el mejor papá del mundo. Pero, ¿cómo podía no desilusionarlo? Él le dio lo mejor y, a pesar de todo, ella le falló. Sentía gran tristeza. Talentoso y lleno de dones, había sufrido mucho por la traición de su madre, quien, en vez de ayudar y alentar a su esposo en su exigente carrera, se dejó seducir por Louis Lambert, el magnate de la moda. Abandonó a su esposo y se casó con él.

Ambrose Peabody, el más amable y talentoso de los hombres, no merecía un golpe así. Era digno de amor, gratitud y lealtad. Samantha

intentó brindarle todo eso desde los ocho años.

Si Margot no quiso ser la esposa que Ambrose esperaba, ella sí sería una hija modelo. Sobre todo porque no logró convertirse en la violoncellista de sus sueños.

—No importa —le aseguró Ambrose cuando el fracaso de su hija fue evidente. Le pasó un brazo por los hombros—. No es sólo la vocación, linda. Tocar es maravilloso, pero también lo es contar con la ayuda necesaria para una ejecución. El ser artista requiere de mucho apoyo. Es indispensable. Tú puedes lograrlo, a diferencia de tu madre que nunca lo hizo —añadió con amargura.

Samantha comprendió. Sintió alivio al ver que su padre le brindaba otra oportunidad. Cuando Oliver empezó a pasar más tiempo a su lado, sonriendo y hablando de sí mismo, la joven encontró una nueva vocación. Eso complació a Ambrose.

No pasó mucho tiempo antes de que Samantha y Oliver se hicieran novios. Percibía en él el mismo talento incomprendido que en su padre. Su madre le falló a su padre, pero ella no lo haría con el joven músico.

Su padre sufriría una decepción al saber que ella no acompañaría a Oliver ese verano. Se preguntaba cómo decírselo sin que pareciera un fracaso.

—Me voy a China —fue lo primero que su padre mencionó cuando Samantha le habló por teléfono al día siguiente.

—¿A China?

—Diez semanas. ¿No es maravilloso? Anita lo arregló todo. Es un intercambio cultural. Conciertos en las principales ciudades del país. Una fantástica oportunidad. Me voy en la primera semana de junio. No regresaré sino hasta mediados de agosto para el concierto en Hamptons —estaba muy complacido.

—Qué bien —estaba perpleja. Tal vez su padre la llevaría para ayudarlo, como antes, a arreglar los detalles del viaje.

—Anita vendrá conmigo. Es una excelente administradora.

—Lo es —asintió, triste. Eso ponía fin a sus planes.

—Te aseguro que estoy muy emocionado. Tocaremos Brahms con la sinfónica de Beijing y Liszt en Shanghai y… pero… ¿qué planes tienen tú y Oliver?

—Bueno —tragó saliva—, él consiguió una beca Fitchton, así que va a tocar en una serie de conciertos.

—Ah, eso te va a gustar.

—Yo… no lo acompañaré.

—¿Qué?

—Le pidió a Nell Strickland que tocara el violoncello…

—Ay, linda —Samantha pudo notar su tono de lástima.

—Me conviene —se apresuró a decir. No quería que la hiciera

sentir de nuevo una fracasada y que tratara de arreglar la situación—. Oliver y yo seguimos juntos. Lo que pasa es que hemos pensado que es difícil concentrarse. Nos distraemos uno al otro.

—Bueno, linda, estoy seguro de que podré conseguirte algo —parecía cansado.

—No es necesario —aseguró—. He conseguido un empleo.

—¿Qué empleo?

—Es una buena oportunidad —cruzó los dedos—. ¿Recuerdas que te conté acerca de una alumna mía, Andrea Cole?

—No.

No se sorprendió. Ambrose tenía demasiadas cosas importantes en qué pensar.

—Bueno, pues es excelente —no la afectó su falta de entusiasmo—. Me ofrecieron que le diera clases particulares durante todo el verano.

—¿Sólo a ella?

—Sí. Su familia tiene mucho dinero. Quieren que cuente con los mejores profesores. Parece que quieren que sea una especie de acompañante.

—Linda, mira, yo sé que puedo conseguirte otra cosa… No creo…

—Yo deseo hacerlo —insistió Samantha. No quería que su padre sintiera lástima por ella. Esta vez no lo desilusionaría. Solamente si ella trabajaba ese verano él se iría tranquilo a China.

—Podría conseguirte una visa y llevarte a China.

—No, papá, gracias.

—Podrías acompañarme, como en los viejos tiempos.

—Quiero aprovechar esta oportunidad.

—Espero que sepas lo que haces —suspiró Ambrose.

Ella sabía que a su padre no le gustaba su trabajo de maestra, ya que no lo atraía la educación "de las masas". A la joven le gustaba dar clases, aun a chicos que sólo tocarían por placer. Además sabía que Andrea Cole era una jovencita que prometía.

—Estaré bien —confirmó su hija.

—Bueno…

—Te lo prometo.

Tres días después, se encontraba en la sala revisando los anuncios de los periódicos para ver si conseguía un empleo. No había muchos para los que ella estuviera capacitada. El teléfono sonó.

—¿Bueno?

—¿Señorita Peabody? —la voz era profunda y masculina. Logró que la joven se estremeciera.

—Sí, soy yo.

—Habla Jason Cole.

Se estremeció aun más. ¿Por qué ahora, precisamente ahora? Samantha se irritó y tragó saliva. Respiró profundo.

—Ya le dije, señor Cole…

—Parece que me contó una gran mentira, señorita —interrumpió.

—¿Qué?

—De hecho, creo que fue una manera muy infantil de hacer frente a la situación y no es algo que yo apruebe. Todavía no he contratado a nadie más y como Andrea sigue empeñada en que usted sea su maestra, me gustaría mucho saber si acepta mi ofrecimiento.

Capítulo 2

—¿Por qué no me dijo que primero tenía que contar con la aprobación de papá?

—*¿Papá?* —¡ay, no!

—Espero que hayamos pasado la prueba —comentó con sarcasmo.

—No lo sé, señor Cole —se irritó Samantha—. ¿La pasó? ¿De qué hablaron?

—De que usted es una chica muy dulce. Y de lo afortunados que somos de que sea la maestra de Andrea.

—¿Mi padre le comentó eso?

—Claro. Por todo lo que conversamos usted pudo darle clases a Pablo Casáis. Me informó acerca de todos los profesores que tuvo desde que nació. Y entiendo que el más importante fue él.

—Mi padre es un gran violinista.

—Eso mencionó —la voz de Jason era seca—. De cualquier modo, puesto que parece estar de acuerdo, supongo que usted cambió de opinión.

—Bueno, yo… —Samantha miró las páginas interminables de anuncios en el periódico y los pocos círculos rojos que mostraban los empleos disponibles. Lo único que sabía hacer bien era tocar el violoncello.

¡No deseaba trabajar con Jason Cole! Pero ella no le daría clases a él, sino a su hermana. Tal vez no habría motivo para verlo. Un hombre de negocios con tanto éxito no dispondría de tiempo para visitarlas. Recordó lo mucho que disfrutaba al enseñarle a Andrea y en el progreso que alcanzaría en ese verano. La jovencita tenía verdadera vocación y talento. Era una gran tentación aceptar la propuesta.

Por otro lado, si aceptaba, con algo de suerte podría forjarse una buena reputación como maestra… Pero, ¿valía la pena pasar el verano con Jason Cole?

Samantha suspiró.

—Quizá Andrea se equivocó respecto a usted —comentó Jason con un murmullo—. Tal vez su padre también se equivocó y no tiene la capacidad y el talento suficientes después de todo.

—Acepto —Samantha contestó de inmediato.

—De alguna manera, señorita Peabody, lo imaginé.

Andrea estaba feliz.

—¿Realmente vendrás?

—Bueno, sí…

—¡Fantástico! —Andrea hizo una pirueta en la cocina de Samantha —. Cuando te negaste al principio, temí que lo dijeras en serio. Me

alegro de haberla convencido.

—¿A quién?

—A mí tía Hortense.

—¿Quién es Hortense? —la joven sirvió dos tazas de té.

—Mi tía abuela. Es mi tutora junto con Jason. Rara, como de la Edad Media. Eso dice Jason, además de que ella nació vistiendo ya un corsé y un casco de hierro —Andrea sonrió.

Samantha pensó que era el clásico comentario de un hombre de negocios arrogante, acerca de una anciana que sólo pensaba en el bien de su sobrina.

—Cuando Jason te conoció, dijo que mi tía jamás daría su aprobación. Que eras demasiado joven y hermosa.

—¿El señor Cole hizo tal comentario?

—Yo la convencí —prosiguió Andrea sin escucharla.

—¿Cómo?

—Le dije que eras una excelente maestra, una buena influencia para mí, que…

—¡Basta ya!

—Es cierto —protestó la chica—. También le mencioné que eres madura, responsable, dedicada… y al fin aceptó. Ella no desea la compañía de una mujer joven para ir de gira con mi hermano.

—¿De gira? —Samantha frunció el ceño al preguntar.

—Sólo los fines de semana. No puede hacerlo de otro modo —se apresuró a aclarar Andrea—. Es cuando la tía Hortense cree que debo tener compañía.

—¿Cómo que toca? —la joven no entendía.

—Algunas veces toca en California, y otras, descansa.

—Pensé que tu familia era dueña de una compañía de ropa deportiva. Que tu hermano era el director.

—Lo es. Tuvo que tomar el puesto al morir mi padre. No quería, pero ha logrado maravillas. Todo el mundo lo afirma. Aunque no es su principal interés.

Samantha estaba muy sorprendida. Si alguien hacía nacido para tener éxito y dinero, era Jason Cole. Fue un alivio saber que al hombre no sólo le importaban el aspecto monetario y los estados financieros. La opinión que tenía de él mejoró al pensar que era lo bastante bueno para salir de gira.

—¿También toca el violoncello?

—No precisamente —Andrea alzó la mirada y sonrió—. El piano.

Al recordar las manos de Jason, sintió gran satisfacción por haber acertado en su deducción.

—¿De veras? ¿En dónde tocará este verano?

—No estoy segura. Creo que en California, cerca de nuestra casa. En Florida y en Colorado y probablemente en Long Island; ahí la

familia de Germaine tiene una casa de campo.

—¿En Hamptons? —inquirió, ya que Germaine era otra alumna suya.

—Sí.

¿Acaso Jason Cote tocaría en el mismo programa que Oliver y su padre? Estaba intrigada. Si sólo tocaba los fines de semana y más por diversión que por vocación, no podía ser un músico de gran talento. Parecía tener algo de sensibilidad después de todo.

Era un hombre muy atractivo. Si Oliver se presentaba en el concierto de Hamptons con Nell Strickland, Samantha quedaría muy complacida de que la viera en compañía de Jason. Su novio pensaría más seriamente en el futuro. Tal vez, si conseguía que le propusiera matrimonio, pasar el verano junto a un hombre como el hermano de Andrea valdría la pena.

Las clases en la escuela terminaron la segunda semana de junio. Jason Cole envió dos boletos de avión al día siguiente para Andrea y Samantha y flete para sus violoncellos. Había también un contrato en el mismo sobre.

El documento era claro. Ella contaría con los miércoles y algunos lunes libres, un salario generoso, una habitación en la casa de Jason en Manhattan Beach y el transporte necesario para acompañar a los Cole. Un compromiso de doce semanas entre Samantha Aurelia Peabody y Jason Thomas Cole… no terminaría a menos que ambas partes lo decidieran así.

Samantha revisó el contrato una segunda vez y se preguntó si iba a firmar su sentencia de muerte o no. Pensó que la alternativa era seguir a Oliver o a su padre, o tener un empleo mucho menos atractivo. Suspiró y alzó la barbilla. Era un reto para que su padre se sintiera orgulloso de su hija.

Firmó el contrato y la copia. Conservó el original y envió el duplicado a Jason por correo con una nota breve:

"Tengo muchos deseos de trabajar con Andrea. Tal vez nosotros dos podamos tocar algunos tríos".

Buscó algunas partituras para dos violoncellos y un piano. Se lo mencionó a Andrea, quien se sintió incómoda ante la sugerencia, pero la joven no entendió por qué.

Sus dudas fueron aclaradas cuando el avión aterrizó en Los Ángeles, el miércoles por la tarde. Salió del túnel lista para encararse con el elegante hombre de negocios que era su jefe, y se quedó paralizada mientras Andrea corría a abrazar a un hombre alto y musculoso, con cabello castaño. Vestía unos pantalones cortos de pana y una camiseta azul brillante.

Jason sonrió al ver a su espontánea hermana. Samantha se quedó en su sitio hasta que una mujer la empujó. Cuando él se separó de la

jovencita, la contempló. Su mirada era divertida y maliciosa. La recorrió desde la cabeza, viéndole las pecas, la boca amplia y su figura esbelta con blusa holgada y falda amplia.

—Señorita Peabody, de nuevo nos encontramos —comentó—. Tan hermosa como siempre.

La joven se irguió. Medía más de uno sesenta pero Jason la aventajaba en altura por lo menos diez centímetros.

—Buenas tardes, señor Cole —hizo lo posible por no ver el brillo travieso de su mirada. ¿Por qué no vestía traje? Esperaba verlo con corbata, camisa y chaqueta. Sabía cómo hacer frente a él así. Ahora, su inseguridad era patente. Con ese atuendo resultaba más arrogante y sensual. Había más piel bronceada visible. Samantha cerró los ojos e imaginó a Oliver.

Cuando los abrió, se obligó a mirarle las manos. Recordó que pertenecían a un pianista. Le parecieron más grandes y peligrosas que nunca, al cargar el violoncello de Andrea. Ella pensó en cómo se verían acariciando la suave piel de una mujer… Desechó el pensamiento de inmediato. Quizá tocaría obras de Beethoven. Lo comentó en voz alta.

Jason la miró como si estuviera loca.

—¿De qué rayos está hablando? —recogió el instrumento de la joven.

—De la música.

—¿Qué música?

—Para su… su gira —Samantha oyó que Andrea gemía.

Él las miró a las dos.

—¿Música? ¿Para la gira? ¿Qué le has estado contando?

—Nada —Andrea retrocedió un paso—. Yo… Ella… bueno… le mencioné que te acompañaríamos en la gira… y… me preguntó… —Andrea tragó saliva—, si tú también tocabas el violoncello.

—¿Y qué contestaste? —inquirió el hermano.

—Yo… bueno, dije que no, pero que tocabas el piano. Además es cierto —añadió para defenderse.

Jason la miró con fijeza. Parecía petrificado. Luego vio a Samantha.

—La han engañado, señorita Peabody —declaró.

—¿Qué? —estaba perpleja.

—Así es —asintió, sombrío—. No puedo tocar casi nada en el piano. Juego voleibol.

No tocaba piano, sino que jugaba… ¿voleibol? *¿Voleibol?*

Samantha se sentó con brusquedad en la banca que tenía detrás. ¿Voleibol? El escaso contacto que tuvo con ese deporte en su adolescencia, fue detestable.

—Voleibol de playa profesional —prosiguió él, implacable.

—¿Por dinero? —mencionó horrorizada.

—Sí, por dinero. Este año, mi compañía de ropa deportiva es la patrocinadora de cinco torneos abiertos, así que además tengo responsabilidades administrativas.

—Deberías verlo jugar, es muy bueno —intervino Andrea.

La joven admiró el cuerpo alto, musculoso y ágil.

—¿No lo aprueba, señorita Peabody? —Jason alzó una ceja con sarcasmo. Samantha abrió la boca pero no pudo decir nada. Se imaginó llegando a Hamptons con un jugador de voleibol. Conocía cuál sería la reacción de Oliver. También la de su padre—. No se preocupe por eso, linda —comentó el señor Cole, después de una pausa—. Dedíquese a darle clases de música y asegúrese de que Andrea no haga travesuras, y todo estará bien.

—¡Jason! —se ruborizó Andrea—. Yo nunca… no…

—No, tú no —sonrió y le jaló la trenza rubia—. Pero créeme que habrá muchos tipos que querrán.

Eso preocupó a Samantha. Más aún cuando oyó el resto del comentario.

—Y mirarán a la señorita quisquillosa —señaló a Samantha—, y también la desearán.

La joven se ruborizó.

—Sólo será hasta que ella los mire así, por debajo de su nariz, y los transforme en piedra —sonrió, burlón—. Hortense quería a alguien cincuentón y sensato. Me sorprendió que Andy me anunciara que estuvo de acuerdo con usted, pero ahora me doy cuenta del motivo. Creo que estará perfecta para el empleo. Vámonos —empezó a caminar por el corredor, junto con Andrea.

Samantha no se movió de su sitio. Tenía ganas de volver de inmediato a Nueva York. Debió de estar loca al aceptar ese trabajo. Podía hacer frente a la parte docente, eso no la preocupaba. Hasta pensó ser una buena chaperona. Conocía a Andrea y a los músicos talentosos y sensibles a los que la chiquilla seguramente estaba acostumbrada. También creyó estar capacitada para lidiar en un mundo poblado de hombres de negocios. Por lo menos pudo defenderse de Louis Lambert y de Fritz Hoffman… Quizá mantendría al margen al guapo hermano de Andrea. Pero, ¿jugadores de voleibol? *¿Vagos de playa?* ¡No era posible!

Jason se detuvo a medio corredor y se volvió a verla.

—¿Está cambiando de opinión, Linda? ¿No la asusté, verdad? No se preocupe —sonrió—. Nadie va a saltarle encima. Y menos yo. Me gusta que las mujeres sean complacientes conmigo, señorita Peabody. Hay muchas que lo son.

Las llevó a recoger las maletas y después al estacionamiento. Samantha se horrorizó cuando se detuvieron junto a un jeep Renegado

convertible. Él la miró y sonrió.

—Quizá sí tenga cincuenta años, después de todo.

—¡Jason! —lo amonestó Andrea—. No habla en serio —le aseguró a la joven, quien lo dudó. Estaba segura de que al hombre le divertía enojarla. Molesta, echó la maleta en la cajuela. Pasó junto al señor Cole para subir al auto. Al hacerlo, lo pisó con fuerza.

—Es usted muy dulce —Jason se sorprendió—. Toda una hija de papá.

Samantha sólo miró al frente y se aferró a su asiento. Fue una buena decisión ya que parecía que él deseaba matarla de un susto. Se escabulló del tránsito del aeropuerto con la agilidad de un taxista de Nueva York, y luego se dirigió al oeste.

—Tomaremos la carretera costera —alzó la voz para ser oído—. Es más bonito por allí —le guiñó un ojo a Samantha con malicia—. Será de su agrado.

El sol ya empezaba a perderse en el horizonte y el cielo color anaranjado era muy bello. Acostumbrada a la sucia y populosa ciudad de Nueva York, se sorprendió al ver la playa con arena blanca. Parecía una tarjeta postal y no algo real.

Todo el ambiente era mágico.

—Llegaremos a casa a tiempo para nadar —gritó el hombre—. ¿Le gusta nadar?

¿Nadar? Se estremeció. ¡Jamás! Aunque no lo mencionaría. Si el señor Cole se enteraba de lo que sentía al respecto, quizá la aventaría al agua, con el fin de divertirse. Logró sonreír.

—Hogar, dulce hogar —anunció Jason quince minutos después, al estacionarse cerca de una casa que estaba enfrente de la playa. Bajaron entre todos las maletas y los instrumentos musicales.

La casa era baja y extendida, de madera roja y vidrio moderno. Jason las condujo al pórtico, el cual estaba en la playa y tenía sillas para asolearse. Dejó las maletas en el suelo y abrió la puerta.

La sala estaba decorada con buen gusto. Contaba con una chimenea de piedra, muebles de cuero, alfombra color beige, teléfono y máquina contestadora. También había una máquina que se notaba servía para hacer pesas, moderna, con lo último en tecnología. Era la casa de un soltero por excelencia. A ella no la sorprendió en absoluto.

El lugar resultaba acogedor. Había fotos familiares sobre la repisa de la chimenea, periódicos, revistas y libros. Varios pantalones de mezclilla y camisetas estaban doblados sobre la mesa del comedor. Un juego de solitario estaba a medio terminar sobre la mesita de la sala.

¿Solitario? También Jason Cole se encontraba solo. Pensó que así lo veía más humano, más vulnerable. Se enfadó.

Andrea se dirigió a su cuarto y su hermano condujo a Samantha a la habitación contigua. Dejó el instrumento musical en un rincón y le

abrió el armario.

—Puede dejar su maleta aquí y visitar el resto de la casa mañana. ¿Le parece bien?

—Muy bien.

—Vaya, al fin una señal de amabilidad.

Lo miró enojada. Él sonrió y guiñó un ojo.

—No guarde sus cosas ahora. Póngase un traje y después reúnase conmigo.

—¿Traje?

—Sí, de baño.

—No, gracias.

—¿Por qué no? —él estaba perplejo—. ¿Qué sucede?

—Nada. No deseo nadar.

—¿No habla en serio, verdad?

—Muy en serio. Estoy cansada. Ha sido un día difícil. Me daré un baño y me meteré en la cama.

Jason frunció el ceño y no se movió.

—Ha estado sentada en un avión durante horas.

—Lo sé.

—Esto es California, por el amor de Dios —mostró la playa blanca con un brazo—. Se pasa todo el año en una escuela en Nueva York, ciudad de grandes presiones, y ahora ni siquiera quiere disfrutar del paisaje.

—Lo estoy haciendo —afirmó tajante—. Desde aquí.

—No es lo mismo.

—Quizá no para usted —se pasó una mano por el largo cabello castaño. ¿Por qué no la dejaba en paz? Jason no aceptaba su negativa. De pronto, su mirada se tornó maliciosa.

—Ya entiendo —sonrió.

—¿Qué? —preguntó horrorizada de que hubiera descubierto su miedo más profundo.

—Su temor —guiñó un ojo—. Es el "Síndrome de Iceberg". Usted piensa que, si se mete al agua, se derretirá.

Samantha le cerró la puerta en la cara.

Se bañó y cepilló el largo y enmarañado cabello. Se puso un camisón de verano y ya acostada en la cama intentó en vano dormir. Ni siquiera podía cerrar los ojos, pues de inmediato imaginaba a Jason Cole burlándose de ella. Nunca antes había lidiado con un hombre semejante.

Apretó las manos y respiró con lentitud. Trató de pensar en lo que Oliver y su padre estarían haciendo. No funcionó. Nada importaba, salvo que estaban en esa casa; durante las próximas doce semanas conviviría con el hermano de Andrea.

Al recordar a Jason Cole vestido con traje formal, pensó que se

parecía a Fritz o a Louis Lambert. Lo imaginó como un hombre al que sólo le interesaban sus necesidades y deseos, un tipo decidido y rudo a quien Samantha resolvió resistir.

Todo cambió cuando en el aeropuerto lo vio vestido con un pantalón corto y camiseta, sonriendo y abrazando a su hermana.

Ahora que lo pensaba mejor, era el mismo hombre con distinto disfraz. Jugador de voleibol. Un fanfarrón sumamente atractivo.

Estaba convencida de que las mujeres caían rendidas a sus pies. Deseó que Jason, en su calidad de jugador, tuviera admiradoras. Pronto lo sabría. Él era coqueto. Le gustaba ponerla nerviosa y lo disfrutaba mucho. Si se mantenía reservada y lo ignoraba, quizá entonces estaría a salvo de su atractivo.

En ese momento, escuchó la risa de Andrea que regresaba de la playa con su hermano. Él también reía de manera profunda, ronca, cálida y masculina. Se estremeció al oírlo. Samantha emitió un gemido y se puso la almohada sobre la cabeza.

Debía mantenerse a distancia. Ser muy *reservada*. Guardar su secreto.

Samantha esperaba que a fuerza de repetirlo no lo olvidaría. Era indispensable permanecer lejos de Jason, quien tanto la perturbaba. Lo repetía una y otra vez desde que despertó. A pesar de que no durmió bien, abrió los ojos un poco después de las siete y ya no pudo conciliar el sueño.

Escuchó ruido fuera del cuarto y pensó que tal vez Andrea ya estaría levantada. De ser así, tendría tiempo para estar lista antes de que el señor Cole apareciera. Salió de la cama y abrió las persianas. Sintió la brisa marina y nuevamente se convenció de que se mantendría reservada, *pasara lo que pasara*.

Abrió la puerta y se encontró cara a cara con Jason. Samantha retrocedió y bajó la vista hacia el suelo sin dejar de advertir el pecho bronceado y velludo.

—Es madrugadora —le sonrió con malicia, teniendo su cuerpo a unos centímetros de ella. Sólo una toalla alrededor de las caderas lo cubría.

—Buenos días —dijo Samantha sin levantar la cabeza.

—¿Durmió bien?

—Sí.

—Me alegro —hizo una pausa—. Bonita mañana, ¿no es cierto?

—Sí.

—No hace demasiado calor.

—No —su intención era alejarse, pero no podía hacerlo a menos que pasara junto a él, rozándolo. Jason no se movió.

—Habla usted demasiado —se burló.

La joven se ruborizó. Su padre siempre le aconsejó ignorar a los

tipos como él y vaya que trataba de hacerlo. Parecía que no daba resultado alguno. Esperó el siguiente comentario.

Fue una sorpresa cuando Jason anunció, casi con amabilidad:

—Acabo de hacer ejercicio y ya me bañé. Puede usar la regadera mientras yo preparo el desayuno.

Antes que pudiera hacer alguna objeción, él se fue. Atónita, con el corazón acelerado, lo vio alejarse, mirando fijamente su bronceada y musculosa espalda.

Hasta que sintió el agua fría de la regadera sobre su cuerpo, no recordó lo que tanto ya había repetido: "reservada".

Capítulo 3

Jason no estaba en casa cuando Samantha terminó de bañarse. De hecho, no regresó en todo el día. Encontró el desayuno en la cocina: fresas frescas, cereal, leche y café caliente. No tenía mucho apetito, aunque se obligó a comer. Nunca imaginó que él lo hubiera preparado. Tal vez era una manera de hacer las paces por sus comentarios burlones o decidió no tener problemas con ella. Deseó que fuera cierto.

Toda la mañana trabajó con Andrea practicando partituras nuevas y revisaron las viejas. Al mediodía Andrea insistió para que fueran a la playa. La jovencita nadó mientras Samantha se sentaba sobre una toalla. Andrea se enfadó con ella ya que no se cambió de ropa.

—Por lo menos deberías ponerte un traje de baño, en vez de esa falda tan holgada y esa blusa.

—No tengo.

—Si quieres, vamos a comprarlo.

—No tengo ningún interés en mojarme.

—Entonces, ¿por qué no te vistes con un pantalón corto y una camiseta? ¿No estarías más cómoda?

—Estoy bien así —resultó menos cómodo de lo que pensó, pues tenía que mantener la falda debajo de sus piernas para que el viento no la levantara. Se alegró cuando, después de cuatro horas, por fin Andrea decidió que regresaran.

Jason salía en ese momento, ataviado con sus consabidos pantalones cortos y una toalla alrededor del cuello. Les sonrió y alargó una mano para ayudar a su hermana a subir el muro del ancho pavimento, llamado Strand. Samantha declinó el ofrecimiento.

—Puedo subir sola.

—Como quiera —él se encogió de hombros. Saltó del muro y cayó en la arena a su lado. Ella ignoró su cercanía e intentó subir. Era más alto de lo que pensó, y el viento le alzaba la falda. Irritada, la colocó entre las rodillas y luego puso ambas manos encima de la pared.

De pronto, sintió una firme presión en su trasero, empujándola hacia arriba. Samantha se volvió a mirar enfadada a Jason.

—No me lo tiene que agradecer —él sonrió—. Será mejor que se ponga algo en la cara, querida señorita Peabody —comentó al alejarse —. Tiene la piel quemada por el sol.

Era cierto. El sol había dejado sentir sus efectos conforme avanzó el día. Las partes de su cuerpo que estuvieron cubiertas, quedaron protegidas, aunque la blusa de gasa había dejado penetrar bastante rayos de sol. La cara, el cuello, los antebrazos y las pantorrillas

estaban enrojecidos.

—¿No se puso bronceador? —preguntó Jason cuando regresó de las canchas de voleibol ubicadas en la playa. Encontró a Samantha en la sala tocando su cara caliente.

—No creí que fuera necesario. Estaba vestida —se tensó.

—¿Por qué no se lo advertiste? —miró con enojo a Andrea, quien se disponía a salir con dos amigas.

—Por favor, no la culpe —declaró—. Fue culpa mía. Ya vete —le sonrió a la chiquilla—. Diviértete.

—¿Estás segura de que no quieres venir?

—No, gracias —negó con la cabeza y trató de sonreír—. Me quedaré a leer un libro.

—¿Tiene fiebre? —el hombre alargó una mano para ponérsela en la frente.

—No —retrocedió.

—Bueno, pues debería ponerse un ungüento.

—No tengo.

Jason frunció el ceño y fue al baño. Apareció después de un momento.

—Iré a comprar un poco a la farmacia.

—No es necesario —se apresuró a decir la joven.

—¿Quiere apostar? —rezongó Jason. Se puso una camiseta y salió.

Samantha quiso encerrarse en su cuarto pero se dio cuenta de que demostraría inmadurez. Jason lograba hacerla sentir que era idiota. ¿Por qué le molestaba que su jefe comprara ungüento para ella? No quería tener deudas con él. Veinte minutos después, apareció y le ordenó:

—Desnúdese.

—¿Perdón? —abrió los ojos como platos.

—Le pondré esta crema. Es imposible hacerlo si está vestida.

—No estoy más cubierta ahora que cuando estaba en la playa.

—¿Realmente fue con esa ridícula ropa?

—Usted se dio cuenta.

—Qué absurdo.

—Es su opinión —ella lo miró obstinada—. Le agradezco su preocupación. Si me da la crema me la pondré —alargó la mano.

—Déjeme ver sus quemaduras.

—Las puede ver —lo miró enfadada—. Véame la cara.

—Quiero decir que deseo saber hasta dónde se terminan.

Samantha se ruborizó, aunque no era posible estar ya más colorada.

—¿Se refiere… a que me baje el escote de la blusa?

—Bueno, sí —la miró con burla—. O podría alzarse la falda.

—No creo que sea una buena idea —la joven expresó con furia.

—Ya le dije que no seduzco a las mujeres que no lo desean. Usted es una mojigata.

—Nunca lo he sido.

—¿Cómo lo llamaría usted?

—Sensatez —se puso de pie—. Si me da el ungüento, bien. Si no, iré a comprar uno —empezó a caminar hacia la puerta, pero Jason la tomó del brazo.

—No sea tonta, Samantha. Claro que se lo voy a dar —no lo hizo de inmediato. Se miraron a los ojos. Ella era consciente de la fuerza suave con la que Jason la tenía sujeta del brazo. Era un gesto cálido y posesivo… No, no posesivo… preocupado.

Al soltarla le tocó la punta de la nariz con el dedo. Luego sonrió y le dio el frasco.

—¿Por qué me tiene miedo?

—No es cierto.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No estoy acostumbrada a que me hagan bromas —estaba incómoda.

—¿No tiene hermanos?

Negó con la cabeza.

—¿Y hermanas?

Volvió a negar.

—Debí adivinarlo.

—¿Por qué? —lo miró de reojo.

—Papá es demasiado protector.

—Es un padre maravilloso —Samantha contestó bruscamente.

—Bueno, está bien —alzó las manos para defenderse de un ataque —. Nunca dije que no lo fuera. Pero debí adivinar que usted era hija única. Su familia debe ser muy unida.

—Mi padre y yo sí lo estamos.

—¿Y su madre?

—No.

—¿Está muerta?

—Se… divorciaron.

—¿Él obtuvo la patria potestad? —Jason frunció el ceño.

—Ella nos abandonó —comentó con amargura sin poder contenerse.

—Ah.

—Estamos muy bien sin ella —aseguró la joven con brusquedad. No sabía por qué lo confesaba. Él no tenía por qué saberlo.

—Ya veo —la miró con seriedad y no con el brillo travieso de hacía unos momentos. Apretó los labios y asintió. ¿Qué pensaba? ¿Acaso sentía lástima por ella?—. Vaya a ponerse esto —señaló la medicina—. Yo me daré un baño e iremos a cenar.

—No, gracias.
—¿Qué? —la miró sin entender.
—No necesita invitarme a cenar.
—Ya sé que no necesito invitarla a cenar. Quiero hacerlo.
—No, gracias.
—¿Trabaja para mí? —inquirió con suavidad.
—Claro.
—Entonces, iremos —su tono no aceptaba mayor discusión al respecto, aunque era muy tranquilo y carente de agresión. Samantha respiró profundo y trató de evadirse. En ese momento sintió hambre. Se dirigió a su habitación casi huyendo.
Fue a cenar con él. No tenía alternativa. El restaurante al que Jason la llevó era acogedor y no muy ostentoso. El menú consistía en mariscos frescos y pescado, platillos mexicanos y ensaladas. El jefe de camareros saludó a su acompañante.
—Me alegra volver a verlo, señor Cole. Tenemos un excelente lugar para ustedes dos.
Los llevó a una mesa oculta por un enorme helecho y su jefe la ayudó a sentarse antes que él hiciera lo mismo frente a ella. El asombro que sintió fue obvio, pues Jason comentó:
—¿Esperabas que fuera un patán?
Bajó la vista, avergonzada de que la hubiera descubierto.
—A pesar de lo que tú crees, sí tengo, cuando menos, un poco de educación.
Ella estaba tensa y nerviosa. No podía evitar que se le humedecieran las palmas de las manos y su corazón latía con fuerza. Miró el tapete y trató de recuperar la compostura.
—¿Quieres un aperitivo?
—No, gracias —el alcohol era lo último que necesitaba—. Usted no se detenga por mí —vio cómo le hacía una seña negativa al camarero, quien le entregó a Samantha el menú.
No se tomó la molestia de leerlo, pues Jason se haría cargo de la orden. Cuando el mesero regresó, su jefe la miró.
—¿Ya decidiste qué te gustaría cenar?
Estaba muy sorprendida por la pregunta. Su padre y Oliver siempre solían pedir por ella.
—Usted…
—No sé qué es lo que te gusta —explicó con sencillez.
—Pediré filete de pescado y una ensalada.
—Creo que es lo adecuado. Yo comeré lo mismo —escogió un vino para completar la orden—. ¿Te parece bien ese? ¿O preferirías uno menos seco?
—No, no, está bien.
El camarero les quitó las minutas.

—En un momento traigo las ensaladas.

Samantha era más consciente que nunca del hombre que tenía frente a ella. Temía ser traicionada por sus emociones. Lo mejor era tomar al toro por los cuernos; así que decidió llevar la conversación por un camino neutral.

—Supongo que le gustaría hablar de Andrea.

—Preferiría hablar de ti.

La joven, que en ese momento tomaba un sorbo de agua, se atragantó.

—¿Estás bien? —él se incorporó un poco de la silla y se inclinó hacia ella por encima de la mesa.

—No quiero… —la cara le ardía y no era por el sol.

—Como eres tan susceptible cuando se sugiere el tema —prosiguió, haciendo caso omiso de su comentario—, empezaremos por charlar acerca de Andrea —le sonrió, desarmándola—. Antes de ir a Nueva York esta primavera, yo no la había escuchado bien. Quedé azorado. Es muy talentosa.

—Sí, es excelente —Samantha respiró profundamente. Se adentró en el tema, aunque no se sentía a salvo pues él era muy inteligente—. Para ser tan joven, es notable.

—Tuvo una buena maestra —comentó Jason. Tomó la copa que el camarero le ofrecía y probó el vino. Luego se la dio a Samantha. Ella vaciló, pero también lo probó y se sonrojó al ver que esperaba su aprobación. Asintió. Deseó que el rubor se debiera al vino y no a la acariciante mirada de su acompañante.

—Desearía que sólo bastaran las buenas clases —decidió concentrarse en el tema de Andrea—. Pero Andrea es la única alumna brillante a quien he tenido el privilegio de enseñar.

—¿Hace mucho que das clases? —le sirvió vino.

—Un año —la bebida era seca y suave, lo cual le facilitó la charla.

—¿Te gusta?

—Sí, muchísimo. Mucho más de lo que yo esperaba —confesó y tomó otro sorbo.

—¿Por qué no querías ser maestra? —Jason sonrió cálido y la escuchó.

—No formaba parte de mis planes —sintió timidez al decirlo.

—¿Cuáles eran tus ambiciones?

—Ser tan virtuosa como Pablo Casáis o Mstislav Rostropovitsch.

—Son metas altas —acarició su copa.

—Tocar en público lo es todo —declaró con solemnidad.

—¿Qué?

—Tocar lo es todo. Es lo que mi padre dice.

—El buen papá.

—No sé por qué habla de él con ese tono de voz.

—Quizá por una corazonada —se encogió de hombros—. No importa. Así que es un buen violinista, ¿verdad?

—¿Bueno? Uno de los mejores, el más talentoso…

—Sí, ya entiendo. Y él piensa que tú también deberías serlo, ¿no?

—Antes, sí.

—¿Antes?

—No soy lo bastante buena.

—¿Esa fue su explicación? —frunció el ceño.

—No. Nunca me diría nada. No es necesario. Yo lo sé. Puedo ver la forma en que a veces me mira cuando cree que yo no lo veo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo hace?

—Con tristeza. Él hizo todo lo que estuvo a su alcance. No funcionó. Y tiene razón —era notoria su tristeza.

—¿Realmente lo deseabas? —la miró con intensidad a los ojos.

—Bueno, yo… claro que eso quería —se irritó la chica.

—Por supuesto —sonrió—. ¿Qué deseas en este momento de tu vida?

—¿Ahora?

—Sí. Ya que no podrás ser como Casáis.

—Yo… voy a casarme.

—¿Eso es todo?

—¿A qué se refiere? —Samantha creyó que bromeaba, aunque Jason estaba muy serio.

—Pensé que te gustaba dar clases —se encogió de hombros.

—Bueno, sí, pero…

—No puedes casarte y dar clases, ¿no es así?

—No —contestó con firmeza.

El camarero les trajo las ensaladas en ese momento. Samantha no quería discutir acerca del cuidado y atención que necesitaban hombres como Ambrose u Oliver. No tendría tiempo para dar clases. Tomó un poco de vino y se concentró en la ensalada, que consistía en puntas de espárragos con lechuga y un aderezo delicioso de mostaza y hierbas finas.

—Es mejor que las "burritas", ¿verdad? —sonrió Jason.

—Nunca las he comido.

—Eso lo podemos remediar con facilidad.

—No es necesario —no quería pasar más tiempo con su jefe.

—Yo creo que sí lo es. No tienes por qué probarlas si no lo deseas —añadió con naturalidad—. Conozco un excelente restaurante mexicano en un lugar llamado Hermosa. Podríamos ir la próxima semana.

—Pero…

—No me digas que lo consideras poca cosa para ti.

—¿Por qué imagina algo semejante? —se molestó la chica.

—Tal vez por la forma en que nos trata a nosotros los plebeyos; como si fuéramos a contagiarte alguna enfermedad.

—¡No es cierto!

—¿Estás segura? —Samantha estaba a punto de ignorarlo, cuando el camarero llegó para servirles el pescado.

Jason comió con rapidez. Samantha tenía hambre, así que la charla llegó a su fin. No le agradaba en lo absoluto la opinión que tenía de ella, aunque si así él se alejaba, era preferible.

Al terminar de comer empezó a hablar para que Jason no continuara entrometiéndose en su vida.

—Creo que sería conveniente preparar a su hermana para su carrera.

—Lo estoy haciendo. Tú eres lo mejor que le ha pasado a Andrea.

—No creo que… —bajó la cabeza.

—Deja de ser modesta. ¿Quién te arrebató la autoestima?

—¿Perdón? —preguntó abruptamente.

—Si es que conservas algo de ella. Aunque, la mayor parte del tiempo, no existe.

—Vaya, señor Cole…

—Jason.

—Usted es mi jefe.

—Entonces me llamarás como yo te lo pida. ¿Por qué eres así, Samantha Peabody? —la observó con curiosidad.

—No deseo darle explicaciones personales —apretó los dientes.

—Supongo que no. Tendrás que tolerar que siga hurgando hasta encontrar todas las pruebas.

—No le asiste ningún derecho para inmiscuirse en mi vida.

—Por supuesto que sí —replicó. Samantha lo miró con enojo—. Estoy interesado en ti.

—Yo no siento curiosidad por su vida, ni por usted.

—¿No?

—¡No! Mis anhelos están centrados en otro hombre.

—Ah, sí, el flautista —mencionó la última palabra con el mismo entusiasmo con el que Ambrose diría "jugador de voleibol".

—Oliver es un músico maravilloso, talentoso y sensible.

—Fantástico —sonrió Jason—. Imagino la clase de hijos que ustedes tendrán.

—¿Hijos? ¡No los tendremos!

—Es posible que él ni siquiera sepa cómo se engendran, dado que es un tipo refinado y todo lo demás.

—Usted no conoce nada acerca de Oliver —deseó tener el valor de lanzarle el vaso de agua en la cara—. Tiene cosas más importantes en mente. No debe decir eso, sólo porque usted únicamente piensa en el sexo.

—¿Qué tiene de malo?

—Ustedes, los hombres primitivos, son todos iguales —Samantha se ruborizó. Jason le ofreció una amplia sonrisa.

—¿Puedo considerarlo como un halago?

—Sabe muy bien que no lo es.

—Lo imaginé. Te concedo la razón en algo, linda. Me haces pensar en el sexo.

La joven dejó caer el tenedor en el plato.

—También tú piensas en ello, hermosa.

—Yo nunca…

—Alégrate —agregó cortante—. Es mejor que reprimirlo. Más sano —sonrió.

—Deseo irme ahora mismo —Samantha apartó su plato.

—¿Te molesto?

—¡Sí! Quiero decir, ¡no! Maldito sea, Jason Cole.

Él la miró con dolor fingido.

—La dama sí sabe maldecir —sus ojos brillaron divertidos.

—Quiero marcharme —repitió con los dientes apretados.

—No es cortés —el hombre no se movió—. Nunca obligues a tu anfitrión a irse antes de tomar una taza de café después de la cena. ¿Qué tu padre no te lo enseñó?

—Él me instruyó para no lidiar jamás con hombres como usted.

—Era de esperarse —Jason movió la cabeza.

Samantha lo miró molesta ante su sarcasmo. Deseaba irse, pero no sabía cómo obligarlo.

—Cálmate —aconsejó—. Termina de cenar, disfruta del café y relájate.

Lo miró con desconfianza.

—Quiero… —ansiaba marcharse.

—Por favor, cállate —sonrió con dulzura—. Vamos, mujer, se ha terminado el tiempo para pelear. ¿Andrea nunca te informó nada acerca de la época en que la tía Hortense le dio clases?

Samantha negó con la cabeza. Él sonrió y empezó a contarle una serie de historias divertidas, acerca de la relación de la testaruda tía solterona y su hermana. Después, le relató anécdotas de su niñez. Estaba divertida. No se sorprendió, pues sabía que él era una persona inteligente y encantadora. Muy a su pesar, la desarmó. Se sintió tranquila al tomar *coñac* y escuchar a Jason. La complacía el orgullo con el que hablaba de Andrea.

—Le has enseñado toneladas de cosas —concluyó con mirada solemne.

—En realidad, no…

—Basta. La falsa modestia no te sienta bien. Me doy cuenta de lo mucho que ha progresado. A veces no sé cómo lo haces.

—Hago lo que puedo —se sintió complacida por el halago. Al decir esto sus miradas se encontraron. La expresión de su rostro era cálida y seria. Samantha se estremeció de pies a cabeza. Jason sonrió y le acarició la mejilla con un dedo.

—Eres muy hermosa —fue un murmullo suave y ronco.

Samantha dejó su taza de café haciendo mucho ruido en la mesa.

—No lo soy —su voz se entrecortó. Entrelazó los dedos en su regazo—. ¿Ya nos podemos ir? —habló con voz suplicante y temblorosa y se puso de pie al mismo tiempo. No podía quedarse sentada más tiempo. Le recordaba a Fritz y todas sus mentiras.

—Por supuesto —Jason suspiró y pidió la cuenta.

Había tirado por la borda todo lo ganado, meditó la chica mientras esperaba a que pagara. Justo cuando ella olvidó que él era hombre, le mencionó que era hermosa. En realidad, ella no era su tipo de mujer. Samantha ya las conocía. Abundaban en la playa. Rubias de largas piernas y bronceados perfectos que lo seguían sin vacilar. Esa misma tarde lo vio sonriéndoles. Andrea le comentó que una mujer en particular, llamada Dena, ocupaba la mayor parte del tiempo libre de Jason.

Se entienden bien, comentó Andrea cuando la joven le preguntó, en nueva York, acerca del estado civil de su nuevo jefe. Si Jason entablaba relaciones amorosas con mujeres como Dena, la modelo, no podía considerar hermosa a Samantha. Sólo deseaba divertirse a sus costillas, seducirla, igual como lo hizo Fritz. Era una tonta. Abandonó el restaurante y se dirigió al jeep. Estaba furiosa consigo misma. Casi permitió que él la engatusara. También su madre se dejó embaucar por Louis Lambert. Cruzó las manos en su regazo y miró al frente.

Cuando Jason se reunió con ella, no encendió el motor de inmediato. Sólo la miró fijamente.

—¿Por qué no nos vamos de una vez? —se molestó.

—Deseo saber qué sucedió en el restaurante.

Samantha sólo miró los autos que transitaban por Pacific Coast Highway.

—Hablo en serio, Sam. ¿Qué pasó?

—No me llamo Sam.

—Samantha —corrigió con suavidad—. ¿Qué fue lo que dije?

¿Cuál era la razón para fingir? Apretó los labios. Él siguió esperando. Por fin, la tensión fue demasiada y se percató de que si no le daba una respuesta, no se movería del estacionamiento.

—No es cierto —murmuró.

—¿Qué no es cierto?

—Estábamos charlando muy bien y, de pronto, me dijo que era hermosa —lo miró, acusadora.

—Es la verdad —su asombro era mayúsculo.

—No lo soy.

—¿Porque hablé de tu belleza te enfadaste?

—Por supuesto. No me gusta que sean condescendientes conmigo —no lo acusaría de querer coquetear con ella para seducirla.

—¿Crees que lo fui?

—Claro. Hay mujeres mucho más bonitas que yo. Docenas. Las mira todos los días.

—Ah —hizo una pausa—. Claro.

Samantha lo miró con ira y Jason la observó con inocencia.

—Está bien —estaba harto—. ¿Te sentirías mejor si te dijera que no eres bonita en lo absoluto?

—Sí —afirmó la joven.

—Muy bien. Me pareces una mujer horrible —encendió el motor y arrancó el jeep, sacándolo con rapidez del estacionamiento—. ¿Ya estás contenta ahora? —alzó la voz para ser oído debido al ruido del tránsito.

Al conseguir lo que deseaba, Samantha no supo si estaba contenta o no.

Capítulo 4

Jason le pidió a Samantha que lo llevara al aeropuerto al día siguiente.

—¿Nosotras nos vamos a ir contigo? —preguntó Andrea.

—Este fin de semana no —puso una maleta en la mesa y procedió a llenarla—. Al no saber a ciencia cierta cuándo llegarían de Nueva York, no reservé boletos. Estarán bien aquí, ¿verdad?

—Claro —intervino la joven con rapidez. Le parecía un sueño: una tregua de dos días y medio sin estar con él—. Trabajaremos mucho.

—Puedes tomar el auto y visitar los alrededores —comentó mientras metía camisetas de colores—. ¿Conocías California, Sam?

—No —ignoró el "Sam", pues estaba convencida de que lo hacía para molestarla.

—Bueno, Andi ampliará tus conocimientos y ya veremos qué se puede hacer al respecto cuando yo regrese.

—No quiero…

—Pero yo sí —la interrumpió tajante. ¿Por qué no entendía que no deseaba estar a su lado? ¿Acaso Louis Lambert acosó así a su madre? Por primera vez, Samantha sintió un poco de simpatía por Margot.

—Por favor, no olvides usar bronceador —Jason le tocó la punta de la nariz—. Aun guardas un sorprendente parecido con un tomate.

Ella hizo una mueca aunque no lo olvidaría de nuevo. La orden que le dio para que se desnudara y toda la noche en vela, adolorida debido a las partes del cuerpo que estaban enrojecidas, la convencieron de ello.

Su jefe cerró la bolsa, tomó el boleto de avión y le dio las llaves del automóvil a Samantha.

—Vámonos.

La joven se alegró más que nunca de ser una buena conductora. A veces pensaba que era su mayor cualidad; lo hacía mejor que su padre. Ambrose no manejaba, aduciendo que no podía lidiar con el tránsito y disfrutar de Bach o Beethoven. Desde muy temprana edad, ella obtuvo la licencia y le sirvió de chofer. Nunca había conducido un jeep, pero le pareció una experiencia emocionante. El viento le revolvía el cabello y aliviaba el ardor de sus mejillas. Llegaron al aeropuerto sin contratiempos.

—Buen trabajo, Sam. Sigue las señales y dirígete al sur. Llegarás a casa muy pronto —explicó Jason cuando la chica se estacionó frente a la puerta indicada—. Te veré el domingo en la noche. Llamaré a casa en cuanto llegue.

Tomó la bolsa y, antes de salir del auto, le dio un beso a la joven.

—Tengo que conservar las apariencias —guiñó un ojo y se marchó.

Tan pronto como Samantha llegó a casa, Andrea le sugirió que fueran a Disneylandia.

—¿A dónde? ¿Hoy? No —protestó la joven—. Imposible.

—¿Por qué no? Jason sugirió que fuéramos a ver lugares. Podemos comenzar con la atracción turística más popular.

—Estoy aquí para trabajar, no para pasear —le recordó.

—Tenemos mucho tiempo para hacerlo —Andrea alzó los hombros —. Vamos, te lo suplico, por favor. Mi hermano…

Jason. Jason. Jason. Samantha deseó taparse las orejas.

—Necesitamos trabajar, Andrea.

—¿Y si te prometo estudiar mucho hasta el mediodía?

—¿Cuánto tiempo?

—Son dos horas completas. Ayer fueron cuatro horas, contando la lección y los ensayos. No seas explotadora.

—Yo no te trato como a una esclava. Ayer estuvimos toda la tarde en la playa.

La jovencita la miró, suplicante.

—Está bien —suspiró.

—¡Fantástico! —sonrió Andrea—. Te encantará Disneylandia. Ya lo verás.

Ambrose consideraba Disneylandia como una variedad de la tontería juvenil, así que nunca llevó a Samantha, ni siquiera cuando estuvieron en Los Ángeles y tuvieron tiempo libre, hacía algunos años. Ella pensó que no importaba; había cosas más importantes por hacer. Disneylandia era para los niños.

En el momento en que entraron en el Reino Mágico, descubrió que también era para adultos que deseaban volver a ser niños. Le sorprendió darse cuenta de que ella era así. Los paseos, las caricaturas de tamaño real, todo el ambiente mágico que la rodeaba le encantaron. Subieron al Matterhorn, navegaron por la jungla, pasearon en el barco pirata y escalaron La Casa en el Árbol de la Familia Robinson.

—Ojalá Jason estuviera aquí —comentaba Andrea continuamente.

La joven sintió que él las había acompañado. Su estómago se contrajo al bajar del tobogán del Matterhorn, igual que cuando Jason la besó esa mañana; los Piratas del Caribe le hicieron imaginar a un rudo señor Cole. El intrépido guía bromeaba igual que él.

Se divirtió mucho. Comieron en un restaurante al estilo de Nueva Orleans y visitaron las tiendas de Main Street. Al oscurecer, se apoyaron contra un farol y presenciaron unos maravillosos fuegos artificiales.

También recordó a Jason. Parecía que las luces estallaban cada vez que Samantha estaba cerca de él.

El trayecto a casa fue largo y agotador. La joven encendió el radio para oír música clásica. Andrea se quedó dormida. Llegaron a medianoche. El teléfono sonaba cuando entraron en la casa.

—Habla Jason. De nuevo —hizo énfasis en la última palabra—. Por el amor de Dios, son las doce de la noche. ¿En dónde demonios…?

—Hola —interrumpió Samantha.

—¡Gracias al cielo! —exclamó—: ¿En dónde han estado? ¿Qué ha sucedido?

—Estamos bien…

—¿Cuál es la razón por la que no han contestado el teléfono?

—Salimos.

—¿Todo el día? —El alivio de su voz fue sustituido con rapidez por el enojo.

—Fuimos a Disneylandia.

—¿Qué? —lo que emitió fue algo entre un rugido y un gemido.

—Dijiste que fuéramos a visitar lugares típicos —le recordó Samantha—. Andrea quería ir. Además, estudiamos toda la mañana.

—Disneylandia —ahora suspiró con alivio—. Estaba preocupado. Me pregunté si habrían llegado bien a casa desde el aeropuerto. He llamado desde que llegué. Al principio pensé que estarían bien. Después, ya no estuve tan seguro.

—Lo siento. No pensé que nos hablarías.

—Era lo correcto —tosió para aclarar la voz—. Después de todo, soy el tutor de Andrea.

—Puedes estar tranquilo. Tu hermana está bien.

—¿Te gustó?

—¿Qué cosa?

—Disneylandia.

—Sí —sonrió—. Fue increíble.

—¿Qué te agradó más?

—Los Piratas del Caribe.

—¿Por qué?

Samantha vaciló. La respuesta era que uno de los piratas de ojos azules se parecía a él.

—Fue muy divertido. Sentí como si me hubieran transportado a otro mundo.

—Te entiendo —su voz era más suave, casi soñadora. Samantha recordó que era tarde, Andrea ya se había dormido y ella estaba acurrucada en el sofá. En Florida debían ser las tres de la mañana y Jason quizá estuviera acostado. Se ruborizó.

—Recuerdo la última vez que fui a Disneylandia —le relató cuánto se mareó al subirse a una taza de té. Un amigo y él hicieron columpiar tanto el puente colgante que nadie más quiso subirse—. Estuve muy contento. Sentí que era niño otra vez.

—Te creo —no les costó trabajo imaginar a Jason de niño.

—Me alegro que hayas ido. Necesitas ampliar tu mundo.

Quizá, si estuviera menos dormida, se habría negado. Esa noche tan sólo estuvo de acuerdo.

—Casi enloquecí de preocupación por ustedes —añadió con sequedad.

—¿Llamaste muchas veces?

—Alrededor de veinte veces. Puedes contarlas cuando regreses la cinta de la contestadora telefónica.

—Lo siento mucho. Me imagino que querías dormir.

—Necesitaba saber que no les había pasado nada.

—Estamos bien —su voz fue soñolienta.

—¿Samantha?

—¿Qué?

—Desearía que estuvieras aquí —susurró. Ella imaginó que sonreía. Antes de que pudiera reaccionar, él colgó.

Jason llamó veintidós veces. La tía Hortense, tres veces y, milagro de milagros, también Oliver se comunicó, quejándose de que Samantha no estuviera en casa. Dejó un número para que le hablara.

Qué bueno que no oí la grabadora antes de ir a dormir, pensó Samantha. De ser así, quizá habría estado despierta, pensando en Oliver. Era suficiente lo que le dijo Jason: "Desearía que estuvieras aquí". Estuvo inquieta parte de la noche.

El sábado no fue a la playa con Andrea, quien salió con dos amigas. Se quedó a esperar la llamada de Oliver. Necesitaba oír su voz.

Oliver no se comunicó, aunque otras personas sí. Cuatro chicas, con voces seductoras, buscaron a Jason y la quinta llamada fue de un hombre que informó a Samantha que se hacía cargo de Cole Sportwear, cuando Jason estaba de gira.

—El señor Cole no habla con nadie de viernes a domingo. Sólo se dedica a los torneos. Por favor, prométame que hará que me llame tan pronto cono llegue el domingo, ¿de acuerdo? —le suplicó a la joven.

Ella lo prometió. Qué raro, pensó mientras tomaba un libro.

El teléfono sonó de nuevo cuando Andrea y las chicas regresaron a la playa después de comer. La persona que solicitó hablar con Jason tenía una voz fuerte, anciana y femenina.

—Me temo que no está en casa —explicó—. ¿Quiere dejarle algún recado?

—Fue a uno de esos ridículos juegos, ¿verdad? ¿Eres tú, Andrea?

—No, señora.

—Entonces, ¿la señorita Peabody?

—Sí.

—Me alegra oírla, señorita —prosiguió la voz—. Habla Hortense

Strong. La tía de Andrea. Mi sobrina dice que es una maestra estupenda. Me alegro. Me gustaría conocerla. ¿Qué le parece el lunes?

—¿Perdón? —Samantha no entendió.

—Quisiera verla. ¿Está de acuerdo en que pase el lunes?

—Si usted así lo desea…

—De acuerdo. A las nueve —colgó.

Era obvio que ser dominante era un rasgo de familia. La chica se preguntó lo que diría Jason si ella le comentara lo parecido que era a su tía.

Antes de que pudiera especular al respecto, el teléfono volvió a sonar. Era Oliver.

—¿Sammie Cat?

—¡Oliver!

—¿A cuál tintorería enviaste mi frac en Nueva York?

¿Para eso la llamaba?

—A la que está en la calle Amsterdam, justo detrás de la escuela Rudley. ¿Por qué? ¿No te lo entregaron?

—Claro que sí. Pero necesito limpiarlo de nuevo y nadie de mis compañeros tiene la menor idea de cómo hacerse cargo de todo eso.

—¿Qué? Hay tintorerías en todas las ciudades del país.

—Pues no parece —gruñó Oliver—. Nadie sabe nada.

—¿En dónde estás? —yo sí me haría cargo, pensó la joven.

—Estoy en Williamsburg. Pensé que lo sabías.

Samantha se sintió culpable al darse cuenta de que, hasta ahora, no había consultado el itinerario de su novio.

—Se me olvidó. Lo siento.

—También perdí mis mancuernas de oro —prosiguió—. Las pusiste en la maleta, ¿verdad?

—Sí —en Boston ella le hizo el equipaje, antes de viajar con Andrea y Jason a California.

—Después de todo, creo que debiste venir conmigo.

—No lo deseabas.

—Sería conveniente que te reunieras con nosotros.

—¿Qué? ¿Ir allá? ¿Ahora?

—Te necesito, Sammie.

Vaya. ¿Por qué no lo dijo antes?

—Oliver, tengo un trabajo. No puedo ir.

—No es un verdadero empleo, Sammie. Únicamente eres la niñera de la niña Cole.

Samantha suspiró. Él no respetaba su posición como maestra.

—Tengo un compromiso que cumplir —mencionó cortante. Los hombres como él no entendían lo que su profesión significaba para ella—. Estoy segura de que encontrarás una tintorería. Revisa la *Sección Amarilla*. Pregúntale a alguien.

—¿No vendrás? —suspiró.
—No me es posible.
—Supongo que puedo arreglármelas solo. No es fácil. Gracias a Dios existe el servicio de cuarto en el hotel. Aunque no preparan el filete tan bien como tú.
—Me siento halagada —sonrió, complacida de que al fin Oliver apreciara lo que le daba.
—Deseo tenerte conmigo, Sammie Cat. Lo disfrutarías. La oportunidad de ver cosas nuevas y los conciertos los fines de semana. Mi parte en la obra de Bach mejora día con día. Deberías escucharla.
—Eso haré —prometió Samantha—. Iré a Hamptons, ¿recuerdas?
—Así es. Y gracias al cielo que vas.
—Sí.
—Nos divertiremos mucho —habló con entusiasmo—. Te lo prometo. Y como hemos pasado el verano separados, tengo muchas cosas que contarte. Será maravilloso volver a encontrarnos. Tengo el deseo particular de besar tus labios.
Samantha se ruborizó, culpable, al pensar en quien fue la última persona que lo hizo.
—Tal vez pueda llegar a conocer un poco más de ti —insinuó Oliver con suavidad.
—Tal vez —se sintió incómoda.
—Bien. Alguien llama a mi puerta. Es Nell. Debo irme. Hasta pronto, mi amor —y con una rapidez que competía con la de Hortense Strong, colgó.
La llamada de Oliver no fue lo que ella esperó. ¿Cuál era el motivo real de su petición para acudir con él? ¿Para que le encontrara una tintorería?
No estaba sorprendida. Él no sabía cómo hacer frente al mundo real, sobre todo desde que ella se fue a vivir a Nueva York para trabajar en Rudley. Aunque Oliver pasaba mucho tiempo en Boston ahora, la joven le preparaba la comida y le ponía la ropa en orden los fines de semana.
Quizá la separación lograra que Oliver la apreciara más. Por lo menos, eso esperaba.
En ese momento, el sonido del teléfono la devolvió a la realidad. Se escuchó una voz femenina más madura que la de las admiradoras anteriores.
—¿Puedo hablar con Jason?
—No, lo siento. ¿Puedo tomar su recado?
—Dígale que Dena lo llamó, por favor. Usted debe ser la joven del violoncello. Él me habló de usted.
—Ah, ¿sí?
—Sí. Me lo cuenta todo.

—Qué bien —Samantha apretó los dientes.

—Me gustaría conocerla.

Ella también deseó conocer a Dena. Sería un buen antídoto contra el sentimiento que empezaba a albergar por su jefe. Las personas no cambian, y menos los arrogantes hombres de negocios. Recordó a Fritz y a Louis Lambert.

Samantha estaba medio dormida cuando escuchó sonar el teléfono. Tardó en levantarse y correr a contestar al cuarto de Jason.

—Te desperté —era Jason. Al reconocer su voz, ella se estremeció.

—Sí —confirmó con amargura. Él pertenecía a Dena; cuanto más lejos estuviera, mejor.

—Perdón —parecía complacido, cansado y también un poco soñoliento. En Florida era la una de la mañana. ¿Acaso regresaba de una fiesta?—. Y bien, ¿qué hiciste hoy?

—Pocas cosas. Contesté muchas veces el teléfono.

—Parece que ya te tengo entrenada —rió.

—No tuviste nada que ver con ello. ¿Quieres hablar con Andrea?

—No. Deseaba hablar contigo.

—¿Por qué?

—¿Has visitado otros lugares? —ignoró la pregunta.

—No.

—Bien, lo podremos hacer cuando vuelva.

—No será necesario. Estaré dándole clases a tu hermana cuando vuelvas. Estoy segura de que tú también trabajarás.

—Ya conoces lo que dicen acerca de "mucho trabajo y nada de diversión", Sam.

—*Mi trabajo es mi diversión* —dijo con firmeza.

—Sí —la afirmación la sorprendió—. También el mío. Ya sé a qué te refieres —hubo una pausa y luego bostezó. Era un sonido muy íntimo y Samantha se estremeció.

—Tu tía llamó.

—¿Qué quería? —gruñó.

—Creo que conocerme. Vendrá el lunes por la mañana. A las nueve.

—¿Cómo? —gimió—. Sabe que los lunes duermo hasta tarde.

—Quiere verme a mí, no a ti.

—No importa. Deseará que esté despierto y listo para recibir órdenes.

—Lo imagino —sonrió a pesar de sí misma—. Parece ser una persona especial.

—No sabes cuánto —suspiró—. Fantástico. Ahora ya tengo con qué entusiasmarme lo que resta del fin de semana.

—Te tengo otra noticia que te alegrará aún más. Tu novia te llamó.

—¿Novia?

¿Acaso tenía tantas que ya no sabía de quién hablaba?

—Dijo que su nombre era Dena.

—¿Cómo está? —hubo cierta urgencia en su voz.

—Yo creo que muy bien —declaró Samantha con voz fría—. ¿Por qué?

—Pues… ha tenido problemas últimamente. ¿En dónde estaba?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿No le lo dijo? —suspiró Jason.

—No. Dijo que te comunicaras con ella el lunes, ya que tenía que salir el martes. Nada más —no iba a decirle lo que comentó acerca de su amistad y confianza.

—Está bien. Gracias.

Ella esperó a que se despidiera y colgara, pero no fue así. Lo escuchó respirar.

—¿Cómo está el clima por allá?

—Nublado. ¿No deberías estar dormido?

—Tal vez, aunque prefiero hablar contigo. ¿Hizo sol hoy o no? ¿Cómo estuvo el mar?

Samantha estaba nerviosa.

—No hubo sol en la mañana —también tenía sueño. Así que se recostó en la cama de Jason y se recargó en las almohadas.

—En Florida hace mucho calor.

—Aquí no.

—Me hubiera encantado estar allá.

Era una conversación bastante tonta. Él no tenía prisa. Samantha bostezó y siguió contestando a sus preguntas; ella no quería dejar de oír su voz. Resultaba relajante hablar del clima, de las olas, del progreso de Andrea con el violoncello, de que las quemaduras de Samantha ya estaban mejor. La última pregunta la inquietó un poco.

—Estoy mucho mejor. Me he estado poniendo el ungüento.

—¿Te pusiste bronceador antes de salir al sol hoy?

—Sí, aunque salí sólo lo indispensable.

—Desearía habértelo puesto yo mismo —suspiró y sonrió.

—No necesito que nadie me ayude —Samantha se sentó.

—No se trata de necesitar, Sam —susurró con suavidad—. Sino de querer. Hay pocas cosas que deseo más que deslizar mis manos sobre tu cuerno.

—¡Jason! —se puso de pie de un salto.

—Es cierto.

—¡Basta! ¡No hables tonterías!

—¿Por qué no? ¿Acaso la verdad te hace temblar, Sam? A mí sí.

La chica, escandalizada, colgó el auricular. Estaba temblando. Cuando se metió en la cama, minutos después, miró fijamente hacia el techo pensando en Jason Cole. Tenía la habilidad para atacarla en sus

puntos más vulnerables y provocar reacciones violentas. La manera en que combinaba la firmeza y la gentileza la confundía. Nunca esperó enfrentarse a una situación así. Era muy pequeña para entender cómo Louis conquistó a su madre, aunque con Fritz lo vivió en carne propia. Él la llenó de promesas y halagos para obtener lo que deseaba. Jason también aparentaba desear provocarla y seducirla.

Si Jason era más sutil que Louis Lambert o Fritz Hoffman, ella no cedería por ningún motivo.

A pesar de todo, Louis se casó con su madre. Sin embargo, Fritz no, y Ambrose se aseguró de que Samantha lo supiera. Estaba convencida de que el señor Cole tampoco quería casarse. De hacerlo, sería con la fogosa Dena. Mientras tanto, él haría hasta lo imposible por obtener de ella lo que deseaba. Una vez que la hubiera poseído, nunca lo volvería a ver. Aunque lo más importante era que sospechaba que este hombre lograría que se enamorara de él.

Capítulo 5

—¿Mi tía Hortense va a venir? ¿Hoy? —Andrea despertó esa mañana de inmediato.

—A las nueve en punto —señaló Samantha—. Será mejor que te des prisa. Estará aquí en menos de una hora.

—¡No! No puede ser. Espera —la jovencita salió de la cama.

—¿Qué? —la aludida se volvió.

—Estoy enferma —Andrea se sentó. Estaba pálida, pero parecía haber dormido bien—. Tengo náusea. Me duele el estómago.

—No tiene nada que ver con tu tía, ¿verdad? —comentó con sequedad—. Yo no me preocuparía. No vendrá a verte a ti, sino a mí.

—*Ese es el problema.* Quiero decir… ¡Ay! —se quejó.

—¿A qué te refieres? —se acercó a la chiquilla.

—Yo… por favor, Sam, ¿por qué no la llamas y le dices que no podemos verla hoy? Que la llamaremos cuando me sienta mejor.

—¿Por qué te altera tanto su visita? —Samantha se sentó en el borde de la cama. Andrea desvió la mirada.

—Va a ponerse furiosa —dijo al fin.

—¿Cuál es la razón?

—Lo que le informé —suspiró la niña, preocupada.

—¿Qué es lo que hablaste con ella?

—Todo es tan estúpido —Andrea dio un puñetazo en el colchón—. Yo sé lo que es mejor para mí, ¿no?

La joven no entendía nada, pero intuyó que se acercaban al meollo del asunto.

—¿Qué le hiciste creer?

—Que tienes cincuenta años.

—¿Cómo?

—Bueno, no tanto. Pero que eres más vieja de lo que realmente eres.

—¿Cuál es la diferencia?

—Exactamente —gimió—. Eso mismo es lo que deseo saber. Cuando me enteré de que este año me quedaría con Jason en California, mi tía insistió en que una vieja regañona me acompañara a las giras. Yo deseaba que tú vinieras.

—¡Dios mío! —Samantha se sintió débil y se alegró de estar sentada.

—¿Puedes llamarla y decirle que no venga?

—No es posible, Andrea. Tu tía ya está en camino. A mí no me gusta mentir.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

En ese momento entró Jason al dormitorio. El corazón de Samantha se aceleró igual que la noche anterior, cuando fue a recogerlo al aeropuerto. Por su aspecto parecía que se había levantado hacía sólo unos momentos. Al verlo con el cabello alborotado y sin rasurar ella se estremeció.

—¿Qué pasa? —preguntó el atractivo hombre.

—La tía Hortense cree que Samantha es una cincuentona —Andrea bajó la vista.

—¿Cómo? —la miró fijamente y luego contempló a Samantha con tan hambrienta intensidad que la chica sintió que la desnudaba—. ¿Le dijiste a Hortense que tu maestra tenía cincuenta años?

—Así lo exigió —gruñó la jovencita.

—¿Sabes lo que va a pensar, verdad? —se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Qué? —preguntaron las dos al unísono.

—Me gritará que yo lo arreglé todo. Señalará a Samantha como mi última... —tuvo la gracia de sonrojarse. Logró sonreír y miró el cuerpo de Samantha como si intentara despojarla de la ropa, a pesar de que tenía puesta una falda y una blusa con mangas largas—. No me parece una mala idea.

Lo miraron enfadadas.

—Ayúdanos —dijo la niña—. Ordenará que me vaya con ella, lo sabes muy bien.

—No lo permitiré —se puso serio de inmediato.

—Eso hará, si se entera de quién es Samantha. Debe aprobarla.

—¿Por qué? —inquirió Samantha.

—Nuestra madre no deseaba que yo tuviera la carga de educar a Andi si yo no lo quería. Por eso, la tutela de mi hermana es responsabilidad de los dos, hasta que cumpla dieciocho años. Por supuesto, Andi se queda conmigo; yo tengo la preferencia. Mi tía puede lograr que viva con ella, si yo no quiero a Andi a mi lado o si percibe "problemas".

—¿Crees que lo haga?

—Tiene un verdadero don para percibir problemas —Jason movió la cabeza—. Mi estilo de vida. Mi ocupación. Mis amigos. Todo.

—¿Tus mujeres? —sugirió Samantha.

La miró enfadado.

—¿Piensas que desea que Andrea se vaya a vivir con ella?

—Si obtiene la custodia de mi hermana controlará todas las acciones de nuestra madre y, por lo tanto, su opinión tendrá más peso en la junta de consejo de la compañía:

—Si tú vives con Andrea el control te pertenece —señaló Samantha.

—Soy dueño del cincuenta por ciento de las acciones —Jason se

irritó. Era la primera vez que la joven lo veía molesto—. Puedo hacer lo que quiera. Todo lo que esto significa es que Hortense puede molestarme aún más. ¡Pero a mí me importa Andrea! Nada más.

La joven no pudo dudar de su sinceridad.

—Lo siento.

—No te disculpes —sonrió, provocativo—. Como dije, me gusta la idea.

—¡Basta! —exclamó enfadada—. Tenemos que pensar en algo. Llegará en menos de cuarenta minutos.

—¿Significa que nos vas a ayudar? —Jason y Andrea la observaron con detenimiento y sorpresa.

—Claro —declaró.

Cuarenta y dos minutos después, cuando oyeron los pesados pasos de la tía Hortense antes de entrar en la casa, Samantha y su alumna tocaban un dueto de Bach.

—No podemos interrumpirlas ahora —escucharon a Jason, quien detuvo a Hortense justo a un lado de la ventana—. Es un gran error interrumpir su concentración. Sobra decírtelo. Como tú tocas el violoncello, lo sabes.

Nunca llegó a ser más que una violoncellista mediocre. La enorgullecía sentirse el modelo a seguir para Andrea y él lo sabía.

—Por supuesto —hizo una pausa. Miró a través de las persianas de la ventana—. Sospecho que tienes razón. Desde aquí puedo escuchar.

—Practican mejor a solas —mencionó él mientras Samantha rezaba por que no exagerara.

—Eso veo.

Andrea tocó la melodía mientras Samantha la seguía e inclinaba la cabeza, con la esperanza de que no se viera por la ventana el polvo de talco que debía darle la apariencia de tener el cabello cano. Se recogió el cabello en un moño y Andrea le puso talco encima. Aunque no era un trabajo profesional, sí era aceptable. Por lo menos, para engañar a la tía Hortense.

Jason frunció el ceño mientras Andrea talqueaba a Samantha.

—Si la tía no ve a Sam de cerca, supongo que nos saldremos con la nuestra. Por lo menos, la ropa está bien.

No era un halago. A él no le gustaban sus faldas largas y amplias blusas. Ella las usaba por cuestión de principios. Cuando le dio una vieja chaqueta de su padre, se la puso sin decir nada, alzando las mangas para poder tomar el arco.

—Los zapatos no están bien —declaró Jason.

—¿Qué tienen de malo? —ella portaba sus sandalias a todas partes —. Puede que no tenga cincuenta años, pero son prácticos y cómodos.

—Quizá para acarrear ganado. Pero no concuerdan con la imagen de la mujer solterona y remilgada que queremos crear.

Jason hurgó en la maleta de Andrea y sacó unos tenis.

—Tropezaré con ellos —eran tres números más grandes de los que usaba.

—No camines. Sólo siéntate, toca el violoncello y entre movimiento y movimiento finge que te molestan tus reumas. Yo me encargo del resto.

Así que se puso los tenis, tomó su arco y, cuando la tía Hortense llegó, quince minutos después, empezó a tocar. Gracias a Dios la pieza era larga. Muy barroca, con muchos contrapuntos, con cientos de repeticiones y variaciones. Así que no importaría que añadieran veinte más para ganar tiempo, decidió Samantha.

Tocaron mientras la tía Hortense y Jason charlaron fuera de la casa. Él comenzó a caminar de un lado a otro mientras la tía Hortense seguía hablando.

—Me doy cuenta de que es dedicada —volvió a ver a Samantha por la ventana—. Decidida. Lo puedes ver en la forma en que levanta la barbilla.

—Sí, es cierto —replicó él. Muy dedicada.

—¿Estás seguro de que goza de buena salud? A mí me parece muy frágil desde aquí —musitó—. Especifiqué que la maestra fuera una mujer de edad, pero, ¿puede hacer frente a una quinceañera?

—Es más ágil de lo que parece —contestó Jason con naturalidad—. Para ser una anciana, tiene mucha vitalidad.

—Es muy estricta, ¿verdad?

—Muchísimo. Una verdadera tirana.

—Andrea parece haber mejorado muchísimo —comentó a regañadientes.

—Estaba seguro de que eso pensarías.

—Quisiera hablar con ella, saber cuáles son sus planes. ¿Crees que terminarán pronto?

—Lo dudo. La señorita Peabody es muy disciplinada. Practican toda la mañana. Empiezan desde que amanece.

—Harías bien en aprender algo de ella —rezongó la tía.

—Eso hago —señaló Jason. La anciana se quedó muda por un momento.

—No puedo esperar para siempre —gruñó—. La veré otro día. Quiero contarle de cuando tocábamos Breval cuando yo era joven.

—Le diré que te llame —ofreció su sobrino y condujo a la señora hacia la salida.

—Hazlo. Deseo que me mantengas al tanto de lo que pase. Por ahora creo que las cosas están bien. No obstante, la vigilancia lo es todo. Y no dudes de que estaré al pendiente. Se lo debo a la madre de Andrea, que en paz descanse —partió.

La chiquilla dejó de tocar.

Samantha no lo hizo, pues no deseaba detenerse hasta estar segura de que se había terminado el peligro. Andrea la siguió. Jason esperó hasta que la tía Hortense desapareció y entró en la casa.

—¡Lo logramos! —exclamó con alegría—. ¿Qué les parece si nadamos ahora?

—Fantástico —Andrea dejó a un lado su arco.

—Por supuesto que no —cortó Samantha—. Estamos estudiando.

—Por favor…

—Practicaremos toda la mañana —le recordó la joven—. ¿No dijo tu hermano que empezamos desde el amanecer?

—Yo quiero ir…

—Aunque no lo hicimos así, compensaremos el tiempo perdido —mencionó, implacable.

—Trabaja duro, Andi —su hermano la miró burlón—. Nos veremos después —tomó una toalla y una pelota de voleibol y se marchó silbando. Pocos instantes después, regresó—. Cuando salgas, no olvides el bronceador —se dirigió a la chiquilla—. Por favor, querida Sam, no descuides tu cuerpo y que Andi te lo aplique.

—No me llamo Sam —replicó.

Jason se dirigió a las canchas de juego.

—Le gustas —afirmó su alumna con alegría.

Samantha se molestó. Le gustaba a Jason Cole igual que los tres cochinitos le gustaban al lobo feroz. Acomodó la partitura del concierto en el que estaban trabajando.

—Empieza en la página tres. Necesitamos trabajar mucho. Sólo voy a quitarme el talco.

La lección estuvo aceptable. No se podía esperar más, ya que su jefe y tres hombres hicieron su aparición en la casa, sacaron comida del refrigerador e hicieron comentarios, mientras Samantha le daba instrucciones a su pupila acerca de una difícil parte de armonía.

Jason lo hacía sólo para molestarla. Sin embargo, demostraba indiferencia o la simulaba. No fue fácil para ninguno de los dos.

—¿Quién es ella? —susurró un hombre en voz alta a su jefe.

—¿Viven contigo? —preguntó otro de ellos, contemplándolas.

—¿A quién le importa? Me las llevo quienesquiera que sean —comentó el tercero con una sonrisa vulgar.

—La rubia es mi hermana —aclaró cortante—. Y la otra es *mía*. Así que no se acerquen.

¿Suya? ¿Con qué derecho? Samantha lo miró enfadada. Él tuvo la audacia de guiñarle un ojo. La chica estaba a punto de hablar cuando miró a los demás. Altos, musculosos y bronceados, podrían ser copias del señor Cole, salvo por una cosa. Sus miradas eran más morbosas. Tragó saliva y se concentró en la música.

—Desde el principio —le indicó a Andrea, cortante.

—Dijiste…

—¿No escuchaste? —Samantha fue tajante. La chiquilla suspiró y miró de soslayo al más rubio y joven de los amigos de su hermano.

—Vámonos —anunció Jason cuando los demás mostraron decidida falta de entusiasmo por marcharse.

—Oye, Jase… —protestó uno.

—Vamos, hombre, sólo queremos oír un par de minutos más. Un pequeño curso de apreciación musical.

—Nos marchamos —no fue una sugerencia sino una orden. Los condujo a la puerta casi a empujones. En el último momento, justo cuando Samantha se alegraba de estar libre, le dio un beso en el cabello—. Prosigue, Sam.

La chica se ruborizó y cometió un error al tocar.

—Lo hacen muy bien —comentó el más joven—. ¿Crees que podrían interpretar a Springsteen?

—No soy tuya —se enfrentó Samantha a Jason esa noche en la cocina. No habló durante la cena. Ahora que Andrea salió con sus amigas, aclararía las cosas.

—¿No? —sonrió él, burlón.

—¡No! —se sonrojó—. No es necesario que lo digas.

—¿Preferirías alejarlos tú sola, linda? —añadió con una sonrisa más amplia.

—Por supuesto —lo miró con desprecio.

—No cuentes con ello. Eres deseable. Aun con esa ropa ridícula.

—Es adecuada —replicó.

—Tal vez para tocar el violoncello o para cortar rosas. Pero nunca debes usarla en la playa.

—No lo voy a discutir —vestirse de ese modo era simbólico, le brindaba seguridad. En virtud de que era necesario permanecer lo más lejos posible de Jason Cole y de la gente del Sur de California. A solas, reconocía que era una tontería vestir así para ir a la playa. La brisa levantaba su falda y siempre tenía arena en la ropa. A pesar de todo no se atrevía a ponerse otra cosa.

—Estoy muy agradecido contigo —el hombre se apoyó sobre el refrigerador—. Jugaste limpio.

—¿Perdón?

—Con Hortense. Actuaste como profesional, aunque pienso que así eres en realidad.

—¿Qué insinúas? —lo miró enfadada.

—Creo que desearías tener cincuenta años. Tus actitudes, la ropa, en fin…

—No es cierto.

—Entonces, ¿por qué insistes en vestirte de ese modo y mirarme como si fueras la vieja amargada o una niñera celosa?

—Porque actúas como si necesitaras una.

—¿Quieres un adulto? Te voy a demostrar que lo soy —se acercó y la abrazó.

La joven intentó alejarse, pero Jason no lo permitió. Él aproximó aún más su cuerpo. Forcejeó al sentir el deseo que lo embargaba.

—No empeores la situación, Sam.

—Maldito seas.

—Estás actuando, ¿no es cierto?

Ella permaneció inmóvil. El rostro de Jason estaba muy cerca del suyo. Sentía su aliento en la mejilla. Se estremeció.

—Finges —susurró con voz suave.

—Por favor…

—¿Es una súplica? Será un placer complacerte. Pensé que nunca lo pedirías —la besó.

Samantha se quedó sin aliento por la impresión. Era todo lo que ella había imaginado que un beso podía ser y que nunca experimentó: dulzura, pasión, calidez y deseo.

La joven se asustó por el tumulto de emociones que la invadió, y lo empujó. Jason comprobó lo que ambos sabían: su indiferencia sólo era una actuación.

—Estoy enamorada —anunció Andrea y brincó sobre la cama de Samantha. No le agradó ese comentario a su maestra, quien sólo dijo.

—¿Lo crees?

—¡Sí! —exclamó la chiquilla, fue la afirmación más enfática y teatral que Samantha había oído. Se alarmó. Tenía suficientes problemas con sus sentimientos. Jason alteró su vida, y las emociones que él despertó en su alma la confundían. No era el momento ni estaba preparada para lidiar con Andrea.

—¿De quién?

—De Toby, por supuesto —la miró con impaciencia—. Lo conoces.

En efecto. Era el joven rubio, compañero actual de Jason en el voleibol.

Tendría alrededor de diecinueve o veinte años. Toby Henning le fue presentado como el protegido de Jason y tal vez como su futuro sucesor en ese deporte. Permanecía mucho tiempo en la casa. Habían pasado ya tres semanas desde que llegaron.

Samantha imaginó que el motivo del interés de Toby no era Jason. Era obvia su atracción por Andrea.

—¡Dios mío!

—¿Qué pasa? —preguntó la jovencita con curiosidad.

—Nada —se apresuró a contestar la joven. Su primer impulso fue prohibirle verlo. Era una niña, con tan sólo quince años de edad. Sin embargo, no tenía el cuerpo de una criatura. Estaba plenamente desarrollada y no pensaba como un bebé.

—¿Crees que yo le gusto? —preguntó con ansiedad.

—¿A quién?

—A Toby —gruñó.

—Claro que sí —Samantha habló como si no tuviera importancia.

—¿Por qué no te interesa lo que estoy diciendo?

La aludida estaba muy nerviosa. Una cosa era ser la maestra de una jovencita que vivía preocupada por tocar bien las notas de un concierto y otra ser la acompañante de una chica que no dejaba de pensar en un hombre. ¿Qué sabía Samantha de adolescentes enamoradas? Ella nunca vivió algo parecido… hasta ahora. La atracción que ejercía Jason sobre ella no la calificaba como consejera adecuada. Pero si ella no le daba un consejo, ¿quién lo haría? ¿Jason?

La conducta de él no era intachable; todo lo contrario. Lo demostraban las diarias llamadas de Dena McGarvey. Seguramente se pondría del lado del joven. ¿Qué hombre no deseaba enamorar a una mujer?

—Toby admira tu dedicación —comentó Samantha—. Le gusta escucharte cuando tocas.

—¿Crees que es lo único que le agrada? —frunció la nariz, poco emocionada.

—¿No es suficiente?

—Quizá para ti —concedió Andrea—. Con alguien como Oliver. Pero Toby no es como Oliver.

La joven se molestó pero logró mantener la calma.

—Por supuesto que no —ambas sabían que Toby era un Jason incipiente.

—¿Crees que desea darme un beso?

—¿Oliver?

—Por favor… ¿Crees que a Toby Henning le agradaría sentir mis labios en los suyos?

—¿Qué? —Samantha rompió la punta del lápiz.

—Besar —la chica miró el techo con impaciencia—. Un hombre y una mujer lo hacen por atracción.

Lo sabía muy bien. Sin embargo, Jason lo hizo por molestarla, para demostrarle que no era inmune a su atractivo.

—Supongo que sí —concedió porque no podía mentir.

Andrea sonrió con complicidad. Samantha se estremeció al imaginar lo que la chiquilla tramaba.

—No significa que debes alentarlo —fue tajante.

—Pero…

—Los hombres sólo piensan en una cosa.

—¿En el sexo? —inquirió esperanzada.

—¡Jovencita!

—¿Qué?

—No tienes que estar tan contenta con la idea.
—¿Yo? —la miró con total inocencia.
—Tenemos que trabajar. Deseo que estudies esta partitura.
—Por favor —hizo una mueca.
—Acepté ser tu maestra con la esperanza de darte clases, no de tener que convencerte de ello —fue firme—. Esperaba tener una estudiante cooperativa. Igual a la que tenía en Rudley.
—Toby no estaba en Rudley.
—Por fortuna —le dio una hoja de papel.
—Está bien. Pero sólo si vamos a nadar después.
—Tú puedes ir, yo no.
—No deseo ir sola.
—Prefiero quedarme.
Samantha miró a la chiquilla con dureza. Andrea se mostraba decidida. Igual a su hermano.
—Sólo mójate los pies, Sam —suplicó.
—No quiero hacerlo. No me digas Sam.
—Claro que sí —se escuchó una voz masculina. Jason estaba en el umbral de la puerta.
Hacía una semana y media que la joven lo evitaba… desde la noche en que la besó en la cocina. A veces comían juntos o él permanecía cerca cuando impartía su clase. Ella prolongaba la lección hasta que se cansaba y se alejaba.
En este momento no podía escapar. Su jefe sonreía, lo cual indicaba que "molestar a Samantha" era la orden del día.
—Ve a nadar —permitió a su hermana.
—Estábamos a punto de revisar esta partitura —comentó la maestra sin querer contradecirlo; pero deseaba que Andrea se quedara.
—Lo harán más tarde.
—Pero…
—Después —el tono no admitía réplica—. Tengo una reunión en la compañía en media hora. Entonces podrás jugar a la maestra.
—¡No juego!
—Perdón —se pasó los dedos por el pelo—. No quise decir eso. Vamos —se dirigió a Andrea quien, intrigada, pero alegre por el descanso, se marchó—. Te traje algo, Sam —comentó.
—¿Qué? —lo miró con preocupación.
—Vaya, eres muy suspicaz.
Los regalos de Jason eran imprevisibles.
—Disculpa —no fue sincera.
—Toma —recogió la caja que estaba sobre la mesa y se la dio. Contenía ropa. Pantalones cortos y camisetas de todos colores. Trajes de baño. Faldas cortas. Varios pares de pantalones de algodón. Dos

chaquetas ligeras. Todo nuevo.

—No acepto…

—Ya lo sé. Aunque no acepto devoluciones. Espero que la uses —parecía que le hablaba a una niña necia.

—No quiero hacer lo que tú digas…

Jason tomó la caja y la puso en la cama. Sacó un papel del bolsillo, el cual leyó: "Como compañera de la señorita Cole, la empleada cooperará con los deseos del jefe y se portará como éste lo considere necesario, tomando en cuenta los intereses de la señorita Andrea Cole". Alzó la vista y la miró a los ojos. Yo creo que es del interés de mi hermana que uses esta ropa.

—¿Estás loco? —exclamó con rabia e indignación.

—También es mejor para ti. Me imagino que eres demasiado testaruda como para reconocerlo.

—No quiero…

—Ya lo dijiste —la encaró—. Mira, Samantha, te he visto tratar de caminar con dificultad por la playa con la falda metida entre las rodillas. Usa la maldita ropa.

Se ruborizó. Él se burlaba. Lo comentó muy serio, casi preocupado.

—Gracias por pensar en mí, pero estoy bien. Me siento cómoda con…

—Eres una mentirosa, señorita Peabody —aclaró con suavidad—. Creí habértelo probado la otra noche, en la cocina.

La chica se sonrojó más aún.

—Por otro lado, no tienes alternativa. Vas a usar la ropa por orden mía. Considéralo tu uniforme.

—¿Mi qué?…

—Muchas niñeras lo portan.

—¿Niñera? —se atragantó—. Andrea se horrorizará.

—Estará encantada de que seas sensata. Además, necesito que vistas adecuadamente —añadió.

—¿Cuál es la razón?

—El viernes iremos a Florida. Cuando estamos en los torneos, Toby, Andrea y yo usamos ropa NetWork. Tú también lo harás. Es la mejor publicidad que tenemos… ser vistos.

Samantha estudió su expresión. Era intensa, hablaba con seriedad, sin burlarse de ella.

—Supongo que me despedirás si no lo hago.

Jason la miró intensamente.

—Creo que tú ya conoces la respuesta, Sam —sin decir más, abandonó la habitación.

Capítulo 6

La ropa, que finalmente le gustó y se puso, una vez que terminaron las sonrisas y bromas de Jason, era la última de las preocupaciones de Samantha.

La relación de Andrea y Toby la tenía muy inquieta. La chica no esperó demasiado para saber si él deseaba besarla o no. La respuesta fue afirmativa. Samantha los sorprendió abrazados en el vestíbulo de la casa. Él se alejó con rapidez al oír la exclamación de la joven.

—Yo sólo… este… sólo… no quise —tartamudeó él.

—Sin explicaciones —comentó Samantha con voz helada—. Creo que lo mejor será que vayas a nadar al agua fría, ¿no te parece?

—Este… sí —Toby huyó sin mirar atrás.

—¿Cómo pudiste? —habló enfadada Andrea en cuanto estuvieron solas.

—Para eso me pagan —trató de aparentar naturalidad y de reprimir el recuerdo del beso de Jason, el cual tuvo un efecto devastador en ella.

—¿Te pagan para arruinarme la vida?

—Dios, qué trágico.

—¿Qué va a pensar de mí? ¡Que soy una niña!

—Lo eres.

—Tengo quince años y estoy enamorada de él —habló con fervor —. Te lo dije. Actúas cómo si se tratara de Jack el Destripador.

—No tanto —siguió a la jovencita a su recámara—. Soy responsable de ti. Eres demasiado joven y Toby es un adulto…

—Sólo tiene cuatro años más que yo. Jason es siete años mayor que tú.

—¿Por qué involucras a tu hermano en esto?

—Me he dado cuenta de cómo te mira y la forma en que tú respondes.

—Tonterías —reprochó con enojo.

—No estábamos haciendo nada indebido.

Samantha alzó las cejas.

—Sólo era un beso —se ruborizó.

—Por algo se empieza. Lo peligroso viene después.

—¿Y qué si deseo algo más?

—¡Andrea!

—Bueno, es *mi* decisión, ¿no lo crees?

—¡Ya basta! Estás diciendo tonterías propias de tu edad. ¿Por qué no llamas a una de tus amigas? —un cambio sería conveniente.

—¿Significa que no me vas a hacer practicar tres horas más esta

noche? —se sentó en la cama.

—¿Cuándo he hecho algo semejante? —la miró, dolida.

—Bueno, no ha sido así —mencionó avergonzada—. Tu actitud es tan… estricta. No creo que sepas lo que esto significa para mí.

¿No? Samantha lo estaba viviendo en carne propia.

Debió acostarse horas atrás. ¿Qué caso tenía, se preguntaba una y otra vez, hablar acerca de Andrea con su jefe? Con seguridad éste no querrá hablar de nada después de una velada con la estimable Dena McGarvey. Se quedó a leer, le escribió una carta a su padre y otra a Oliver. Miró la televisión. Temía por Andrea, por Toby y también por Jason.

Era obvio que él no se preocupaba mucho por su hermana. Justo cuando llegó a casa, de la oficina, recibió una llamada de Dena y, en vez de ver el video del torneo de la última semana, acudió de inmediato a su encuentro. Ni siquiera se cambió el traje. Sólo hizo una pausa para acariciarle el cabello a Samantha. "No me esperes", mencionó con vanidad, para molestarla.

Necesitaba hablar con él antes de que se fueran a Florida a la mañana siguiente, pues las clases serían sustituidas en mayor medida por su trabajo de dama de compañía. Era necesario contar con el apoyo de Jason para poder vigilar bien a Andrea. Sin embargo, la tarea no era agradable para Samantha, quien, además, sentía curiosidad por ver a Jason después de estar éste con Dena.

Por fin, a las dos y media de la mañana, la puerta se abrió. Samantha estaba dormida en el sofá y despertó al oírlo entrar. Él se quedó atónito cuando la vio y aún más cuando Samantha consultó su reloj.

—¿Acaso llego después del toque de queda? —sonrió.

—Muy gracioso —lo miró con ira.

—Si no es así, ¿por qué te quedaste esperando?

—Tenemos algo de qué hablar.

—¿Qué pasó? ¿Vino Hortense? —se mostró preocupado por primera vez.

—No, no tiene nada que ver con ella, sino con… Andrea.

—¿Qué le pasa? —se quitó la corbata y empezó a desabrocharse la camisa. La joven bajó la vista de inmediato. ¿Por qué siempre se quitaba toda la ropa que podía? ¿Acaso lo hacía enfrente de Dena? Qué pregunta tan tonta.

—¿Qué le sucede a mi hermana? —repitió al quitarse los zapatos —. ¿Se lastimó?

—No, todavía.

—¿Qué quieres decir con eso? —se quitó los calcetines.

—Es necesario que vigiles a Toby.

—Creí que hablábamos de Andrea.

—Así es —alzó la vista al techo—. En estos días, cuando uno habla de Andrea, forzosamente hay que hacerlo también de él.

—¿Por qué no hablas claro de una vez? —se sentó a su lado en el sofá y le sonrió. Samantha se alejó un poco. Jason la miró, esperando. Tomó una de sus manos—. ¿Cuál es el problema?

Samantha intentó apartarla, pero él no se lo permitió.

—El problema es Toby —dijo por fin—, Andrea está enamorada de él. Y… —trató de encontrar las palabras adecuadas— el sentimiento parece ser mutuo.

—¿Y? —alzó una ceja.

—El casi tiene veinte años. Andi es sólo una niña.

—Es una mujer joven.

—Entonces, ¿no te importa?

—Dime, ¿qué hizo Toby? —se alzó de hombros.

—La… la besó.

—¿Cómo? —abrió la boca y los ojos también. Soltó una carcajada —. ¿Por eso estás haciendo un drama? ¿Por un beso?

—Me pagas por cuidar a tu hermana. Supongo que eso significa cumplir con mis obligaciones.

—Lo que intenté explicar fue que buscaba a alguien que fuera su compañera, su amiga y que le diera algunos consejos femeninos del *siglo veinte* —movió la cabeza—. También que necesitaba a una persona que le advirtiera acerca de las malas intenciones de los muchachos. Pero… ¿Toby? —rió nuevamente.

—¿No percibes a Toby como una amenaza? —se puso muy rígida.

—Exacto —aclaró su jefe con tanta solemnidad como pudo.

—Muy bien —Samantha se puso de pie. Jason se acercó, alto y masculino. Estaba a unos centímetros de ella.

—¿Consideras los besos cómo amenazas? —susurró. No la tocaba, aunque la chica percibió la calidez de su respiración. Tragó saliva y se alejó hacia su habitación. Jason la detuvo al tomarla de un hombro—. ¿Sam? —intentó huir, aunque no fue posible—. Te hice una pregunta. ¿Eso crees?

—No… necesariamente.

—Cuando te besé, ¿te amenacé? —la tomó de la barbilla para que ella lo mirara a los ojos.

—Por favor…

—No quise amedrentarte, querida —susurró y le acarició la mejilla. Sus ojos azules la miraron con intensidad.

—La joven estaba paralizada. Él inclinó la cabeza; su nariz rozó la suya y luego sus labios acariciaron los suyos. Fue suave, dulce, explorador. En el momento en que el corazón de Samantha se aceleró y su respuesta aumentó, Jason se apartó.

—Los besos nunca deberían ser amenazas —murmuró con

suavidad—, sino una promesa.

Samantha no durmió en toda la noche. Pensaba en Jason, en su rostro bronceado, insondable y tierno. Recordó el sabor de sus labios, y el de los de otros hombres. Primero Fritz, hambriento y exigente. Después, Oliver le brindaba besos dulces, sin exigir nada; tan poco sensibles como los de ella ante sus caricias mutuas. Ninguno era como su jefe.

Su padre siempre decía que la compostura es vital. Era imposible lograrlo con este hombre. No podía hacer frente a la situación. Jason Cole la ponía nerviosa, flaqueaba con su presencia. Él la consideraba tonta. ¡Cómo se rió cuando ella le contó que Toby besó a Andrea! ¡Qué anticuada debió parecerle!

Estaba interesado en una mujer, Dena McGarvey, y estuvo con ella hasta la dos y media. Samantha no era más que un juguete; tal vez alguien con quien podría pasar una noche. Nada más.

Samantha tocó sus labios. Estaban sensibles y anhelantes. No debía. Era cuestión de supervivencia.

La joven decidió que mañana iría a Florida, pues era demasiado tarde como para contratar a alguien más. A su regreso rompería su contrato y que Jason la demandara. Su padre conseguiría un buen abogado una vez que se enterara de qué clase de hombre era el señor Cole. Por otra parte, el que su hija dejara de dar clases lo haría feliz.

Resuelta, Samantha se levantó, se bañó y se puso de nuevo la falda y la blusa que Jason odiaba. Era una armadura; necesitaba defenderse lo más que pudiera. Después lo fue a buscar, para informarle su decisión cuanto antes. Lo encontró hablando por teléfono en la sala. Escribía en un pedazo de papel.

—¿Quién? Deletréamelo. Nunca he oído hablar de él —miró a la joven y le hizo un ademán para que se acercara—. Díselo a la señorita Peabody. Ella lo sabrá —le dio el auricular a Samantha.

—Buenos días, señorita —tronó una voz conocida—. Habla Hortense Strong.

—Dígame, señora —contuvo un gemido—. ¿En qué puedo servirla?

—Supongo que usted conoce a Raúl Ibáñez, ¿verdad?

—Claro —era uno de los mejores violoncellistas del mundo y gran amigo de su padre.

—Bueno, pues quiere escuchar tocar a Andrea.

—*¿Qué?*

—Creí que le daría gusto —Hortense se notaba muy complacida—. Lo conozco bien. Estudié con su esposa, Letty. Claro, hace muchos años. Pensé que Raúl debe oírla si ella es tan buena como usted afirma.

—No creo…

—¿No piensa que lo sea? —gritó Hortense.

—Este… no, no quise decir eso —ella sabía que su sobrina poseía talento—. Estoy sorprendida —tartamudeó al fin—. Por supuesto, ella es excelente. Lo que pasa es que nunca consideré la…

—Pues yo sí. Lo llamé anoche. Hablé mucho de Andrea. Que estudiaba mucho, que su maestra era capaz.

—Entonces, aceptó.

—¡Claro! —Hortense nunca lo puso en duda.

Raúl Ibáñez no valoraba a violoncellistas adolescentes. Era un anciano impaciente. Junto a él, su padre parecía ser la personificación de la dulzura y la paciencia. Representaba un milagro y un gran honor que hubiera consentido.

—Le informé de cuánto ha cambiado usted a mi sobrina —prosiguió Hortense—. Jason me lo hizo saber.

¡Qué impertinencia! La joven lo miró con furia y tragó saliva. ¿Qué conocía este hombre de violoncellos? No se trataba de un juego de voleibol.

—¿El maestro Ibáñez supo mi nombre? —si Raúl se enteraba de que se trataba de Samantha, no podrían engañar a la anciana con respecto a su edad.

—Sólo recordé que su apellido es Peabody. Me preguntó si usted es pariente de Ambrose Peabody. ¿Lo es?

—Sí, pero lejana —aceptó Samantha, quien todavía no entendía por qué defendía los intereses de Jason.

—Lo imaginé. El talento se hereda. La escuchará en Hamptons, en agosto.

—¿Hamptons? —repitió.

—Es una feliz coincidencia. Usted estará allí con Jason al mismo tiempo que se inicie el festival de música.

—Señora…

—Debo irme —cortó Hortense—. Asegúrese de que mi sobrina cause buena impresión. No quiero que mi amigo piense que perdió el tiempo. Mencionó que tal vez podría ser su alumna. Adiós.

Samantha se quedó quieta con el auricular en la mano. Jason lo colgó.

—Tu tía logró que Raúl Ibáñez aceptara escuchar a Andrea.

—¿Qué opinas?

—Es sorprendente —no podía creerlo todavía.

—Bueno, deseabas que Andi tuviera un reto.

—Sí, pero… ¿con el maestro Ibáñez? —movió la cabeza.

—Es un experto, ¿verdad?

—Sí —murmuró. Sería maravilloso si Andrea lograba impresionarlo; a pesar de todo, Samantha no se quedaría.

—Debemos asegurarnos de que haga un buen papel —añadió él.

—Yo… no…

—¿Qué pasa? —le sirvió café y pan con mantequilla.

—No puedo… —se debilitaba. Ella nunca quiso tocar frente a Raúl Ibáñez por carecer de talento. Sin embargo, el que una estudiante como Andrea lo hiciera, era una gran tentación. Justificaría su carrera como maestra de música.

La obsesionaba la idea de que Raúl Ibáñez aceptara oír a su pupila. ¡Y si la aceptaba como alumna! Su padre se enorgullecería. Al quedarse, debía pagar un precio. Recordó el beso de la noche anterior. No dudó de la seriedad con la que él habló al referirse a su "promesa". ¿Correría el riesgo?

—No te preocupes tanto. Los Cole siempre podemos hacer frente a un reto —todavía mostraba ser el mismo hombre que la besó con tanta ternura anoche, aunque ahora revelaba otra faceta de su personalidad—. Me aseguraré de que Toby no la moleste. Lo digo en serio.

Si ella no se iba, Jason debía prometerle no molestarla más.

—Vamos, Sam, tienes mucho tiempo para prepararla —prosiguió, pensando que su indecisión se basaba en la capacidad de Andrea—. No iremos a Hamptons sino hasta mediados de agosto.

Ella no contestó. Todavía estaba asombrada.

—¿Sam? —la miró con enojo—. Perdón. Quise decir, Samantha —la miró con sinceridad y preocupación—. Puedes hacerlo, ¿verdad? —pareció vacilar por primera vez.

Claro que *podía*. También Andrea lo lograría, si deseaba cooperar. El problema era no ver a Toby Henning. Y para ella, alejarse de Jason. El teléfono sonó. Él contestó.

—¡Dena! ¿Cómo estás esta mañana, linda?

Samantha se alteró. Podría preparar a su alumna, impresionar a Raúl Ibáñez y lograr una buena reputación como maestra. Lo *haría*. Era de suma importancia lograr que su padre se enorgulleciera de ella y aumentar su estima al resistir a Jason Cole.

No será difícil, pensó cuando se pusieron en marcha. Con el torneo en mente, Jason no tendría tiempo para molestarla. Por lo menos, eso sucedió hasta que aterrizaron esa tarde en Tampa y después acudieron en automóvil al sitio del torneo, en la costa de Florida. Él le llevó la maleta a la *suite* del hotel. La dejó en el suelo y se sentó en el sofá.

—Gracias a Dios que existe el aire acondicionado —empezó a desabrocharse la camisa.

—¿Te importaría? —se irritó Samantha.

—¿Qué —la miró sin comprender.

—¿Crees que podrías desvestirte en tu habitación y no aquí?

—No entiendo.

—Jason… —advirtió. De seguro él no tenía intenciones de… de…

—Samantha… —la imitó.

—No estás…

—Es una *suite*, por amor al cielo —se quitó la camisa y estiró los brazos—. Cuenta con dos habitaciones: es decir, una para ti y Andrea y una sala con un sofá-cama en donde Toby y yo dormiremos.

—*¿Toby?*

—¿Me llamaste? —el joven apareció tomando de la mano a su alumna.

—No —susurró la chica. Miró a Jason y le hizo señas para que fueran al dormitorio—. Necesito hablar contigo.

Entró con ella y se acostó en la cama. Samantha cerró la puerta y cruzó los brazos.

—No va a funcionar.

—¿Qué cosa? —Jason la miró con inocencia.

—Estar todos en la *suite*. Creo que puedes pagar dos dormitorios.

—Por supuesto. Sin embargo, Hortense no lo permitirá.

—Explícate —se quedó con la boca abierta.

—Si no estás cómoda, la culpa es de ella.

—¿Por qué?

—Amenazó con aparecerse en cualquier momento, para ver si Andrea está siendo "supervisada" —hizo una mueca de burla.

—Yo lo haré.

—¿Recuerdas que no estamos desesperados por que te conozca? Si descubre que yo tengo mi propia habitación, pensará que paso la noche con mujeres. Por el contrario, si estoy en una *suite* con la vieja solterona Peabody —sonrió—, sabe que no lo haré.

—Muy gracioso.

—Aprecia la ironía del asunto —se puso las manos detrás de la cabeza y la joven fijó la vista en los músculos de su abdomen. Apartó la mirada—. No te morderé, linda. Por lo menos, no aquí —añadió burlón. Samantha retrocedió. Él se puso de pie y la tomó de la barbilla dándole un suave beso en los labios—. Relájate, Sam —aconsejó—. Disfrútalo.

No se atrevía. ¿Qué pasaría si bajaba la guardia un instante? Sin embargo, fue difícil mantenerse reservada cuando todos se divertían. La mayoría de los jugadores se hospedaban en el mismo hotel y eran muy alegres. Samantha no pudo evitar conocerlos un poco más y se dio cuenta de la razón por la cual Jason no consideraba a Toby como una amenaza para Andrea. Todo era cuestión de grado. El joven Henning era un verdadero dulce en comparación con los otros hombres que Jason le presentó cuando fueron a comer a un restaurante.

—Empiezo a ver por qué necesitas una persona que te cuide —comentó la joven.

—Aléjate de ellos —ordenó Jason.

—Con gusto —por una vez no resintió su tono imperioso. Después de la comida, él se disculpó. No sólo jugaba sino que tenía que atender la organización del torneo y del local en donde vendería ropa NetWork. Había mucho que hacer y Toby fue a ayudarlo.

—¿Estarás bien? —le preguntó a Samantha.

—Por supuesto. No se preocupen —comentó la joven al verlos alejarse—. Estaremos viendo televisión en el cuarto.

—¿Cómo? —dijo Andrea, horrorizada—. Estamos en Florida. Nunca había venido. Vamos a pasear —suplicó—. Después, Toby dijo que podíamos ir a una fiesta…

—Nada de eso —Samantha fue tajante.

—Entonces, ¿el paseo? —suspiró la jovencita.

—De acuerdo —asintió Samantha, quien tampoco conocía el lugar.

Después de mucho caminar, se compraron un helado. Jugaron un partido de golf miniatura antes de dirigirse al hotel. En ese momento, dos hombres rubios muy altos y bronceados les sonrieron. La joven los ignoró.

—Hola de nuevo. Qué sorpresa encontrarlas por aquí —el más guapo de los dos la miró con lascivia—. Sammie, ¿verdad?

—Samantha —no recordaba su nombre, sólo su rostro. Él y su compañero eran los dos hombres de quienes Jason le recomendó mantenerse alejada. Uno de ellos caminó a su lado, y el otro, junto a Andrea.

—Jason dice que eres violoncellista.

—Sí —siguió caminando. Se detuvo cuando él entrelazó sus dedos con los suyos.

—Apuesto a que podríamos hacer música maravillosa, cariño —susurró.

—Yo creo que resultaría muy aburrido. Vamos, Andrea —se alejó.

—Andi quiere ir a la fiesta, ¿no es así, nena? —dijo el otro.

—Claro, yo…

—Nada de fiestas.

—Entonces, ¿qué les parece ir a nadar?

—No, gracias.

—¿Tomar una cerveza?

—Por favor, señor… —Samantha estaba muy molesta.

—Entonces, ¿qué te parece si hacemos el amor? —sugirió al oído de la joven. Se ruborizó. Miró a la jovencita, quien no estaba tan irritada como ella.

—No, gracias —precisó con voz helada—. Buenas tardes —tomó a su alumna de la mano, casi llevándola a rastras.

—No olviden la fiesta. En el cuarto de Hutch. Allá nos veremos.

Por supuesto que no, pensó Samantha.

Andrea de todos modos quería ir.

—¿Por qué no? —inquirió al llegar al cuarto—. Toby estará allí.

—Él no tiene quince años.

—Tú tampoco.

—No iré —a Samantha no le gustaban las fiestas.

—¿Qué pasará si Toby conoce a otra chica? —la miró con enojo.

—Tú vales la pena más que cualquier otra que él conozca —intentó calmarla. Siguió rezongando, pero, como no pudo convencer a Samantha, fue a darse un baño y se metió en la cama para leer. Ella también leía en la sala. Antes de que pasara mucho tiempo, escucharon el ruido de la fiesta. El cuarto de Hutch no debía estar lejos. La música y las risas la agitaron. ¿Acaso Jason también estaba allí? Pensó que no le importaba.

Encendió la televisión y empezó a ver una película. A las once, apagó el aparato y fue al cuarto. Andrea estaba dormida, con el libro en el regazo. Samantha sonrió al ver que se trataba de un libro de misterio para chiquillas. La jovencita Cole era una mezcla de emociones e impulsos contradictorios. Era una mujer de mundo ansiosa, pero también una niña. Y una intérprete muy talentosa por encima de todo. La chica era un paquete mucho más complicado de lo que se imaginó al aceptar el empleo ofrecido por Jason. ¿Por qué nunca pensó que no sería sencillo?

Sólo la conoció como su alumna en Rudley. Ahora se daba cuenta de que era muy parecida a su hermano. Eran necios, decididos, muy tenaces. Suspiró. Se puso su camisón y apagó la luz. Intentó dormir, pero no pudo; aunque había menos ruido, todavía se oían gritos y risas.

Andrea estaba segura de que Toby estaría allí, ¿Y Jason? Sin duda.

La joven se levantó para ponerse la bata e ir a ver televisión; no había nada interesante. Miró por la ventana y después tomó el libro que Jason estaba leyendo. Era una novela de misterio que tenía lugar en una reservación de indios Navajo. Como no conocía el lugar, Samantha se olvidó de la fiesta y no pudo dejar de leer.

La sorprendió, tiempo después, ver entrar a Jason. Él también quedó desconcertado al observarla.

—¿Sigues despierta?

—No podía dormir —replicó con cautela y señaló con la cabeza la fuente de ruido de la fiesta. No parecía venir de allí, pues estaba agotado. Él se sentó a su lado.

—Dios, qué noche —suspiró con cansancio.

—¿Qué pasó?

—¡Todo! —volvió a suspirar. Samantha apretó el libro para evitar que sus manos lo acariciaran—. Todo empezó con un problema de permiso —explicó—. Fui a ver cómo iba la instalación del local y un burócrata me informó que yo no tenía permiso para usar la playa para

propósitos comerciales. Él no encontraba la copia. Después de tres horas de pesquisas, apareció. Más tarde me di cuenta de que parte de la ropa no llegó. Hablé a Los Ángeles cien veces y al fin me enteré de que el camión para transporte se averió en el camino. Así que tuve que arreglármelas para conseguir más ropa y alquilar transporte para traerla yo mismo —sonrió, rendido—. Esta noche iba a correr para ejercitarme… pero no llegué a ninguna parte.

—¿Ni a… la fiesta?

—¿De qué hablas?

—Alguien dijo que se reunirían en el cuarto de Hutch —de nuevo se escuchó la música.

—No me gustan las fiestas —él hizo una mueca.

—¿No?

—¿Cómo puedes ganar un torneo de voleibol si te emborrachaste?

—Supongo que… es imposible.

—Así es. La mayoría de nosotros trata de acostarse temprano. Los que lo toman en serio. ¿Cómo crees que atravesaría todo el país en avión y después agotarme en una fiesta toda la noche? No podría ni moverme al día siguiente.

—Andrea dijo que Toby sí iría a la fiesta.

—Tonto. Espero que regrese antes de quedar borracho. Si no, tendré que ir a buscarlo.

—Sí —sintió que un peso se le quitaba de encima. Le sonrió a Jason, quien le devolvió la sonrisa.

Los segundos pasaron. Ellos se miraron intensamente. Se necesitaban. Con lentitud y deliberación, Jason abrazó a Samantha y amoldó su cuerpo al suyo.

"Debo resistir", pensó la joven, "protegerme, rechazarlo". Fue imposible.

—No tengas miedo —susurró él como si le leyera la mente.

—No lo siento —susurró. Era cierto; por una vez, Jason no intentaba intimidarla ni burlarse de ella. Sólo la necesitaba, igual que Samantha a él.

La besó con cuidado, sin exigencias, y la joven recordó que dijo que debería ser una promesa. Lo era. Entreabrió los labios un poco, suavizándolos para él.

—Sam —murmuró—. Mi Sam.

No se molestó por el apodo sino que respondió a la caricia. Sus manos temblorosas subieron por los antebrazos y lo abrazó, acercándolo más.

Fue una sensación sorprendente tener su cuerpo cálido y fuerte respondiendo al suyo. Tan diferente. Nueva. Un sentimiento nunca antes experimentado ni con Fritz, ni con Oliver. Jason le acarició el cabello y luego la mejilla, la oreja y el cuello. Sus manos eran ásperas,

de jugador de voleibol. Su cuerpo vibraba con la misma intensidad con la que su violoncello lo hacía bajo sus dedos al tocar.

La sentó en su regazo, haciéndola sentir su deseo. Tampoco lo percibió amenazador. No la tocaba de manera agresiva. Jason estaba pidiendo, no insistiendo. No exigía, ni la presionaba. Por lo tanto, ella fue quien quiso llegar más lejos. Le acarició el pecho y metió las manos debajo de la camiseta. Él contuvo la respiración y le besó el cuello.

Alentada por su respuesta, Samantha no se detuvo. Sintió que el corazón de Jason se aceleraba, que respiraba con dificultad. Sus reacciones eran idénticas.

Él necesitaba… Ella necesitaba…

En ese momento se escuchó un golpe, una llave se metió en la cerradura y Toby entró en el cuarto, caminando torpemente. Ella casi voló al otro extremo del sofá, se acomodó el cabello y la bata.

—¡Maldición! —dijo Jason.

Toby los miró y sonrió.

—¿Cómo están? —parpadeó y se quitó el cabello de la frente—. No se preocupen por mí. Ya sé lo que hacen. Adelante —movió la cabeza —. Ay, mi cabeza. Parece que un elefante se sentó encima.

—Eso creo —murmuró Jason, quien se levantó, tomó a Toby del brazo y lo arrastró hacia el baño. Miró a la joven con tristeza—. Siento que esto haya sucedido.

La puerta se cerró y ella oyó que alguien abría la llave de la regadera. Después de unos cuantos golpes y gruñidos, Toby exclamó:

—¡Está helada!

—Qué lástima. Despierta y encara la realidad, amigo.

Samantha, todavía temblando, siguió el consejo al pie de la letra. ¿Qué se posesionó de ella? Se ruborizó sólo de recordarlo. A podía sentir el cuerpo de Jason pegado al suyo, el sabor de su piel, su respiración acelerada. Intentó olvidarlo, aunque no lo logró. Todavía deseaba ser acariciada.

Tonta, se acusó la chica y se puso de pie. Ordenó a sus piernas que la sostuvieran mientras cruzaba el cuarto y entraba en el dormitorio. Se apoyó contra la puerta. ¿Cómo pudo permitirle que la tocara así? *¿Permitirle?* ¡Ella lo alentó!

Ahora estaba enojada. Consigo misma y con Jason. Siempre se burlaba de ella. Hoy le pidió que se relajara y que lo disfrutara. Imaginó que quiso tener la oportunidad de probarle exactamente a qué se refería.

Samantha dejó de oír el ruido del agua y a Jason, quien regañaba a Toby. No era necesario tener mucha imaginación para saber por qué. Probablemente, el joven estaría recibiendo estrictas instrucciones acerca de no irrumpir en los cuartos de hotel en donde su tutor estaba

con mujeres. Toby decía “ajá, ajá”, muchas veces. Ella se mordió el labio. Se sentía humillada. ¿Cómo pudo ser tan tonta? Ya no lo sería jamás. Oyó que la puerta del baño se abría, que alguien iba a la sala y se acercaba al dormitorio.

—¿Samantha?

No contestó. La puerta se negó a abrirse bajo la presión del hombre. Por favor, no, suplicó ella en silencio, aliviada por haber cerrado con llave.

—¿Sam? ¡Sam! —susurró con insistencia—. Abre.

—Vete.

—Siento que haya sucedido de esta manera.

—Pues yo me alegro —replicó con fiereza.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Por qué? —estaba escandalizado.

—Debí estar loca —habló con amargura.

—Tonterías. Tú querías…

—No importa lo que quise o no. No lo deseo *ahora*, así que déjame en paz —murmuró a través de la puerta cerrada.

—Por favor, Sam.

—¡Deja de llamarme así!

Antes de que él pudiera decir más, se metió en la cama. Andrea suspiró, cambió de lado y siguió durmiendo. La envidió. Yació sobre la espalda y escuchó los susurros urgentes de él, los gemidos de Toby y supo que sería una noche muy larga.

Capítulo 7

Por desgracia, la noche no fue lo suficientemente larga. Después de las cuatro de la mañana, Samantha escuchó un ruido y la puerta del dormitorio se abrió. Se quedó helada. Debido a las cortinas que oscurecían mucho el cuarto, no podía ver al intruso, pero no había duda acerca de quién era. Cerró los ojos y se concentró en respirar naturalmente, en suspirar con facilidad, como si estuviera durmiendo de manera profunda.

—No finjas, Sam. Sé que estás despierta.

La chica no se movió.

—Pensé que serías sensata y que irías a hablar conmigo, pero como no lo hiciste… —le hizo cosquillas en el pie.

Ella lo miró con enfado.

—¿Cómo te metiste? Cerré con llave.

—Soy un hombre de muchos recursos —sonrió—. Tengo una tarjeta de crédito.

—Pensé que sólo hacían eso en las películas. ¿Qué es lo que quieres?

—Hablar.

—No deseo hacerlo.

—Bueno, se me ocurren otras cosas que preferiría hacer… —sonrió.

—Basta —susurró la joven, tensa. Él se sentó en la cama, a su lado. Samantha se alejó para que no se tocaran siquiera.

—Hace unas horas, no sentiste aversión por "otras cosas" —le recordó Jason.

—Fui una tonta —comentó con amargura.

—No es cierto. Ahora, sí lo eres.

En la otra cama, Andrea murmuró algo y se volteó del otro lado.

—Sal de aquí —Samantha se molestó—. ¿Qué va a pensar tu hermana si despierta?

—Si eso te preocupa, ven conmigo.

—¿Ir contigo? —lo miró como si estuviera loco.

—Para dar un paseo. Sólo eso. Necesitamos hablar.

"¿Para qué? No va a cambiar nada", pensó Samantha. No tenía alternativa pues no deseaba que Andrea los sorprendiera juntos.

—Está bien —murmuró—. Sal de aquí y déjame vestir.

—Diez minutos. Si no sales entraré por ti.

—Vete ya.

Supuso que todavía le quedaba medio minuto cuando salió de la habitación. Jason estaba parado del otro lado de la puerta, viendo el

reloj. Cuando la miró sonrió y salió de la *suite*. Ella lo siguió. Jason no dijo nada sino hasta que llegaron al estacionamiento y salieron a caminar por la calle. Disminuyó el paso.

—Siento que Toby nos haya interrumpido anoche.

—Yo no —replicó, cortante.

—Pareces creer que él te salvó de un destino peor que la muerte.

—Se podría decir que sí.

—¿Por qué? —Jason la tomó de la mano.

—Piénsalo —era un magnífico actor o era un cretino, pues no entendía.

—Mira, tal vez debí haber esperado más tiempo —comentó al fin.

—No es eso. No deberías estar junto a mí. Soy tu empleada.

—¿Hostigamiento sexual? —la miró con burla—. ¿Es eso a lo que te refieres, Sam? —la vio apretar los dientes—. No lo creo, no por la respuesta que me diste. Puede ser que te haya besado, Samantha Peabody, pero tú devolviste el beso.

—Suéltame —trató de soltarse, sin resultado.

—No —Jason la hizo bajar por los escalones y la llevó a la playa, en donde, bajo la luz del alba, la besó nuevamente. Su boca era firme y convincente. Ya no pedía, ahora exigía. Samantha cerró los labios y trató de empujarlo, aunque sin éxito. Él siguió y siguió. Y cuanto más duraba, más difícil era resistirse, más deseaba compartirlo y se debilitó.

Al principio, reacia, luego, desesperada. Lo abrazó y su boca encontró la suya con una furia idéntica. Sus cuerpos se acercaron y sus corazones latieron al unísono. Cuando al fin tuvieron que respirar, lo hacían con el mismo aliento.

Jason apoyó su frente sobre la de ella y trató de recobrar el control.

—Te… lo dije —susurró con una sonrisa, después de respirar profundamente. Fue la forma en que lo dijo lo que terminó con la resistencia de Samantha. No brusca ni superior. Casi tímida, gentil. Sólo reconociendo lo inevitable. Ella no podía negarlo.

—¿Y… Dena? —tartamudeó al fin.

—¿Qué pasa con ella? —frunció el ceño.

—Tú y ella son… son…

—Amigos —afirmó.

—¿Amigos? —no ocultó su escepticismo. Había un lazo entre Jason y esa mujer que era mucho más fuerte que la mera amistad.

—Olvídala. Ella no tiene nada que ver contigo ni conmigo —la tomó de la mano—. No es importante, créeme. Ven.

Confundida, Samantha dejó que la llevara de la mano. El sol empezó a salir por el horizonte y le daba un brillo de bronce al cabello y a la piel de él. Tocaba a la joven con suavidad y calidez. Ella no

sabía qué esperar. Lo que sucedió fue simplemente un largo paseo por la playa, en silencio amistoso.

Su padre le dijo que no confiara en los hombres como Fritz. Que sólo la usarían y luego la abandonarían. Jason no la usaba, ni la abandonaba. Su delicadeza era nueva para la chica. ¿Acaso era posible que su padre se hubiera equivocado respecto a él?, se preguntó la joven. Su mente estaba llena de preguntas acerca de la relación que existía entre él y Dena. Aunque no le contaría nada al respecto. Por ahora, trató de confiar en que él le decía la verdad. Caminó a su lado, sorprendida y muy contenta de que la tomara de la mano.

Eran las seis y media cuando regresaron.

—Estoy muerto de hambre —comentó—. Tú también debes estar hambrienta.

Samantha asintió, así que se dirigieron hacia un restaurante en la playa. Ordenaron *hot cakes* hechos con coco y pan francés. La camarera les trajo café. La joven, al verse rodeada por otras parejas de enamorados, que también desayunaban, se sintió incómoda.

—No fijes la vista en tu regazo ni empieces a romper tu servilleta en pedacitos. No va a suceder nada que no quieras que suceda —aclaró Jason.

—No estoy segura de qué es lo que quiero que pase —confesó la chica con una sinceridad que la dejó sorprendida.

—Bueno, por lo menos eso muestra un progreso —sonrió.

No estaba tan segura. Empezó a comer con gran apetito. Él la imitó. Cuando terminaron, empezaron a charlar.

—Hoy vendrás a mirar, ¿verdad?

—¿El partido de voleibol?

—A mí, quiero decir —aclaró.

Samantha tragó saliva y apretó la taza con fuerza.

—Creo que tus fanáticas estarán allí, en el frente, vitoreándote.

—Deseo que tú estés presente.

Ella se estremeció. Jason la miraba intensamente.

—¿Vendrás? —su voz era suave.

—¿Es acaso otro de mis "deberes"? —trató de sentirse más relajada y bromista de lo que se sentía.

—¿Es así como lo consideras? —frunció el ceño.

—Yo… —no, en realidad no. No sabía lo que deseaba. Tragó saliva —. Iré.

—Bien —le apretó la mano con gentileza.

Andrea ya estaba despierta cuando ellos volvieron a la *suite*. Estaba preocupada por Toby, quien se quedó dormido en el sofá-cama.

—Despiértalo —Jason fue brusco.

—Necesita dormir —protestó la jovencita.

—Si hubiera necesitado hacerlo, habría regresado al cuarto más

temprano —la miró con severidad.

—¿Quieres decir que estaba?… —habló atónita.

—Ya durmió demasiado. Tengo que atender un millón de detalles de última hora. Quiero asegurarme de que esté en la cancha a tiempo, ¿entiendes? Cuento contigo. Es tu responsabilidad.

—Allí estará —sonrió, feliz por la sugerencia de su hermano.

—Cuento contigo para que los cuides a ambos —miró a Samantha.

—¿Quién va a cuidarme a mí? —sonrió ella.

—Yo, linda. Será un enorme placer.

—Vaya —Andrea los contempló, y la joven se puso roja como la grana mientras él desaparecía por la puerta.

Lograron que Toby fuera a jugar a tiempo. Apenas. No fue fácil despertarlo y, cuando lo hizo, se tocó la cabeza palpitante entre las manos. Andrea quería consentirlo.

—Yo me acosté tan tarde como tú —declaró Samantha mientras todos salían de la *suite*.

—Es cierto —sonrió Toby y le guiñó un ojo que la hizo ruborizarse.

Cuando llegaron a la playa, él señaló la tienda de campaña de los jugadores. Jason estaba hablando con un hombre vestido con chaqueta y corbata.

—Tenemos que ubicarlos en el frente —comentó el joven.

—Pero… —protestó Samantha. En ese momento, Jason dejó de mirar al hombre con el que charlaba, la vio y sonrió.

—Lo lograste.

—Claro que lo hicimos —se irritó Toby.

—Después hablaremos —Jason apenas si contestó—. Ahora vuelvo —avisó al hombre del traje. Se acercó a la joven y la tomó de la mano. La besó en los labios con rapidez.

—Creí que lo había soñado —sonrió el muchacho.

—Vaya —murmuró Andrea.

Samantha lo miró enfadada y trató de zafar su mano, pero él la condujo a la cancha, en donde ya se jugaba un partido. Le dijo que un amigo les había reservado unos lugares en la primera fila. Ahí los espectadores observaban el juego sentados sobre sillas o toallas. Tan pronto como el partido terminó, Jason instaló a las dos chicas y se metió en la cancha.

Samantha conocía poco de voleibol. Imaginó que era un juego de niños. Estaba equivocada.

Era exigente y agotador jugarlo en la playa. Un niño no lo habría hecho. Un adulto con mediana condición física se cansaría en un dos por tres. Era necesario tener resistencia, fuerza, reflejos muy rápidos y trabajar en equipo. Como el ballet, que ejercitaba los músculos y la mente y era un reto para crear con un compañero un todo armonioso, así era jugar el voleibol.

Observó cómo Jason sacaba y clavaba anotaciones. Lo vio correr, responder de inmediato al menor movimiento de Toby y no pudo hacer otra cosa más que reconocer la belleza del deporte.

Su apreciación por el juego de Jason aumentó conforme crecía su admiración por él.

Desde que lo vio en la recepción de Rudley School, Samantha evitó hacer un examen físico de él. Siempre fingía que no estaba presente o desviaba la mirada… aunque no funcionó. Ahora, a menos de que cerrara los ojos toda la tarde, no podía hacer otra cosa más que verlo. Lo contempló con ansiedad. Sus ojos siguieron la curva de su espalda mientras él saltaba y anotaba, la línea de su brazo cuando trataba de salvar la jugada del oponente. Samantha miró cómo la arena se adhería a su pecho y a sus piernas velludas, lo vio quitarse el sudor del cabello y de la frente.

Tragó saliva. Estaba muy acalorada y eso no tenía nada que ver con el sol de Florida.

—¿No es maravilloso Toby? —preguntó Andrea.

—¿Quién? —Samantha ni siquiera notó la presencia del chico. El físico de Jason Cole atrajo toda su atención. Él también la miraba a veces. La vio después de ganar un punto con esfuerzo, después de salvar una bola considerada perdida y por fin cuando la victoria fue suya.

Momentos después, sudado, lleno de arena, se dirigió hacia ella, la levantó, la abrazó y la besó, para envidia de todas las fanáticas.

—¿Qué te pareció? —le preguntó después de secarse la cara con una toalla y pasarle un brazo por los hombros.

—Muy… interesante —estaba nerviosa.

—¿Sólo eso? —alzó una ceja, irónico. La hizo ruborizarse al sonreírle.

—Bueno, sabes que no conozco…

—Sí, lo sé —le acaricio la cabeza y la abrazó mientras terminaba de beber el agua de la botella que Toby le dio. Tomó a Samantha de la mano y se dirigió al mar—. Estoy muy contento de que hayas venido.

—Yo también.

—Estoy rendido —le sonrió—. También sucio. Tal vez no debería tocarte. Ven, vamos a nadar. Eso me ayudará a refrescarme.

—Yo no —Samantha se detuvo—. Tú hazlo.

Jason la miró, intrigado.

—No tengo calor —mintió la joven y se apartó de él—. Te esperaré aquí.

—Pero…

Toby y Andrea pasaron corriendo y se metieron en el mar. Ella envidió la energía de su juventud.

—Sam —suplicó Jason, volviendo a entrelazar sus dedos con los de

ella.

—Tú ve a nadar —se quedó en su sitio.

—¿No quiere ir contigo, Cole? —comentó el rubio que invitó a la joven a la fiesta—. Creo que no quiere hacerte caso.

—Cierra la boca —habló irritado, pero soltó a la joven—. Ahora vuelvo. Espérame —se alejó en dirección de las olas.

—Puedes nadar conmigo, linda —le guiñó un ojo.

—No, gracias —se volvió y caminó hacia un montículo, donde se sentó. No miró al hombre que seguía en el mismo lugar.

—Como quieras —y se metió al agua.

Jason no permaneció mucho tiempo en el mar. Se dirigió hacia Samantha. Había unos fanáticos que se acercaron a saludarlo y estrecharle la mano. Él les habló, pero siempre siguió caminando hacia la joven.

Las chicas lo seguían con la mirada y a veces con los pies. Jason firmó autógrafos y les habló con cortesía, aunque tomó a Samantha con firmeza de la mano. Algunas jóvenes la miraron con ganas de matarla. Ella estaba atónita. ¿Quién hubiera imaginado que estaría caminando por la playa con un hombre como él?

Fue obvio que Dena McGarvey, no. Ella le dejó a Jason una docena de mensajes en la recepción del hotel.

—Demonios —él palideció y el corazón de Samantha se le hundió hasta el suelo. ¿Por qué decía Jason que Dena no le importaba y luego se alteraba al oír su nombre?

—Será mejor que la llames —se soltó y habló sin tono alguno mientras el dolor la invadía.

—Sí —él ya se dirigía al primer teléfono público—. Espérame.

Samantha no pudo. Aunque insistió en que no había nada entre él y Dena, sus acciones probaban lo contrario. En cuanto Jason le dio la espalda, huyó a la *suite*. Se acostó en su cama y hundió el rostro en la almohada.

Estúpida, se repitió una y otra vez. ¿Cómo pudiste dejar que esto sucediera? ¡Lo sabías!

Escuchó un sonido en la cerradura. Era él.

—¿Qué te pasó? —sonrió, pero al verla a los ojos su sonrisa desapareció.

—Na… nada —se alisó el cabello y trató de arreglarse, agradecida al menos por no haber llorado. Jason no le creyó. Se sentó en la cama y Samantha se alejó de inmediato.

—Oye —susurró, intrigado—. ¿Qué te pasa?

—¿Hablaste con Dena? —habló con voz inexpresiva.

—Sí, lo hice —sonrió—. Está bien. Sólo quería contarme que el nuevo cliente está muy complacido con ella. Ayer por la tarde tuvo una sesión de fotos durante dos horas y esta mañana también.

Samantha no le creyó. Una mujer famosa como Dena McGarvey no dejaría una docena de mensajes sólo para informar que tuvo un buen día.

—Ya veo —fijó la vista en el océano. ¿Por qué no dejaba Jason de fingir y se marchaba? Por el contrario, él la tomó de la mano.

—¿En dónde estábamos? —preguntó con voz ronca y ojos luminosos.

—Ibas a bañarte —lo empujó por el pecho—. Y yo voy a leer una revista.

—Sam… —él estaba asombrado.

—No, por favor, Jason, no lo hagas.

Por más que pensara en Dena, era difícil resistir. Ningún hombre debería tener un poder semejante y tan pocos escrúpulos.

—Sam…

—¡No!

Nunca supo si él hubiera insistido, pues se oyeron risas en la sala. Segundos después, Andrea entró en el dormitorio.

—Perdón —empezó a cerrar la puerta nuevamente al ver a Samantha y a su hermano sentados en la cama.

—No, está bien —se puso de pie de un salto—. Estoy segura de que quieres bañarte y arreglarte. Como yo soy la única que no tiene que hacerlo pues no nadé, tomaré una revista y me iré a leer junto a la piscina. Los veré después.

Antes de que nadie pudiera decir algo, salió.

Sólo había unas cuantas personas, pero pronto llegaron varios de los jugadores acompañados de muchas chicas que reían y se colgaban de sus brazos. Samantha sólo los saludó con una seña y fingió una gran concentración por la moda europea para ese otoño. Habría sorprendido a cualquiera que la conociera y más aún a Jason, que todavía comentaba algo cuando portaba una camiseta y no una de sus blusas originales con mangas largas. ¡De nuevo pensando en él! ¡Maldición!

De pronto, alguien le jaló un mechón de pelo y se sentó en la silla a su lado.

—Hola.

—Ah —se trataba del hombre rubio—. Hola… señor Calhoun.

—Sólo llámame Bart, Sammie.

—Samantha —trató de decir su nombre con voz helada, pero en ese momento vio que Jason, Toby y Andrea se acercaban. Su voz se entrecortó y pronunció su nombre con un susurro ronco. Todavía no podía enfrentarse a él con el equilibrio necesario, así que no los miró y en vez de eso le sonrió a Bart Calhoun.

El hombre no necesitaba que le dieran aliento dos veces. Le quitó la revista.

—Así está mejor. Me preguntaba si te hacías la difícil. Creo que ya es hora de que nos conozcamos.

—Puede… ser que sí —fue cautelosa. No quería conocerlo, aunque deseaba irritar a Jason Cole.

—Vamos a cenar —anunció su jefe al acercarse.

—No tengo hambre.

—Hice una reservación para los cuatro.

—Pues cámbiala.

Jason frunció el ceño y la miró. Luego observó a Andrea y de nuevo a Samantha. El mensaje era claro: esto es parte de tu trabajo. Ella se molestó. Estaba harta de la manipulación.

—No tengo hambre. No quiero salir ni ir a cenar. Por una vez, puedes hacerla de "acompañante". Creo que de vez en cuando tengo derecho a estar tranquila durante unas horas —la última frase la dijo con los dientes apretados. Se arrepintió de inmediato, pues Andrea la miró con profundo dolor—. No quise decir… —alargó una mano para tomar la de su pupila.

—Por favor, quédese aquí, señorita Peabody —Jason apartó a su hermana—. No quisiéramos que nos demandara por explotarla en el trabajo —comentó enojado y jaló a Andrea y a Toby.

Bart Calhoun dejó escapar un largo silbido. Ella estaba incómoda y tomó su revista. Bart se la arrebató y la puso fuera de su alcance.

—Pensé que nos estábamos conociendo.

Suspiró y cruzó las manos sobre el regazo. Como Jason se había ido, no podía escapar a su habitación.

En la hora y media que siguió, conoció más al hombre de lo que jamás hubiera deseado. Era grosero, vanidoso y muy desagradable, pero lo soportó, ya que sentía que era su paga por herir los sentimientos de Andrea. No importaba que estuviera enojada con Jason, nunca debió hacerlo, pues la chiquilla era joven y sensible. Consideraba a Samantha como su amiga y ella fue muy severa. Se obligó a escuchar los relatos de Bart acerca de sus habilidades en el voleibol y eso le pareció un pequeño castigo en comparación con su pecado.

Bart habló sin parar y enfatizó su relato con tragos de cerveza. Le ofreció una a ella, quien no se atrevió a negarse, pues pensó que no era prudente rechazar todo el tiempo a Bart.

Como no aceptaría nadar con él si se lo pedía, ni irse a la cama, pensó que lo mejor era aceptar la cerveza que le ofrecía. La tomó con lentitud. Él ya había tomado cuatro cervezas cuando Samantha apenas terminaba la mitad de la suya. En ese momento él decidió que iría a nadar.

—Acompáñame —ordenó y alargó la mano.

—No, gracias.

—No seas insoportable, Sammie —la miró con enfado.

—No lo soy. Lo que pasa es que… no quiero nadar.

Bart suspiró y parecía que iba a hacer algo más que sólo ponerse a discutir, cuando una voz suave lo detuvo.

—Yo nadaré contigo, cariño —una de las fanáticas de los jugadores apareció a su lado y le acarició el brazo.

—¿Ah, sí? —susurró, seductor.

—Me encantaría —susurró la chica.

Samantha se alegró. Adelante. Vio con enorme placer que lo jaló hacia el borde de la piscina, tropezaban y caían los dos en el agua. Los juegos y coqueteos empezaron, y aliviada, ella tomó su revista de nuevo. Las cosas estaban funcionando bastante bien. Por lo menos así fue, hasta que Bart salió del agua y se acercó a ella.

—Es tu turno.

—No, gracias.

—Tienes que nadar —insistió—. Debes venir —pronunció las palabras mal y ella pensó que el ejercicio, aunado a la cerveza, estaba afectando su sobriedad.

—Siéntate —señaló la silla.

—¿Por qué no vienes a la cama conmigo? —replicó y la miró con deseo.

—Basta ya —se ruborizó y bajó la vista.

—No, linda —la tomó de la muñeca—. O nadas o vienes a la cama conmigo.

Samantha forcejeó y buscó con la mirada a la chica que la salvó la última vez. Pero no la vio.

—¡Suéltame!

—Si quieres luchar, podemos hacerlo mejor en la cama.

—No quiero…

—Oye, Cole —Bart la interrumpió para dirigirse hacia el hombre que entraba en ese momento por la reja—. Mira esto. Tu chica va a nadar conmigo.

—¡No! ¡Por favor, no! —gritó.

Su súplica no fue atendida, ya que el hombre la tomó de la cintura y la levantó. Samantha salió volando por el aire, sintió un frío repentino y… se hundió en el agua.

Capítulo 8

—¡Auxilio! —gritó Samantha cuando salió a la superficie, antes de sumirse de nuevo—. ¡Aux…!

Todo era igual como lo recordaba, aunque hubieran pasado veinte años. El mismo sofoco, el dolor de sus pulmones, el terrible pánico.

Unos brazos fuertes la alzaron, sosteniéndola.

—Todo está bien.

—¡No! Yo… —se esforzó por respirar, por instinto.

—¡Sam!

—¿Ja… Jason? —se aferró a él.

—¡Quédate quieta!

Parecía estar furioso. La rodeó con sus brazos y la sacó a un lado de la piscina. Samantha hundió las uñas en sus hombros, pero el terror disminuyó desde que cayó al agua. Estaba a salvo. Jason la alzó para que Bart la sacara del agua y luego él mismo salió.

Samantha estuvo en brazos de Bart sólo un momento antes de que Jason la abrazara y se la entregara a Toby.

—Cuídala —rugió y se volvió para hablar con el jugador—. ¿Qué demonios crees que estabas haciendo?

—No pensé que… —retrocedió.

—¡Es obvio! —exclamó Jason—. ¡Pudo ahogarse! —echó el puño hacia atrás, pero antes de que pudiera hacer algo, Samantha se soltó de Toby.

—No, detente —se aferró al brazo de Jason—. No, por favor no lo hagas. No lo sabía. Yo debí decírselo.

—Maldición —él la miró con ganas de estrangularla—. ¿Cómo puedes defender…?

—Basta —recobró la sangre fría—. No actúes como un hombre de las cavernas. Me salvaste. Estoy bien —lo miró con enfado aunque no dejó de temblar.

—¿Estás diciendo que es tu culpa? —Jason bajó el brazo y la miró con profunda irritación.

—Bueno, yo…

—Muy bien, señorita Peabody —apretó la mandíbula—. Creo que ahora sabemos cómo remediar la situación, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —lo miró sin entender—. Esto sucedió porque yo no aclaré que no sabía… Si lo hubiera dicho…

—Mañana daremos solución a esto. Aprenderás.

—¿A nadar? —Samantha quedó invadida por el pánico—. ¿Yo? —empezó a retroceder—. No puedo…

—Lo harás. Son órdenes de tu jefe —la dureza de su voz le indicó

que hablaba en serio.

—Me contrataste para enseñar el violoncello, para ser la acompañante de Andrea, no para…

—Significa que debes estar con ella —le informó Jason—. Te permití quedarte sentada en la playa todo este tiempo porque pensé que no querías nadar. Ahora sé que no puedes hacerlo.

—Como ya lo sabes, tienes que armar todo un alboroto, ¿verdad? —comentó la chica con amargura. Estaba temblando por el miedo. Los dientes le empezaron a castañetear.

—Ahora que lo sé, voy a poner la solución.

—No quiero aprender.

—Bueno, pues yo deseo que sepas para protegerte sola. En caso de que algo semejante —miró a Bart con odio— suceda de nuevo.

—No…

—Lo vas a hacer, Sam —declaró.

—No podrás encontrar a un maestro tan pronto.

—¿Quieres verlo? —sonrió—. Estás frente a él.

Vámonos.

Samantha abrió los ojos y los cerró de nuevo. Una mano le hizo cosquillas en el pie.

—Es hora de irnos.

Segundos después, como no respondió, Jason le quitó las cobijas de encima.

—Oye —la chica se sentó de un salto y se puso un brazo enfrente de los senos, pues su camisón era transparente.

—Es hora de tu lección —él tenía la sábana en la mano y no la iba a soltar.

—Jason —Samantha sintió más miedo—. Por favor —protestó.

Él esperó; sus ojos azules brillaban mucho. La joven se recostó sobre las almohadas y lo contempló enfadada. Él le devolvió la mirada recorriendo su cuerpo. La chica se estremeció.

—Dame eso —trató de arrebatarle la sábana, pero Jason negó con la cabeza y la jaló toda de la cama.

—Cinco minutos, Sam. Ponte tu traje de baño o te llevaré así —salió del cuarto.

Igual que ayer, se deprimió la joven. No podía hacerlo. No podía. Quizá si se lo explicaba, algo que nunca había hecho antes con nadie. Él era un hombre razonable, ¿verdad?

Se levantó de la cama, se quitó el camisón y se puso unos pantalones cortos y una camiseta. Salió del cuarto. Jason sonrió al ver que el cuarto se abría y dejó de sonreír al verla así vestida.

—No puedo hacerlo, Jason. No lo entiendes.

—Entonces, explícamelo —comentó al fin.

—Yo…

—Ponte primero el traje de baño.

—Por favor… —suspiró.

—Mira, te escucharé, te lo prometo. Pero debes prometerme que te lo pondrás —se mostró implacable.

—Si insistes —encogió los hombros, irritada. Samantha regresó al cuarto. Su traje era de una pieza, de un color azul brillante. Con la marca NetWork. Moldeaba su figura, era provocativo, pensó la chica con nerviosismo al verse en el espejo del cuarto. Delineaba más de Samantha Peabody de lo que lo hicieron sus amplias faldas y blusas sin forma. No estaba segura de si era bueno o malo. Nerviosa, suspiró y acudió con su jefe.

Caminaron en silencio rumbo a la piscina. Eran apenas las seis de la mañana, pero ya hacía calor. La playa estaría insoportable, a pesar de la brisa del mar. Samantha no envidió la tarea de Jason para ese día. De ser él, estaría durmiendo lo más posible. Se lo comentó.

—Puedo dormir en el avión, de regreso a casa —se sentó en el borde de la piscina y metió las piernas en el agua. Ella se quedó de pie —. Siéntate —palmeó el suelo a su lado.

Samantha miró con suspicacia el agua. Reacia, se sentó y apoyó la barbilla en las rodillas. Él aguardó.

—Te va a parecer estúpido —tragó saliva.

Jason no habló, sólo la miró comprensivo.

—Yo tenía apenas cuatro años —Samantha respiró hondo—. Estábamos en Francia, con unos amigos de papá. Tenían una mansión con una piscina enorme. Su hijo era un niñito llamado Etienne, que era insoportable.

—¿Un niño de las cavernas? —sonrió él.

—De hecho, sí. Tenía seis años. A él le divertía molestarme, pues en ese entonces yo ya reaccionaba con enojo a las burlas. Me perseguía —movió la cabeza—. Un día, cuando me atrapó, me aventó a la piscina —se estremeció sólo de recordarlo—. Yo no podía nadar. Trató de sacarme, pero no pudo —tragó saliva y apretó las manos—. Tuvimos la suerte de que uno de los jardineros nos encontró. Casi nos ahogamos los dos.

—Niño estúpido —murmuró Jason. La miró enfadado—. Supongo que son cosas que pasan. ¿Por qué no te enseñaron después de lo sucedido?

—Trataron —Samantha se estremeció al recordarlo—. Mi padre lo intentó, de inmediato. Mencionó que cualquiera podía hacerlo. Que sólo hacía falta práctica —miró el agua, recordando—. Así que me aventó de nuevo.

—¿Qué?

—Se suponía que algo *tan simple*. Me indicó que sólo flotara. No pude. Así que… lo intentó otra vez —susurró al pensar primero en el

miedo y luego en el fracaso—. Y otra vez.

—¡Dios mío! —Jason se quedó sin habla y contempló el agua sin decir nada. La expresión de horror de su rostro era reveladora… Pensaba en las mismas cosas que ella al recordar lo sucedido: el agua azul que la tragaba. Pánico. Desesperación. Fracaso. Siempre el fracaso.

—Nunca aprendí —fijó la vista en las palmeras—. Ni siquiera me acerco al agua. Nunca lo he hecho. Por lo menos, hasta ayer.

—No es culpa tuya. No sé cómo alguien hubiera aprendido, de esa manera —su expresión era dura, igual a la de su padre cuanto tuvo que sacarla del agua. En el instante en que sus miradas se encontraron, Jason suavizó la mirada—. Ambrose es un idiota.

—Es un hombre brillante, un violinista fantástico. Uno de los mejores del mundo —protestó.

—Tal vez. Pero como padre no vale gran cosa.

—No lo sabes —alzó la barbilla—. Me cuidó durante años. Mi madre me abandonó, él no.

—Quizá ella se fue por su culpa.

—¡Jason! —Samantha estaba escandalizada.

—Perdón —desvió la vista—. Sólo estoy enojado.

Se quedó sentado en silencio durante mucho tiempo y luego tomó una decisión. Se metió en la parte de la alberca en donde el agua llegaba hasta la cintura y estiró los brazos hacia la joven.

—Ven.

—No, no puedo. Ya te lo conté —negó con la cabeza.

—Sam, te puedes parar aquí. Yo te abrazaré.

—No quiero.

—¿No? —su voz era suave y sus ojos azules, hipnóticos—. ¿No quieres ni siquiera meter tus pies en el agua? Está fresca. Mucho más agradable que el aire.

—No…

—Sam, confía en mí —sus palabras fueron una mezcla de orden y súplica. Las manos de Jason estaban a centímetros de ella. Fuertes y encallecidas, con dedos largos. A ella le encantaba observarlas, aun cuando al principio pensó que eran manos de pianista. Recordó cómo la acariciaron ayer. Trató de olvidarlo.

Y fue imposible hacerlo. También pensó que, al sacarla de la piscina anoche, le prometieron una seguridad que Samantha nunca había conocido hasta ahora. Era probable que en otros aspectos fuera una tonta por confiar en él, pero estaba segura de que ahora podía hacerlo.

Puso las manos en las de Jason. Con cuidado y lentitud, la metió en la piscina. El agua estaba fría y ella jadeó cuando sintió que se le mojaban los senos. Antes de que pudiera hacer otra cosa, él la acercó

y la abrazó. Se mecieron en el agua.

Se suponía que su abrazo era para darle aliento y confianza. Así fue. Sin embargo también era erótico. Sólo los separaba la delgada tela del traje de Samantha y la del de Jason. Todo lo demás, era piel contra piel. Piel cálida en el agua fría. Quemante. Muy caliente.

Samantha sintió algo más que seguridad. La invadió el deseo… una necesidad que floreció en su interior.

Él retrocedió un poco y la miró con timidez.

—¿Fui yo quien dijo que confiaras en mí? —sonrió.

Samantha lo miró también y se sonrojó, confundida. Jason suspiró hondo y apretó sus manos.

—Hablé en serio —la miró a los ojos—. Puedes confiar en mí.

En ese momento y en ese lugar, estuvo segura de ello. Se movieron con lentitud, caminando por la alberca como sonámbulos hacia la parte honda. Jason se sumergía hasta los ojos y luego echaba por la nariz grandes cantidades de burbujas mientras observaba a la joven.

—Pareces un cocodrilo demente y malvado —rió la chica.

—Vaya, pensé que no lo notarías —comentó al salir. Ella pensó que él insistía para que hiciera lo mismo, pero no fue así. Él sólo caminó a su lado y le platicó todo el tiempo acerca de cómo su propio padre le enseñó a nadar.

Era obvio que la experiencia de él fue muy diferente a la de Samantha. Ella no lo conocería jamás, aunque le hubiera agradado mucho. Fue un hombre tenaz, luchador y muy amable. ¿Como su hijo?, se preguntó. Jason era tan enigmático, que no estaba segura de ello.

—Es hora de salir —anunció de pronto.

—¿Qué? —se sobresaltó la joven.

—Son más de las ocho. Tengo que estar en la cancha a las nueve para las semifinales.

—Perdón —¿cómo pudo haberlo olvidado? ¿Acaso se imaginó que él había viajado hasta Florida para pasarse todo el día caminando por la parte baja de una piscina con ella? Ambos salieron. Ella estaba triste.

Él se secó con rapidez. A ella le parecía raro secarse allí, sobre todo en compañía de un hombre. Lo miró con disimulo y se percató de que el la contemplaba. Samantha bajó la vista y se envolvió en una toalla.

—Todavía puedes confiar en mí, Sam —sonrió al verla tan a la defensiva—. Tengo mucho que hacer este día —le pasó un brazo por los hombros y se fueron a la *suite*.

Jason y Toby ganaron el torneo de dobles a las cinco y cuarto. Recibieron el dinero del premio y fueron entrevistados por un comentarista de la televisión a las seis, salieron del hotel hacia el aeropuerto y estaban a bordo del avión que los llevaría a casa a las

siete y cuarto.

—Qué puntualidad —jadeó Toby—. No sabes lo poco frecuente que es que las cosas salgan así —sonrió a Andrea.

—Espero averiguarlo —sonrió, esperanzada. Samantha miró a Jason, sentado a su lado, curiosa por ver su reacción. Él sonrió. Samantha todavía no estaba muy segura de aceptar la relación de los jóvenes. Se sobresaltó cuando su jefe cubrió su mano con la suya.

—No te asustes —bromeo. Ella lo miró con preocupación.

El vuelo duraba cuatro horas y media. Durante la mayor parte de ese tiempo, el no soltó su mano. Aun durante la cena, no lo hizo. Cuando aterrizaron y caminaron por el túnel al salir del avión, Jason todavía apretaba sus dedos con firmeza.

Mía, parecía decir. Es mía.

Pero Dena también era suya puesto que allí estaba.

—¡Jase! —corrió hacia él, lo abrazó y le dio un beso—. Estoy tan contenta de verte.

Le pasó un brazo por los hombros a Dena, igual que lo había hecho con Samantha mientras se dirigían al aeropuerto en Florida. Su atención sólo se centró en la mujer. Samantha se quedó en el corredor y los miró con fijeza. En realidad, nada había cambiado.

—Oye, Sam.

La interpelada parpadeó. Andrea y Toby ya se adelantaban y Jason se detuvo y la miró abrazando aún a Dena.

—¿Qué esperas? ¡Vamos! —alargó la mano como si fuera lo más natural del mundo que Samantha la tomara. Esta lo miró, dolida, confundida. ¿Se daba cuenta del caos que creaba en su mente? ¿Acaso pensaba que era correcto tener a dos mujeres al mismo tiempo?

—Voy —suspiró.

Dena trajo el jeep de Jason al aeropuerto.

—Pensé que preferirías tener un comité de recepción que tomar un taxi.

—Claro —sonrió y le alborotó el cabello.

Samantha sintió celos y deseó gritar. En vez de eso, se mordió el labio y se metió en el asiento trasero junto con Toby y Andrea, mientras su jefe y la mujer se sentaron enfrente.

No podía ceder de nuevo. Sin importar lo que sucediera. En el momento en que él se estacionó en la casa, saltó del jeep y entró rápidamente.

—Oye, Sam, ¿qué es lo que te pasa? —exclamó Jason.

—Nada —negó con la cabeza, sin volverse—. Sólo estoy cansada, es todo.

A la una de la mañana, ya no pudo yacer en su cama. Había dado vueltas y vueltas y contado desde borregos hasta violines y pelotas de voleibol, sin resultado alguno. Desesperada, se levantó, se quitó el

camisón y se puso una camiseta y unos pantalones cortos. La brisa marina era atrayente y fresca. Abrió la puerta del cuarto con cuidado. La casa estaba silenciosa y a oscuras. Miró por la ventana de la sala la arena y el mar. Salió de la casa sin rumbo fijo. Debía recuperar algo de perspectiva, aclarar el enredo en el que estaba convertida su vida.

En el momento en que conoció a Jason Cole, se percató de que habría problemas, mas, ¿acaso huyó de él? ¡No! "Y ahora, mira lo que has hecho", se regañó a sí misma. "Por lo menos en mayo estabas segura de lo que querías. Ahora, no sabes nada".

Salió por la puerta principal y, apenas había caminado dos pasos, cuando una voz la detuvo.

—¿No puedes dormir?

Se volvió y vio a Jason sentado en una silla en el pórtico. Se levantó y se acercó a la chica.

—Yo tampoco.

Con sólo verlo, cansado y un poco desaliñado, su corazón se aceleró y su inmunidad se fue por los suelos. Samantha se pasó una mano por el cabello.

—Pensé… en ir a dar un paseo.

Supuso que él se opondría. Era peligroso que las mujeres caminaran solas por la playa. No dijo nada; la tomó del brazo e inició la marcha.

—No tienes que…

—Claro que sí —su tono no admitía réplica. Tampoco la manera firme con la que la tomaba por el codo. La noche era fría y la brisa fresca. La luna brillaba sobre el océano con una luz color plateado. Hacía menos de veinticuatro horas, ellos hicieron lo mismo en otro mar. Estaba más confundida que nunca.

Jason la condujo hacia la orilla del agua. La marea subía y, en poco tiempo, el agua mojó los pies de Samantha. Quiso retroceder, pero él la tomó de la mano y siguió caminando.

—Relájate —aconsejó. Era agradable su contacto, la hacía sentirse estable, segura. No era cierto, recordó la joven.

—¿En dónde está Dena? —preguntó deliberadamente.

—Creo que en su casa.

—¿No fuiste con ella?

—No.

—¿Por eso no pudiste dormir?

—No, Samantha —disminuyó un poco el paso y casi habló con burla—. Esa no fue la razón.

Samantha apretó los dientes al oír su tono condescendiente. Bueno, si así quería Jason que hablara…

—Entonces, ¿por qué no lo lograste?

—Adivina.

Lo miró con atención. La luna acentuaba sus rasgos. ¿Acaso estaba enojado? ¿Con quién? ¿Con él, con Dena, o con ella? El hombre era un enigma. Arrogante y bromista. Tierno y gentil. Fuerte y vulnerable. Aun si pudiera vivir un millón de años, Samantha pensó que nunca llegaría a entenderlo.

—Y tú, ¿por qué no conciliaste el sueño? —replicó Jason.

Ella sólo levantó los hombros, incapaz de confesar los celos que Dena despertaba en su interior.

—¿Fue por lo de Ibáñez?

—En realidad, no —sintió alivio al descubrir que no adivinaba la causa de su enojo y confusión—. Es una gran oportunidad para Andrea. Lo merece.

—Tú también —señaló.

Samantha lo observó para ver si era broma. No era así. Sonrió, complacida de que al fin la entendiera.

—Gracias.

—De nada. Gracias a ti.

—¿De qué?

—Por ser maestra de Andrea. Has sido todo lo que ella prometió. Y mucho más —la miró serio. Eres una maestra maravillosa.

—Me encanta dar clases —confesó.

—No vas a abandonar tu profesión, ¿verdad?

—Bueno, Oliver y yo… —las palabras le parecían extrañas. Hacía siglos que no pensaba en él. Jason maldijo y caminó con tal rapidez que ella casi tuvo que correr para alcanzarlo.

—No tienes por qué abandonar lo que te gusta.

—Sí, tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—No tendré tiempo. Estaré ocupada.

—¿Haciendo qué?

—Todo. Horarios. Reservaciones. Mantener el guardarropa de Oliver en buenas condiciones. Facilitándole las cosas. Siempre hay un millón de cosas importantes que hacer.

—¿Más importantes que tú? —insistió él.

—Yo… pues sí —pero su voz no fue tan entusiasta como antaño.

—¿Has formado a una estudiante hasta el punto de que alguien de la talla de Raúl Ibáñez quiera escucharla y no quieres seguir dando clases?

—Yo no dije que no quisiera…

—¿Lo ves? Deseas continuar. ¿Por qué claudicas?

—Ya te lo dije.

—Oliver no te lo va a permitir —declaró con enfado.

—No se trata de lo que él me va a permitir o no hacer. Lo que pasa es que no sería justa.

—A mí me parece que es un abusivo.

—No sabes nada al respecto, Jason Cole. No entiendes la música, ni a los que la interpretan. No me comprendes a mí —se alejó y empezó a correr hacia la casa. Tropezó y se recriminó por su reacción tan emotiva, lo odió por irritarla tanto y ponerla nerviosa.

—¡Sam! —la alcanzó antes de que hubiera corrido treinta metros —. ¡Detente!

—¡Suéltame!

—No, maldita sea. No has hecho otra cosa más que escapar desde el día en que nos conocimos. Ya es hora de que dejes de hacerlo.

—Jason, no.

—Samantha, sí —hubo una pausa, palpitante—. Es hora de enfrentarte a ti misma.

La abrazó apretándola contra su cuerpo y la besó con desesperación.

Era el beso que Samantha esperó toda la vida. La sacaba fuera de sí y la fusionaba a la realidad… una realidad en la que Oliver, su padre, todos los violoncellos, flautas y violines del mundo no tenían la menor importancia. Sólo existían sus sentimientos… y Jason.

Cayeron abrazados sobre la arena. Él deslizó sus manos debajo de la camiseta, sobre sus costillas, debajo de su sostén. Acarició la suave piel de sus senos, los amoldó. Samantha se movió contra él perdiendo todas sus dudas y sus miedos.

Sus manos lo buscaron, sus labios lo probaron y su cuerpo lo ansió. Se contorsionó bajo las caricias de Jason. Le deslizó los dedos debajo de la camisa y le acarició el pecho. La piel de Jason estaba cálida y lo sintió estremecerse cuando rozó la pretina de su pantalón. Jason gimió y arqueó sus caderas contra las de ella.

La necesidad de él debió asustarla. Pero si algo la atemorizaba fue comprobar que ella estaba ansiosa como Jason. La chica no pensó, sólo se movió un poco, hundiéndose en la arena. Él le desabrochó el sostén y la tocó con gran maestría, provocándole sensaciones cada vez más intensas y placenteras. Samantha gimió.

—Ya sé a qué te refieres —musitó el hombre. Le quitó la camiseta y hundió la cara en los senos. Su cabello le rozó la piel arrebolada y Samantha le tomó la cabeza con las manos, acercándolo. Hubiera podido yacer así para siempre, sumiéndose en sensaciones que nunca imaginó que existieran, pero él no se lo permitió. La llevó más lejos, creando una magia increíble en su cuerpo, haciéndola suya en todo el sentido de la palabra.

A Samantha nunca se le ocurrió protestar en el momento en que él le quitó el pantalón corto. Gimió, maravillada, no temerosa, cuando Jason se desvistió y se arrodilló sobre ella.

—¿Tienes miedo, Sam? —susurró.

La joven tragó saliva y lo miró a los ojos. Negó con la cabeza. ¿Cómo podía tener miedo de algo tan hermoso? A esas alturas no hubiera podido alejarse de Jason, ni aun cuando lo hubiera deseado.

Samantha estiró los brazos y, con una sonrisa, Jason se acercó. El dolor fue agudo pero breve, a pesar de que fue cuidadoso; a ella no le importó.

Jason la hacía suya y en medio de su amor, Samantha sintió que se convertía en un nuevo ser.

Él cayó sobre ella con el corazón acelerado. Hundió la cara en el cuello de la joven y se estremeció.

Samantha Peabody… hija, maestra, luchadora, fracasada, nunca volvería a ser la misma.

Que Dios la ayudara… ¡Estaba enamorada de Jason Cole!

Capítulo 9

"Ten un propósito, una dirección en la vida", le dijo siempre Ambrose Peabody a su hija. Ella así lo hizo, durante veinticuatro años.

Ahora sentía que estaba en medio de un torbellino cuyas tuerzas no podía controlar. Se enamoró de Jason Cole, a pesar de todos sus esfuerzos por no hacerlo. Saberlo no la ayudaba.

Nunca pensó que el amor fuera así. Pensaba que era un amable compañerismo, cuidado sensato, el tipo de relación que para su padre siempre fue ideal y que ella esperaba tener con Oliver. Lo que tenía ahora era totalmente opuesto. Estaba perdida.

Lo peor de todo fue que, sin importar lo que ella sintiera, Jason sólo estaba interesado en ella para sostener una aventura momentánea… era otro Fritz, con la diferencia de que Samantha se enamoró de él. A pesar de que la noche anterior Jason la amó con pasión, a la mañana siguiente habló con Dena por teléfono, escuchándola como si su destino dependiera de lo que ella hablaba.

Samantha lo miró desde el umbral de la puerta, contempló su expresión de ternura, amor y simpatía. El corazón le dolió por la desesperación.

En cuanto colgó, se acercó a la chica, la abrazó y la besó.

—¡Basta! —lo rechazó.

—¿Sam? —Jason retrocedió, atónito, intrigado.

—No me llamo Sam —replicó. Recordaba los suplicantes "Sam" que él pronunció anoche. Quería taparse las orejas, vaciar su mente, segura de que Jason diría "Dena" de la misma manera.

—¿Qué sucede? —Jason la observó.

—Nada —lo encaró.

Hubo un brillo extraño en los ojos de él, quien apretó la mandíbula.

—Nada —repitió Samantha con voz dura y escapó.

Jason jugó voleibol, levantó pesas, acudió a reuniones, habló por teléfono, tomó decisiones importantes y pasó tiempo con Dena. Al transcurrir las semanas y los días, pareció que nada cambió para él, salvo que ahora trataba a Samantha con pinzas.

Varias veces trató de acercarse a ella, de hablarle, de tocarla. Ella rechazaba cualquier intento. Por mucho que le hubiera fallado a Ambrose en otros aspectos, sabía que no estaba de acuerdo con las aventuras amorosas. Era evidente que Jason no estaba contento. Parecía que su frustración provenía del hecho de que ella ya no volvería a acostarse con él. Sucumbió una vez y se entregó a él, quien ya poseía su corazón. Si se repetía noche tras noche, ya no habría

lugar a la escapatoria.

Lo mantuvo a distancia, haciendo comentarios acerca de sus tendencias de "hombre de las cavernas". Lo evitó hasta el máximo. Era una tortura. En la mente de Samantha, Jason era más afortunado que ella. Él podía desahogar su frustración en el voleibol, ella se conformaba con tocar largas y angustiosas sonatas en el violoncello.

En Massachusetts, en Ohio, en Colorado, California y Wisconsin… a todos los lugares a los que fuera la gira de voleibol, Jason jugaba como si en ello le fuera la vida.

Toby era rápido y ágil como siempre, pero nadie podía contra Jason. Los vencía a todos. Poseía la habilidad de los mejores. Sin cansarse y con eficacia, a través de la humedad y del calor del verano, él y Toby vencieron a sus oponentes mientras que Samantha y Andrea no hacían otra cosa más que observarlos.

Andrea estaba fascinada con el físico de Toby Henning. Podía observar los juegos durante horas. Ella, por el contrario, sentía que iba a explotar pues no tenía ninguna pelota blanca que golpear, ni ningún ejercicio que hacer para disminuir su deseo.

Lo único que la acercaba a Jason, sin embargo, eran las lecciones de natación. Samantha estaría feliz si se cancelaran. De hecho, le informó a Jason que ya no eran necesarias. Lo que calló fue que deterioraban su salud mental. Él insistió, decretando una vez más que eran "órdenes del jefe". La llevaba a nadar dondequiera que estuvieran, todas las tardes. Era una tortura e imaginó que también era difícil para Jason.

De cualquier manera, cuando llegaron a East Hampton en la segunda semana de agosto, Samantha era un despojo emocional. Los padres de su alumna Germaine los invitaron a todos a su casa de verano, lo cual fue una bendición para ella. Si hubiera pasado una semana más con Jason en un hotel lleno de gente, se habría vuelto loca.

Aunque la casa de Germaine resultó ser una mansión enorme, Samantha se preguntó si bastaría para albergarlos a ella y a Jason, sobre todo cuando, en el instante en que llegaron, el teléfono sonó y fue Dena quien llamó.

Samantha puso el auricular en la mano de él con fuerza y salió a buscar su propia habitación. De modo deliberado, escogió el cuarto que estaba más alejado del de Jason. Después recorrió la casa de arriba a abajo hasta agotar todo lo que fuera de interés, antes de volver a bajar. Jason seguía hablando por teléfono.

Le sonrió un poco y la miró con preocupación al estirar una mano hacia Samantha. Sólo le devolvió la misma sonrisa vaga y pasó de largo enfrente de él.

—Sam —susurró enfadado al tapar el auricular con la mano. La

chica se dirigió a los ventanales que daban al jardín y salió.

Cuando regresó, una hora después de pasear por la ciudad, ya había tomado una decisión. Entró en la casa y llamó a Oliver.

—¿En dónde estabas? —inquirió Jason al acercarse. Tenía el pecho desnudo, pues sólo vestía un pantalón viejo de mezclilla.

—Salí —no se dignó mirarlo.

—Hubieras podido esperar para darte tu clase.

—Ya puedo nadar —se encogió de hombros—. Además, no podía adivinar el tiempo que tardarías.

—No fue mucho —aclaró con sequedad—. Todavía tenemos tiempo.

—No —se volvió.

—¿Estás llamando a Ibáñez?

—No.

—¿A quién, entonces? —se irritó.

—¿Qué te importa?

—Trabajas para mí.

—¿Ah, sí? —Samantha lo miró. No por mucho tiempo. Si era afortunada tal vez podría irse con Oliver ese fin de semana.

—¡Maldición! —exclamó Jason.

Nadie contestó en la habitación de Oliver.

—¿Podría decirle que me llame cuando regrese, por favor? —pidió la joven a la recepcionista. Le dio su hombre y número telefónico y colgó.

—Llamabas a Archer —declaró Jason.

—Así es —asintió la chica.

—¿Por qué? —estaba molesto.

—Para poder hacer una cita con él y verlo —comentó con calma.

—¿Cuál es el motivo?

—Porque quiero —necesitaba ver a Oliver. Apenas si recordaba su físico.

—¿Y qué con Ibáñez? ¿Cuándo vas a ir a verlo con Andrea?

—Mañana al mediodía.

—A esa hora voy a jugar un partido.

—¿Y qué? —había evitado verlo jugar tanto como pudo. A veces él insistía, alegando su cláusula de "derechos laborales". Por lo menos con Ibáñez no podía hacer eso.

—Supongo que después vas a ver a tu novio.

—Sí —habló con dulzura. Jason la miró con rabia—. Su primer concierto es mañana por la noche. Estará ocupado toda la tarde preparándose para ello. Después… espero verlo.

Jason gruñó y miró la playa a través de la ventana.

—¿Qué te pasa?

—Nada —Jason metió las manos en los bolsillos de sus pantalones

y salió sin volverse.

Samantha esperaba que Jason estuviera presente a la hora de la cena; sin embargo, ni él ni Toby aparecieron por la casa a esa hora.

—Toby mencionó que no quería molestarnos mientras nosotras practicábamos —explicó Andrea, buscando algo que comer en el refrigerador.

Samantha tenía que concentrarse en preparar a Andrea para la audición del día siguiente. Estaban muy nerviosas. Una audición exitosa justificaría sus clases de ese verano como ninguna otra cosa.

Tocaban la pieza que Andrea haría que Ibáñez escuchara cuando el teléfono sonó. Samantha la dejó tocando y acudió a contestar.

—Sammie, cariño, ¿eres tú? Recibí tu mensaje.

—¡Oliver! —quiso abrazarlo. Le parecía tan familiar su voz—. ¿Cuándo puedo verte?

—Bueno… —meditó—. Mañana seguro que no. Tengo que practicar todo el día y voy a cenar con Wysocki. Ya sabes, el director de orquesta. Después del concierto…

—Maravilloso —ella aprovechó la oportunidad de inmediato—. Tengo muchos deseos de verte.

—Claro. ¿No es estupendo cómo todo ha resultado? Tú, yo, tu padre… tengo toneladas de cosas que contarte —prosiguió. Oliver—. Las críticas han sido magníficas. Sé que vas a querer leerlas.

—Por supuesto.

—Podemos revisarlas juntos. Deberías haber escuchado lo que Kilburne escribió para el periódico *Post*.

—Sí —ella vaciló un momento—. Te extrañé.

—¿Qué? —Oliver pareció sorprenderse—. Ah, sí. Yo también. Nadie ha logrado que limpien mi traje de gala como es debido desde que salí de Nueva York, créemelo. Nell me está esperando. Te veré mañana, amor —colgó. Samantha se quedó viendo el auricular con fijeza.

—¿Oliver? —preguntó una voz masculina.

Ella alzó la vista y vio a Jason, quien fruncía el ceño. No lo oyó entrar en la casa. Se tensó y asintió.

—¿Vas a verlo?

—Sí —desafió—. Mañana por la noche. Después del concierto.

El apretó la mandíbula y la miró con intensidad mientras Samantha iba a reunirse con su alumna.

—¿Samantha? —la llamó cuando la chica ya casi salía de la habitación.

—¿Qué?

—¿Puedes conseguir un boleto extra?

—¿Por qué? —lo observó sin entender.

—Me gustaría ir.

La audición con Raúl Ibáñez era el punto culminante de la semana. El maestro esperaba poco, pues sólo le hacía un favor a la vieja amiga de su esposa.

Quedó muy impresionado por el talento de Andrea Cole.

—Lo hace bien. Su técnica es buena, pero más que eso, tiene alma al hacerlo —le sonrió a Andrea, pero dirigió sus comentarios hacia Samantha—. ¿No es cierto?

Ella asintió. Era cierto. Aunque también su técnica era buena, nunca logró poseer la profundidad de la interpretación que Andrea poseía con tanta naturalidad.

—Ha tenido una buena profesora —Ibáñez la bendijo con una sonrisa—. ¿Me permite enseñarle?

Samantha se quedó pasmada.

—¿Usted quiere darle clases?

—Con su permiso —asintió el músico.

¿Pedía su autorización? Casi se desmayó.

—Sería un honor para mí —tartamudeó.

—Bueno —Ibáñez sonrió y se frotó las manos—. ¿Vendrás a mi estudio en el otoño? —le preguntó a Andrea—. Estaré viviendo en Los Ángeles.

—Claro —la jovencita asintió de inmediato.

—Tendrás que empeñarte mucho. ¿Te gusta trabajar?

—Este… sí.

—De acuerdo —estaba complacido—. Empezaremos desde ahora —miró de nuevo a Samantha—. Usted escuche.

No era una pregunta. Ella supo que, a pesar de lo que le dijo a Jason, quiso ir al torneo de voleibol para verlo jugar y admirarlo por última vez, pero no tuvo más alternativa que quedarse. Estaba decepcionada, mas debía acostumbrarse. No había futuro para Jason y ella. Perdió la esperanza. Cuando más pronto se acostumbrara a vivir sin él, mejor.

Encontraron a Jason caminando de arriba abajo en la casa cuando volvieron.

—Son más de las cinco. ¿En dónde demonios estuvieron?

—Con Raúl Ibáñez.

—¿Toda la tarde?

—Sí.

—Quiere que sea su alumna —Andrea se abalanzó a sus brazos—. ¿No es maravilloso?

Jason miró a Samantha por encima de la cabeza de su hermana. No habló, pero al ver la trémula sonrisa de la joven también sonrió.

—Sí, lo es —abrazó a la chiquilla y miró a Samantha nuevamente —. ¿Cuándo empezarás?

—En el otoño.

—¿No de inmediato?

—No —Samantha deseó que así fuera, pues le daría el pretexto para irse antes. Era obvio que Jason no pensaba lo mismo.

—Entonces, todo está bien —asintió con una sonrisa.

Ella lo miró, confundida.

—Vayan a arreglarse. Cenaremos antes del concierto.

Samantha pensó que quería celebrar el triunfo de Andrea, así que subió por la escalera con rapidez.

Cuando bajó, bañada y con un vestido color mango que resaltaba su tono bronceado, sólo vio a Jason esperándola. Él se puso un traje oscuro con camisa blanca y corbata. Estaba elegante… No sabía de quién tener más miedo… de él o de ella.

—¿En dónde están Andrea y Toby? —inquirió, tensa.

—Ya conoces a los chicos. Prefirieron comer una hamburguesa.

—Dudo que encuentren una en East Hampton —comentó con acidez.

—Estoy seguro de que se las arreglarán. Nos veremos con ellos en el concierto.

Jason le ofreció el brazo y la joven dudó. Como no se movió tuvo que aceptarlo. Era la primera vez que se tocaban, aparte de en las lecciones de natación, desde la noche en que hicieron el amor. La ternura y calidez con la que Jason la trató y la amable sonrisa que le ofreció mientras llegaban al restaurante, la hicieron tener deseos de llorar.

Él también callaba. Hizo un verdadero esfuerzo para hacerle preguntas acerca de la tarde, de Andrea, de la audición con Ibáñez, de lo que sucedería después. Había gran tensión entre ambos, la que crecía mientras cenaban.

—¿Tuviste un buen partido hoy? —Samantha trató de adivinar el motivo de su seriedad.

—Todavía estamos en el grupo de los ganadores, ¿por qué?

—Sólo… preguntaba.

—¿Acaso te importa? —cortó su filete mientras hablaba.

—Por supuesto —¿y a ti? Quiso preguntarle. Jason comió su carne y no pareció estar muy convencido. Ella supuso que era por el agotamiento. Ya sabía cómo eran los fines de semana en los que había torneo—. ¿Estás seguro de que quieres asistir al concierto? —se aventuró a decir al fin cuando ya casi terminaban de cenar.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que un hombre de las cavernas como yo no puede apreciarlo? —habló con dureza.

—Claro que no…

—¿Ya terminaste de cenar? —se puso de pie—. Vámonos entonces.

Los lugares que Oliver les dio estaban atrás de la sala y muy a la

izquierda. Samantha recordó que había prometido asientos en primera fila y al centro y se preguntó si la actual localización indicaba el valor de este hombre. O tal vez lo que ella significaba para él.

A Jason no pareció importarle. Demostró mucha atención, sobre todo cuando Ambrose y Oliver tocaron. Entonces, se inclinó hacia adelante y miró con enfado al padre de Samantha cuando fue presentado. Aplaudió por cortesía, pero para Samantha fue obvio que desaprobaba a Ambrose. No fue nada en comparación con la forma en que miró a Oliver. Lo observó con odio y furia.

Ella observó a Oliver con otra perspectiva. Era la primera vez que lo veía desde mayo y trató de encontrar en él al hombre con el que deseó casarse hacía meses.

Él tocó mejor que nunca, mostrando su virtuosismo con la flauta. Era hermoso… su cabello rubio brillaba como si fuera de plata y su traje estaba inmaculado. La faja roja contrastaba con la sobriedad de la camisa blanca y la chaqueta negra. Parecía que Oliver nunca se preocupaba, que nunca estaba desarreglado. Como siempre, parecía un ángel, no un hombre. Esto no la emocionó. Se aventuró a mirar a Jason y le costó trabajo creer que él y Oliver pertenecían a la misma especie. Él contaba con una gran masculinidad y su novio era diferente.

Durante la mayor parte de su vida nunca soñó con algo semejante. La comparación fue inevitable. Oliver siempre estaba en desventaja. Parecía un gatito inofensivo junto a una pantera.

Jason estuvo tenso durante todo el tiempo que el flautista tocó. Miró sin cesar al músico y a Samantha. Cuando al fin terminó, apenas si logró dar media docena de aplausos a pesar del entusiasmo del público.

—¿No es la música que te agrada? —preguntó la joven. Jason encogió los hombros—. Es muy bueno —sintió que Oliver necesitaba que lo defendiera—. Debo irme. Lo veré en las bambalinas —se apresuró a decir a Samantha.

—Te acompaño.

—No necesitas molestarte.

—Quiero ir —y la siguió como si fuera un perro de pastoreo tras una oveja descarriada. Samantha ya no intentó disuadirlo. No era el ambiente adecuado para Jason.

Encontró primero a su padre. Entraron en la sala de recepción, que ya estaba llena de fanáticos de la música clásica. Ambrose la miró, distraído, como si tratara de reconocerla.

—Papá —se acercó y le dio un abrazo.

—Ah —entonces sonrió, aliviado—. Samantha, eres tú —la palmeó con torpeza y retrocedió. La miró de arriba abajo, advirtió el vestido de gitana, su piel bronceada, su sonrisa alegre—. Me da gusto verte —

miró a Jason que estaba junto a Samantha. La vaga expresión de aprobación desapareció del rostro de Ambrose como si fuera tinta invisible. Entrecerró los ojos al ver los fuertes hombros del hombre, su mandíbula firme y su poderoso torso—. ¿Quién es él?

—Me llamo Jason Cole —se presentó antes de que la joven pudiera decir algo.

—Es el hermano de mi alumna —explicó aclarando la relación de inmediato. Sabía muy bien lo que su padre pensaba.

—El hermano de… ah, sí —mostró alivio. Miró a su hija fijamente, tratando de encontrar señales de su madre en ella. La joven se tensó bajo su escrutinio y suspiró cuando al fin, satisfecho, Ambrose se alejó para aceptar más felicitaciones.

—Está muy contento de verte, ¿verdad? —murmuró Jason.

—Por supuesto. Está disfrutando su momento de gloria —replicó la chica con dureza.

—Ah, claro.

—No tienes por qué quedarte.

—Pues eso deseo.

De repente, unos brazos la rodearon por detrás y alguien le dio un beso en la oreja. La joven se volvió y exclamó:

—¡Oliver! —se volvió y también lo abrazó.

—¡Mi querido amigo! —Ambrose sonrió mucho—. ¿Cómo pasaste el verano? China estuvo maravillosa, sencillamente sensacional. Debemos charlar.

—¿Esta noche? —sugirió el músico.

—Esperaba que quisieras pasar esta noche con Samantha —su padre frunció el ceño.

—Ah… este… sí, por supuesto.

—Esta noche tiene un compromiso conmigo —anunció Jason con dureza.

Oliver se irguió y entrecerró los ojos al ver por primera vez al hombre que acompañaba a su novia. Él y Samantha estaban sorprendidos por la actitud autoritaria de Jason.

—¿Quién eres tú? —preguntó Oliver.

—Es… Jason Cole, el hermano de Andrea —se apresuró a explicar Samantha.

—Ah, sí. El jugador de voleibol. Bueno, Sammie, querida, estoy seguro de que te dejará estar libre por una noche. Tenemos muchas cosas que contarnos.

—Tráelo si quieres, pero nosotros ya nos vamos —Jason se dirigió sólo a Samantha. Esta abrió la boca para protestar, mas al ver la decisión de él la cerró otra vez. No sabía por qué se portaba así. No haría una escena.

—¿Estás seguro de que no quieres venir, papá?

—No, claro que no —Ambrose pareció sobresaltarse—. Sabes que necesito dormir bien —empezó a alejarse y palmeó el brazo de Oliver —. Mañana por la mañana nos reuniremos para desayunar, chico. ¿Te veré antes de irme, querida? —preguntó a su hija.

—Sí, claro. Quiero contarte acerca de mis clases. Raúl Ibáñez oyó a Andrea y…

—Sí, claro —interrumpió su padre y se alejó para charlar con el director de la orquesta.

—Bueno, sí estás segura de que no quieres venir sola conmigo… —Oliver se dirigió a Samantha.

—Esta noche va a trabajar —intervino Jason.

—¿A qué?

—Su tiempo me pertenece.

Samantha lo miró con preocupación, pues no había previsto esa reacción en él. Tragó saliva. Los hombres se miraron con fijeza mientras la gente empezaba a irse.

—Iré por mi abrigo —dijo su novio por fin.

Jason sólo gruñó algo y se dirigió a la puerta, jalando a Samantha.

—Estás muy… —ella calló pues no sabía qué decir.

—Sí. Lo estoy.

—Siento que mi padre estuviera bastante… preocupado —quizá eso fue lo que puso de mal humor a Jason—. A veces se pone así.

—¿A veces? —rezongó.

—Bueno, cuando está muy ocupado, odia las distracciones.

—¿Como su hija? —fijó la vista en ella.

—Así… así es él —se ruborizó.

—Lo que me parece increíble es que tú lo soportes.

—Es mi padre. Me quiere.

—¿De veras? Tiene una manera muy extraña de mostrarlo.

Samantha habría discutido con él, pero en ese momento Oliver se acercó a ellos.

—¿Qué pasó con Toby y Andrea? —preguntó la chica cuando llegaron al auto de Jason.

—Andrea dijo que Ibáñez quería que conociera a su esposa. Él los llevará de regreso a casa.

—¿A Toby también? —Samantha dudó en permitir que Oliver se sentara en el asiento delantero, aunque decidió que lo mejor era distanciarlo lo más posible de su jefe.

—Sí —arrancó el auto.

—Hay poco espacio para estirar las rodillas aquí atrás —se quejó Oliver.

—Sobrevivirás —contestó Jason y salió del estacionamiento.

Oliver hablaba sin cesar de los aplausos que recibió del público que se puso de pie en Asheville; la fantástica recepción que le dieron

en Williamsburg; tas repeticiones que ofreció por pedido del público en Hilton Head.

—Deberías haber estado allí —comentó a Samantha mientras esperaba frente a un semáforo.

—Sí —la chica se preguntó si no recordaba que fue él quien no quiso que lo acompañara alegando que lo "distraía".

—Bueno, por lo menos me escuchaste esta noche —se inclinó hacia adelante y le palmeó el hombro, conciliador. Jason arrancó con rapidez innecesaria, cuando el semáforo cambió de color, y provocó que él fuera propulsado hacia atrás de su asiento.

Sin embargo, eso no lo detuvo. Continuó con su monólogo durante todo el trayecto hasta que llegaron a la casa. Una vez dentro, hizo una pausa para aceptar una copa de vino tinto que Samantha le ofreció. Se sentó en una silla en la terraza que daba a la playa y siguió hablando en voz alta mientras la joven le traía el vino. Jason lo miró con enojo desde la barandilla.

—¿Quieres una copa también? —preguntó Samantha a Jason, aunque sabía que éste nunca bebía durante los torneos.

—No.

Se quedó pasmada cuando entró en la sala y se sirvió un trago de *whisky* y lo bebió de un golpe. Sin embargo, no pudo hacer ningún comentario pues Oliver le regresaba la copa.

—¿No tienes algo más seco? Esto es demasiado empalagoso para mí.

—Voy a ver —se apresuró a decir. En ese momento, Jason apareció en la terraza con otro *whisky* en la mano. Ella lo miró con desaprobación mientras buscaba un vino diferente.

Él la observó de tal modo que la hizo estremecerse; tenía la misma expresión que cuando se disponía a aplastar a un contrincante en la cancha.

—Me alegra mucho que hayas tenido un verano exitoso y que la gira haya dado buenos resultados.

—Sí, así es —asintió Oliver, tomando un sorbo de vino—. Supongo que tú tuviste un verano "interesante". ¿Cómo está eso de seguir a todas partes a… un jugador de pelota?

Ella se irritó, pero lo ignoró.

—De hecho fue muy *interesante* —estaba dispuesta a contárselo—. Los jugadores se esfuerzan muchísimo. La condición…

—Apuesto a que sí —el sarcasmo de su novio fue evidente, así que la joven cerró la boca—. Tan asombrosamente significativo como contribución a la humanidad… ¿De veras te ganas la vida pegándole a una estúpida pelota, Cole?

—Por supuesto —la voz de Jason fue asesina. Era la primera cosa que decía y a Samantha no le agradó nada lo que parecía avecinarse.

—Es fenomenal —comentó al músico, ignorando su sarcasmo anterior—. Deberías verlo algún día. No lo creerías.

—Me imagino que tienes razón —movió la cabeza y rió—. Tendré que creerte a ti, Samantha querida. Realmente, no tengo tiempo para eso —se estremeció un poco—. Empieza a hacer un poco de frío aquí afuera, ¿no te parece? ¿Por qué no me traes mi chaqueta?

Samantha los miró a los dos, nerviosa acerca de lo que Jason podría decirle a Oliver si los dejaba solos. Pero no había salida.

—Claro…

Cuando regresó, Jason la miró con más furia que nunca y ella le devolvió la mirada. Era el anfitrión, por el amor de Dios. Fue él quien insistió en que Oliver los acompañara de regreso a casa. ¿Cómo se atrevía a actuar como si todo fuera culpa de ella?

—Gracias, linda, eres un encanto —se puso la chaqueta y le dio un beso a Samantha en la mejilla—. Debí hacer que me acompañaras este verano.

—Vaya, me preguntaba cuándo te darías cuenta —Samantha se sintió feliz por recibir una migaja de reconocimiento—. Soy tan buena como Nell.

—Bueno, no para que tocaras —corrigió el hombre—. Para que me cuidaras. Estoy seguro de que te necesito mucho más que Cole.

—Ella no me cuida —susurró Jason y apretó con tanta fuerza su copa que sus nudillos se pusieron blancos.

Oliver se puso de pie y miró a su contrincante, irónico.

—Espero que no. Ella jamás se mezclaría con gente de tu tipo. Podrías venir conmigo —se dirigió hacia Samantha, muy contento—. Sobre todo ahora que Ibáñez se va a hacer cargo de Andrea. Ese era tu único inconveniente, ¿verdad? Darle clases a la pequeña Andi. Aunque no sé qué diferencia hubiera existido si no hubieras sido su maestra. Nunca fuiste una buena profesora, de todos modos.

—¿Qué? —lo miró, atónita.

Oliver se encogió de hombros y se apoyó contra la barandilla. Le sonrió de modo angelical.

—Bueno, quiero decir que no se puede decir que estés en la liga de Ibáñez, linda. Y —alzó las manos al cielo—, nunca serás una solista como tu padre. Así que sería mejor que vinieras conmigo. Aunque seas una fuerte distracción, vales la pena. Nos podemos casar si quieres. Yo dejaré al mundo embelesado con mi música y tú me puedes preparar las comidas y lavar los calcetines. ¿Qué te parece? —le sonrió con mucha satisfacción y vanidad.

Samantha abrió la boca para contestar, pero no pudo emitir ni un solo sonido.

Jason lo dijo todo cuando le propinó un puñetazo a Oliver en la boca.

Capítulo 10

—¡Dios mío! ¡Oliver! ¿Estás bien? *¿Oliver?* —Samantha corrió hacia él y le limpió la sangre con el dobladillo de su vestido. Él se apoyó contra la barandilla. Parecía que un rayo lo había fulminado. Ella le limpió la sangre y por primera vez vio el daño hecho—. Ay, Jason —sollozó—. ¿Cómo pudiste hacerlo?

—Ya te diste cuenta —estaba furioso. Se frotaba el puño con la mano izquierda y parecía que tenía ganas de hacerle lo mismo a ella. Samantha se dirigió de nuevo a Oliver.

—Tendremos que llevarlo a un hospital —conducía a su novio hacia el auto.

—Mi boca —mascullo el hombre—. Me pegó en la boca.

—Todo estará bien —Samantha le palmeó el hombro.

—Mi boca. ¿Y qué con mi concierto?

Ay, el concierto. Ella no quería ni pensar en eso ahora.

—Entra. Llama al hospital —le pidió a Jason—. Avísales que vamos para allá.

Él la miró sin moverse.

—No te quedes allí parado nada más. Llámalos, por el amor de Dios —no sabía de qué serviría ya, pues el daño estaba hecho.

Oliver no fue un buen paciente, aunque ella no lo culpó. Un labio partido no era nada gracioso, sobre todo cuando uno era flautista y debía dar un concierto al día siguiente.

—No puedo tocar. Tendré que cancelar —murmuró una y otra vez mientras se dirigían a Urgencias, cuando le cosían el labio y durante el trayecto de regreso al hotel. El sol del domingo ya se alzaba en el horizonte.

—Vamos, Oliver, sé razonable —le puso una mano en el brazo.

—¡Razonable! —gimió mientras entraba en su habitación—. ¡Soy toda razón! Ese hombre es una amenaza. Un patán. Debería estar encerrado en la cárcel.

—No —Samantha ya estaba harta—. Estás equivocado.

—No puedes hablar en serio —él estaba atónito. Le mostró el labio cosido, obra de Jason. No era gracioso, pero se lo merecía.

—Sí; en cierto sentido, lo defiendo.

Él se quedó con la boca abierta.

—Lo hizo por mí —señaló la chica. Nunca dijo algo más cierto. Samantha pensó en ello desde que el puño de su jefe se lanzó contra la boca de su novio. Mientras esperaba en Urgencias pensó mucho. La conclusión era muy importante: ella sí le importaba a Jason Cole.

El tranquilo, bromista, nunca era agresivo… salvo por las cosas

que le importaban: el voleibol y Andrea. A pesar de que Samantha dudó de sus motivos e ignoró sus afirmaciones de amor, Jason le había dado una prueba irrefutable.

Quizá ella dudó demasiado, pero ahora ya no. Golpeó a Oliver por ella. Era el primer hombre que la defendía sin pensar en él mismo. Nadie más hizo eso… ni siquiera su padre. Ahora era su turno para apoyarlo.

—Fuiste muy grosero e insoportable —notó con satisfacción que se quedaba pasmado al oírla—. Antes ya lo eras, pero anoche te excediste. ¿Qué es lo que me ofreciste? ¿La oportunidad de ser tu esclava?

—¿Cómo? ¡Espera un momento!

—No —contestó Samantha—. Soy muy buena en mi profesión, y no voy a dejar de ejercerla. Sin importar lo que opinen tú y mi padre.

—Tu padre…

—Él no es Dios —Jason no sólo luchó por ella, sino que le dio el valor de creerlo. La apoyó, la alentó, le dio la confianza necesaria para que hiciera lo que quisiera y no sólo lo que los otros le exigían—. Gracias por tu ofrecimiento, Oliver —comentó con desprecio—, pero de ninguna manera aceptaría. Ambiciono más cosas de la vida que eso. Puede que el hecho de que Jason te haya golpeado no haya sido lo más prudente, pero para ser franca me alegro mucho.

Él la observó como si nunca antes la hubiera visto. Sus ojos estaban abiertos como platos.

—¿Entonces crees que ese gorila tiene razón?

—Creo que me aprecia mucho más de lo que tú jamás lo hiciste —ya no era la chica dócil que aceptaba todos sus caprichos y deseos—. Eres un músico talentoso, pero tratas a las personas como si no valieran nada.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada.

—Está bien —su voz fue serena y deliberada, aunque apretaba la manija de la puerta con mucha fuerza—, entonces ya no tenemos nada que decirnos, ¿verdad, Samantha?

—No, supongo que no.

Tenía mucho que decirle a Jason. Regresó casi volando a casa de Germaine. Cuando llegó, casi corrió a la puerta antes de apagar el motor del auto.

—¡Jason! —gritó. Necesitaba contarle su descubrimiento, echarle los brazos al cuello y decirle que lo amaba. Deseaba, con desesperación, compensar el tiempo perdido—. ¡Jason!

No hubo respuesta. Samantha se asomó en la sala, pero tampoco estaba allí. Eran las cinco cuarenta y siete en el reloj y supuso que quizá estaría dormido. Después de todo, el juego de voleibol era a las nueve y media y necesitaría estar descansado. Corrió hacia la

habitación que Toby y él compartían.

—¿Jason? —sólo el muchacho estaba en una de las camas. La otra estaba intacta. Abrió un poco los ojos.

—¿Qué pasa?

—¿En dónde está Jason?

—Se fue —cerró los ojos y volvió a acostar la cabeza en la almohada.

—Hubo una crisis en la planta —contó Toby cuando al fin logró despertar del todo—. Dijo que lo llamaron a media noche. No sé quién lo llamó ni qué pasó, pero debió ser algo muy serio como para que se marchara así. Tenemos que pagar una multa por el partido de hoy.

Samantha pensó en la posibilidad de que ella tuviera que pagar una multa por el resto de su vida.

—¿A dónde fue?

—Supongo que a Los Ángeles.

Pero no fue así. Lo descubrió cuando al fin los tres llegaron a casa el domingo por la noche. La casa estaba vacía y no había señales de que él hubiera regresado.

—No, señorita, no ha venido a la oficina ni llamado por teléfono —explicó la secretaria cuando ella llamó el lunes por la mañana—. No sé en donde esté.

Nadie lo sabía. Ni Andrea, ni Toby, ni ninguno de los directores de Cole Sportswear. Nadie.

—¿En dónde puede estar? —se sentó en una de las sillas de la sala después de revisar las posibilidades por enésima vez.

—¿Y por qué? —preguntó la chiquilla.

—Yo se lo diré —comentó una voz indignada—. ¡Porque todo se ha descubierto!

—¡Tía Hortense! —Andrea se puso de pie de un salto.

—La misma —entró en la sala y miró a Samantha, acusadora. Usted es la señorita Peabody.

—Este… sí… pero…

—No tiene canas —señaló su pelo y rezongó.

—Este… no.

—No tiene una chaqueta vieja ni una falda amplia. ¿Qué edad tiene, señorita?

—Veinticuatro años —se habría podido desvanecer bajo esa mirada cargada de veneno.

—Una niña.

Se irritó. No era una niña. Ya no. Nunca más. Su temor desapareció.

—No lo soy —aclaró con firmeza—. Soy una mujer —Jason se lo demostró—. Y soy buena maestra. De lo contrario su amigo Raúl Ibáñez no habría aceptado a Andrea, ¿cierto? —miró a Hortense con

dureza. Por un momento la señora no habló.

—Es la hija de Ambrose Peabody —acusó al fin.

—Sí.

—Usted no lo aclaró.

—No era algo relevante.

—¿No es importante? —Hortense estaba azorada.

—No para impartir clases.

—Pero…

—Hice un buen trabajo con su sobrina, ¿no es así?

—Bueno, sí —concedió la mujer—. Pero…

—Entonces, eso es lo único que importa.

—Tal vez respecto a sus clases —volvió a conceder—. Pero usted y Jason… —no hacía falta ser genio para adivinar lo que pensaba.

—No existe tal cosa —negó con la cabeza. Hortense parecía dudarlo—. Aunque desearía que sí existiera.

La tía Hortense, Andrea y Toby recibieron una fuerte impresión.

—Daría cualquier cosa por que fuera cierto —prosiguió Samantha, obstinada. Pero no confié lo suficiente en él. Y ahora ya lo perdí.

—Vaya, nunca creí… —tartamudeó la anciana.

—Usted también debió estar segura de él —declaró la joven—. Pensó que Jason lograría que Andrea llevara una vida de fiestas frívolas y coqueteos. Pues nada se aleja más de la verdad. A él le importa mucho su hermana puesto que toda su familia es ella. Déjelo en paz. Enójese conmigo si quiere. Pero no le eche la culpa de esto a él. ¡Se merece una mejor opinión y un mejor trato de parte de usted!

Hortense la miraba como si no pudiera creer lo que oía. También Andrea y Toby. Era una Samantha a la que nunca habían visto. Pero ahora sí sabía lo que quería, lo que necesitaba y que lo conseguiría.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Andrea cuando Hortense se fue.

—Sí, ¿qué? —inquirió Toby.

—Encontrar a Jason —suspiró Samantha.

"Si quieres algo tienes que luchar por ello", le dijo Jason la primera semana que Samantha trabajó para él. Al principio pensó en su arrogancia, parecida a la de su madre. Ahora creía que Louis nunca se hubiera podido llevar a Margot si ella no hubiera estado de acuerdo. Ambrose no la quiso lo suficiente como para buscarla, ya que contó con una sustituta… Samantha. Fue una esclava para su padre, quien siempre le infundió sentimientos de culpa por el abandono de su madre, para que la niña lo complaciera y lo obedeciera en todo.

Ahora ya no. Samantha se hizo cargo de su propia vida ese verano… gracias a Jason Cole. Él hizo lo que Samantha nunca se atrevió por temor a perder el amor de su padre: vivir la vida a su manera. Él rechazó las ideas de Ambrose respecto de su vida y había trabajado para conseguir todo lo que tenía.

Eso fue lo que Jason la alentó a hacer desde que Samantha fue a vivir a su casa. La chica se daba cuenta de que la manipulación y la docilidad no eran amor. Amar significaba estimular a una persona para que fuese mejor de lo que podía ser. Él le sugirió que debía seguir dando clases si eso era lo que realmente deseaba. Lucharía por ello. Aunque por sobre todas las cosas, ella quería a Jason. Tenía que encontrarlo y convencerlo de que lo amaba.

Fue Dena quien le dio la pista.

La mujer se sorprendió mucho al recibir la llamada de Samantha. Mas ésta ya había agotado todas las posibilidades. Dena era la única persona que quedaba a quien no había preguntado acerca del paradero de Jason y estaba tan desesperada que no le importó hacerlo.

—¿Quieres verlo? —estaba perpleja.

—Sí, necesito hablar con él.

—¿No te parece que ya lo has herido bastante?

—¿Yo? —se quedó atónita.

—Dijo que te habías ido con ese músico —explicó después de un breve silencio.

—¿Hablaste con él?

—Yo… —Dena vaciló—. Demonios, me matará si se entera de que yo lo conté.

—¿En dónde está?

—¿No puedes dejarlo solo?

—¡No! Por favor… No quiero lastimarlo. Yo… lo amo —era la última persona a quien Samantha deseó hacerle esa confesión. Ahora, hubo una pausa más larga que la primera. ¿Oíste lo que dije?

—¿Cómo lo dejaste entonces? —inquirió por fin.

—¡No lo abandoné! Llevé a Oliver al hospital. Cuando regresé a la casa, ya no estaba. *Tengo* que hablar con él. ¡Por favor! ¿En dónde está?

—No… ay, Dios. ¿Porqué me meten a mí en estos problemas? —gimió.

—Dímelo —habló con toda la firmeza de la que fue capaz.

—Está en Gibbs Island. Puget Sound. Es un lugar deshabitado; sin embargo, él tiene un amigo que posee una cabaña allá. Dijo que volvería en un par de semanas, cuando pusiera en orden sus pensamientos.

Samantha no esperaría tanto tiempo.

—Tienes que aguardar su llegada —afirmó Dena—. No puedes ir. Es un sitio remoto, inaccesible.

—Lo haré aunque tenga que nadar.

Lo hizo. Puget Sound, en agosto, estaba helado. El viento soplaba con fuerza del norte justo cuando ella y el pescador, que estuvo de acuerdo en llevarla a la isla, se pusieron en marcha.

—Será difícil entrar con estas olas —gritó para ser escuchado—. Podríamos esperar hasta mañana.

Samantha movió la cabeza. No iba a esperar. Cuanto más tiempo pasara, más grandes serían sus miedos. Toda su vida fue cobarde, adaptándose a los deseos de su padre; sin luchar por lo que quería y creía.

—¡No! —gritó a su vez—. Iremos ahora.

Pero si Gibbs Island era un ejemplo de la hospitalidad que recibiría, estaba en un gran problema. El pescador miró hacia las olas y al estrecho pasaje que había entre las rocas para acercarse a la isla y movió la cabeza, preocupado.

—No puedo hacerlo, señorita. El mar está demasiado picado. Voy a destrozar mi bote si trato de pasar.

—Por favor, debe hacerlo.

—Sólo un idiota lo intentaría.

—Pero… —buscó un milagro—. ¿No hay forma?

—Supongo que podría llegar nadando —lo dijo en tono de broma.

Samantha fijó la vista en el estrecho pasadizo, en las olas que se rompían contra las rocas.

—¿Es posible hacerlo?

—¿Nadar? —su sonrisa desapareció.

—Sí.

—¿Está loca, señorita?

—No. Sólo tengo que llegar a la playa.

—¿Es experta?

—Pasable —quizá estaba siendo demasiado optimista. Bajo las enseñanzas de Jason, había aprendido, practicado y progresado. Nadaba todas las tardes, tenía confianza en sí misma y lo hacía bien. Quizá el mar del Sur de California no se comparaba con una tormenta en Puget Sound, pero la distancia no era mucha. Deseaba estar a su lado. ¡Lo amaba tanto!

—¿Está segura? —el hombre la miró con dureza.

Samantha contempló la costa y vio la figura de un hombre, con la cabeza agachada y las manos en los bolsillos, el cual miró por un momento el bote que estaba justo detrás de la línea del estrecho. Jason. El corazón de Samantha se aceleró. ¿Podía verla? ¿Querría estar con ella?

—Totalmente.

—La acercaré tanto como pueda.

La joven se desvistió y se quedó sólo con la ropa interior; esperó a que el pescador le hiciera una señal y se lanzó al agua, rezando.

Estaba helada. Salió a la superficie y una ola la abofeteó. La chica escupió el agua, fijó la vista en la playa y bendijo a Jason por las excelentes clases que le dio.

Entrecerró los ojos para verlo, aunque era difícil, ya que las olas subían y bajaban. No le importó. Él estaba allí, contemplando el bote del cual Samantha acababa de saltar. Decidida, se dirigió a la playa.

Nunca había nadado tanta distancia. Estaba llena de emociones intensas. Cada respiración le quemaba los pulmones. Su corazón palpitaba, los dientes le dolían, la sangre se agolpaba en su cabeza. La playa parecía alejarse con cada brazada que daba.

Por fin llegó al estrecho y allí la fuerza del oleaje la impulsó hacia adelante. Una vez dentro de la pequeña bahía natural, todavía faltaban unos treinta metros por nadar. El agua del mar le picaba los ojos y le quemaba la garganta. Se estremeció, tembló y siguió nadando. Otro metro. Luego otro más. Dios, ¿podría llegar?

Sí, sí, contestó su mente. Podía. Tenía que hacerlo. En la distancia se veía una playa estrecha llena de guijarros. Ya no veía a Jason. Empezaba a llover y quizá se había metido en la cabaña. De pronto, justo cuando puso un pie en la arena para empezar a caminar, oyó un ruido a su lado. La invadió el pánico. Rezó por que no hubiera tiburones. No en Puget Sound. Por lo menos no sabía que los hubiera. Entonces, ¿qué…?

—¿Samantha? —una cabeza oscura emergió a su lado. La chica oyó la voz incrédula de Jason. Casi se hundió por la emoción. Un par de manos la agarraron con fuerza—. ¿Qué demonios crees que haces? —la jalaba hacia la orilla.

Estaba demasiado cansada y sólo apoyó la cabeza en su pecho mientras él daba media docena de brazadas. Se puso de pie y la condujo a la arena.

—Tonta, pudiste haberte matado.

—No —murmuró—. Tuve un buen profesor. El mejor.

Jason susurró algo que la joven no pudo escuchar.

—Vamos —la llevó hacia la cabaña que estaba encima de la loma. Samantha trató de detenerlo, de hablarle, pero él no quería escuchar.

—Estoy bien —protestó. Los dientes le castañeteaban. Vio que Jason abría las llaves del agua de la tina—. No necesito un baño. Acabo de darme uno. Dame una toalla —necesitaba hablar con él.

—Desnúdate —ordenó—. O lo haré yo por ti.

Samantha se encontró con su mirada enfadada. Sonrió. Recordó la última vez que él le ordenó tal cosa.

—Adelante.

—¿Qué? —se quedó pasmado.

—Que me desvistas —sonrió al desafiarlo.

—¿Qué es lo que tratas de hacerme? —apretó los puños, irritado.

—¿Hacerte?

—Sabes que te deseo, Samantha —la miró con ira—. Siempre te he deseado. No tengo que probarlo de nuevo, a menos de que esto sea

una especie de tortura. ¿Lo es? ¿Coquetear con el hombre de las cavernas para luego reunirte con el amor de tu vida? —habló Jason al golpear el marco de la puerta. El espejo del baño se tambaleó igual que los cepillos de dientes.

—No es eso —susurró con suavidad. Lo miró, ansiándolo, amándolo, descubriendo ahora lo que Jason creyó. Se odió por haberlo hecho sufrir.

—¿Qué es entonces? —preguntó con amargura.

—¿De veras es cierto que solo "me deseas"? —quiso saber Samantha.

—¿Lo quieres todo, verdad? ¿Acaso esto es mi castigo por haber puesto la mano encima de tu cuerpo? Está bien. ¡Te amo! ¿Fue para oírlo por lo que viniste?

Samantha le acarició la mejilla y dejó la mano allí, a pesar de que Jason respingó y trató de apartarla.

—Eso es lo que esperaba —jadeó la joven—. Es lo mismo que yo siento por ti —su mandíbula temblaba. Jason bajó la vista y luego la miró. Al principio con duda y después con esperanza naciente.

—¿Qué es lo que dices?

—Que yo también te amo.

Jason movió la cabeza y luego la abrazó de tal modo que pudo verla a los ojos.

—Yo pensé… Yo… ¿y Oliver?

—¿Qué quieres saber de él?

—Te quedaste a su lado —por el dolor de su voz, Samantha pudo entender ahora lo que Jason debió imaginar.

—Lo llevé a que le pusieran algunas puntadas. Le dije sus verdades. Luego regresé a casa a buscarte.

Jason tragó saliva.

—Ya no estabas cuando llegué —murmuró Samantha.

—Ay, Dios —susurró Jason.

—Te amo —repitió la joven y le tomó el rostro entre las manos.

—Oh, Sam —cerró los ojos. La rodeó con los brazos. Sus labios hambrientos acariciaron los suyos. Le acarició la espalda, el cabello y tembló cuando ella le devolvió el beso con igual fervor.

Al fin, jadeante, Jason apoyó su frente contra la suya.

—No debí golpearlo —confesó—. Después de que le pegué y de que te fuiste con él, pensé que todo estaba perdido, que lo que había hecho terminaría por alejarte para siempre de mí. Fui un verdadero hombre de las cavernas, justo como tú siempre lo dijiste.

—Me alegro de que lo hicieras.

—¿Qué? —estaba azorado.

—Estoy contenta. Oliver se lo merecía.

—¿Te gustan esas tácticas? —fue una mezcla de sollozo y risa.

—Tienen mucha utilidad a veces —le besó los labios—. Eso significó que era importante para ti.

—¿Porque le pegué en la boca?

—Porque me demostraste que me amabas.

—Claro que te amo —la abrazó y la apretó contra su cuerpo de modo deliberado. Su boca buscó la suya, candente, exigente. Samantha le entregó todo lo que tenía por dar.

Se dieron un baño, pero juntos. Samantha al principio fue tímida y luego se tornó audaz. Miró a Jason, lo tocó como él a ella, hasta que lo hizo gemir y hundir el rostro en su hombro.

—No podemos hacer esto —murmuró Jason.

—¿Por qué no? —preguntó con inocencia—. En las novelas, ocurre todo el tiempo.

—La primera vez lo hicimos en la arena —contestó él con la voz temblorosa—. No es el escenario que yo hubiera escogido.

—Fue maravilloso —protestó.

—Sí —sonrió—. Y esto también lo será. Quiero que sea perfecto para ti.

Jason la secó con cuidado, como si fuera una estatua de exquisita porcelana, y se mordió el labio cuando ella insistió en hacer lo mismo con él. Al fin, un poco sudoroso, la llevó a su cama.

Era alta y estrecha. Jason pareció avergonzarse. Samantha lo besó antes de que él pudiera hablar.

—No importa. Nada importa salvo tú.

Él no tardó mucho tiempo en demostrarle que sentía lo mismo por ella. La acarició, la encendió con sus manos, con su boca y con el brillo de sus ojos. Samantha estaba casi frenética por sentir la plenitud.

—¡Jason! Por favor, te necesito.

—Ahora —asintió. Y de pronto, sólo existió el presente.

Después, mientras Samantha yacía acurrucada sobre él, acariciándole el pecho, maravillada por la belleza y la fuerza de ese hombre de quien le pareció imposible ser amada, movió la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Nada —contestó la joven—. Lo que pasa es que me parece tan increíble… que tú y yo estemos juntos.

—Sí —le acarició el cabello.

—Harías mejor pareja con Dena —era lo último que la preocupaba. Aun cuando Jason dijo que no importaba, aunque la misma Dena no parecía tener interés amoroso por Jason, Samantha seguía preocupada.

—¿Del mismo modo en que tú estarías mejor con Oliver? —sonrió Jason.

—Oliver es un imbécil. Pero Dena no.

—No. Pero no es mujer para mí.
—Pasaste mucho tiempo con ella.
—¿Estás celosa?
—Un poco —confesó.
Jason sonrió y la encaró, aunque la miraba con seriedad.
—Hace mucho tiempo que ella y yo somos amigos y hace poco que tuvo problemas con su estilo de vida. Se metió en las drogas. Eso puede ser parte de la profesión, si lo permites. Dena se puso en tratamiento y ahora ya está bien, pero muchas personas ya no quisieron arriesgarse a trabajar con ella de nuevo. Así que le pedí que me hiciera unos anuncios para NetWork. Los hizo bien y ahora ha recibido más ofertas de trabajo. Creo que va por buen camino. Sin embargo —se encogió de hombros, casi avergonzado—, por un tiempo necesitó de un hermano mayor. Alguien con quien hablar, que la ayudara, que tuviera fe en ella.
Samantha, aliviada, lo besó.
—Eres un hermano mayor maravilloso, Jason. Hiciste lo mismo conmigo. Me diste el valor de ser yo misma.
—Quiero ser algo más que sólo tu hermano mayor —gruñó.
—¿De veras? —lo miró con inocencia fingida.
—Sí —imitó su tono de voz y la abrazó para ponerla encima de él —. Quiero ser tu amigo, tu amante, tu esposo —le acarició el rostro—. ¿Te quieres casar conmigo?
—Sí —sonrió Samantha.
—¿Qué dirá tu padre? —preguntó después de una pausa.
—¿A quién le importa? ¿Qué dirá la tía Hortense?
—¿A quién le importa? —sonrió Jason.
Se amaron de nuevo. Durante el resto de la tarde, cuando empezó a anochecer. Y cuando el sol salió a la mañana siguiente, Samantha lo abrazó, se acurrucó contra él, satisfecha, contenta, la mujer más feliz del mundo. Echó la cabeza hacia atrás para poder verlo. Jason la contemplaba.
—¿Satisfecho? —ella preguntó con suavidad.
—Por el momento —sonrió.
Una hora más tarde, la abrazó y sus manos empezaron a alimentar de nuevo el fuego de la joven.
—Toca nuestra música de nuevo, Sam —murmuró.
Así que eso hizo.
Fin